

LA
REINA
de
las
BESTIAS

LIBRO DOS

DIANA A.
HICKS

La Reina de las Bestias

Libro 2

Diana A. Hicks

HMG, Inc.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es meramente una coincidencia.

La Reina de las Bestias, Dúo de Bestias. Libro 2

COPYRIGHT © 2021 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos o reseñas críticas.

Datos editoriales

Impresión ISBN 978-1-949760-35-4

Amazon Edición de bolsillo ISBN 979-8-862388-39-8

Digital ISBN 978-1-949760-34-7

Pasta dura ISBN 979-8-500501-52-3

Modelo de portada: Christoph

Fotografía: Wander Aguiar Photography

Diseño de portada: Veronica Larsen

Editor: Tera Cuskaden y Becky Barney

Traducción del inglés: Elizabeth Garay. garayliz@gmail.com

[Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones]

Orden de lectura recomendado

Mundo de la Sociedad del Crimen

Dúo de las Bestias

Lost Raven - Novella

El Rey de las Bestias (Bestias dúo #1)

La Reina de las Bestias (Bestias dúo #2)

Wolf Duet

Wolf's Lair - Prequel

Big Bad Wolf (Wolf Duet #1)

Big Bad Wolf (Wolf Duet #2)

Once Upon A Christmas - Bonus Epilogue

Raven Duet

Dark Beauty - Prequel

Fallen Raven (Raven Duet, #1)

Fallen Raven (Raven Duet, #2)

Knight Duet

Wicked Knight (Knight Duet, #1)

Wicked Knight (Knight Duet, #2)

Cole Brothers World

Stolen Hearts Duet

Entangle You

Unravel You

Steal My Heart Series

Ignite You

Escape You

Escape My Love - Bonus Epilogue

Provoke You

Cole Twins Duet

Unleash You
Defy You

Comentarios de la obra de Diana A. Hicks

“La primera entrega de su serie ‘Desert Monsoon’, es convincente e impactante, con una sólida narrativa, personajes matizados y una mezcla dinámica de romance y suspenso”.

— **Kirkus Reviews**

“Lo que hace que cualquier novela romántica sea una lectura excepcional, no es simplemente el encuentro y enamoramiento de dos personas atractivas. Son los cautivadores episodios que provocan el enamoramiento y los lugares inesperados a los que la experiencia lleva a los personajes, convirtiéndolo en una lectura gratificante. Diana A. Hicks sabe muy bien cómo lograrlo”.

— **Readers' Favorite**

Acerca de la autora

Diana A. Hicks es una galardonada autora, creadora de intensos romances que exploran el mundo de la mafia, así de como apasionados romances contemporáneos con una buena dosis de suspense.

Cuando Diana no está escribiendo, disfruta del kickboxing, del hot yoga, de viajar y de darse el gusto con las alegrías simples de la vida, como el vino y el chocolate. Vive en Atlanta y le encanta pasar tiempo con sus dos hijos, sus dos mimados gatos y su esposo.

[¡Echa un vistazo a mi librería!](#)

No olvides suscribirte a mi boletín para mantenerte actualizado sobre mis últimos lanzamientos, contenido gratuito y otras noticias.

[Suscríbete a mi lista VIP ¡ahora!](#)

Diana A. Hicks

SINFULLY DARK ROMANCE

Índice

Prefacio

1. Cabrones con armas
2. De vuelta al redil
3. Me arruinaste
4. Esta vez sin contratos
5. Lo hice por ti
6. Interpretar el villano por él
7. Todo favor tiene un precio
8. ¿Puedo ayudarte en algo?
9. ¿Estás despierta?
10. Baja el arma, princesa
11. Un trato con el diablo
12. Enloqueciendo por la duda
13. Estábamos viviendo una mentira
14. Mío
15. Quiero que me quieras
16. Lo sé, ya sabes, lo sé
17. Solo piensas que lo haces
18. Vivo o muerto
19. Puedes dejar de actuar ahora
20. Ya es suficiente
21. Abre tus ojos
22. Apuesta por el amor
23. Y todas las noches siguientes
24. Epílogo

Querido lector:

Finalmente, ya está aquí la conclusión de la épica historia de amor de Rex y Caterina. El dúo de “El Rey de las Bestias” es un romance oscuro que combina elementos de uno de mis cuentos de hadas favoritos, “La Bella y la Bestia”.

Si no has leído el primer libro, te recomiendo que primero empieces por él. De lo contrario, el libro dos no tendrá mucho sentido.

El Rey de las Bestias, Libro Uno

¡¡¡Este dúo ha estado en mi mente durante más de un año y estoy muy feliz de poder finalmente compartirlo contigo!!! Te va a encantar el intenso viaje de Rex y Caterina.

Prepárate para enamorarte de los despiadados hombre de La Sociedad.

¡Bienvenido a La Sociedad!

Besos y abrazos,

Diana

Capítulo 1

Cabrones con armas

REX

Caterina Alfera estaba a salvo en casa. La mayor parte del tiempo se había quedado en el departamento de su hermano, en el Upper East Side, debidamente escoltada, solo iba a trabajar dos veces por semana. Releí el registro diario de las idas y venidas de Caterina hasta que las letras se desdibujaron y se cruzaron. Luego, cambié a revisar el conjunto de imágenes de ella.

Contemplé las distintas fotografías donde aparecía almorzando con un compañero de trabajo, comprando flores, tomando un café con leche y un montón de otras cosas mundanas que hacía la gente normal, como si el tiempo que habíamos pasado juntos no hubiera existido. Había transcurrido un mes entero desde que había dejado la ciudad de Nueva York... desde que ella me había dejado. Y aún no sabía cómo olvidarla. Cerré la pantalla del iPad y la aparté.

A través de la ventana del yate, los rayos de la luna se deslizaban por la enorme cabina. Me imaginé a Caterina sentada sobre sus talones en el charco de luz del suelo. Y me afectaba todo mi ser el no tenerla así otra vez. Caterina seguiría siendo mi sumisa de cuerda durante otros cinco meses. De una forma u otra, conseguiría que terminara su contrato conmigo. Por ahora, tenía que mantenerme alejado de ella.

Por su propia seguridad, necesitaba que Michael pensara que había ganado esta ronda. Técnicamente, lo había hecho. Me había quitado a Caterina y aún no tenía idea de quién estaba matando a los miembros de La Sociedad. El tipo había cubierto bien sus huellas. En todas las semanas que había pasado en Ibiza no había encontrado nada que indicara quién estaba detrás del asesinato de la familia Gallo. Tampoco tenía pruebas de que el FBI estuviera detrás de todo esto, o de quién fuera la rata que nos había vendido. Por su culpa, La Sociedad estaba a punto de ser erradicada para siempre. No podía permitir que eso sucediera. Había hecho una promesa a papá y tenía la obligación de cumplirla.

«Permiso para subir a bordo, Capitán». Santino Buratti se apoyó en el marco de la puerta. Su cabello revuelto y su corbata desabrochada me indicaban que había estado de fiesta toda la noche.

«Vaya manera de pasar desapercibido». Miré el reloj sobre la repisa de la chimenea. Eran las tres de la mañana. Por costumbre, restaba seis horas para calcular el tiempo en la ciudad de Nueva York. «Estás aquí para ayudarme a encontrar a Mikey Gallo, no para pasar las noches bebiendo como estúpido». Me puse de pie y caminé alrededor del escritorio.

La familia Buratti era una de las cinco familias originales de La Sociedad. Un atentado contra la vida del padre de Santino les hizo darse cuenta de que todos estábamos en peligro, que

quienquiera que había matado a los Gallo, vendría por nosotros ahora. Cuando Santino descubrió que yo había viajado para seguir una pista, se acercó a mis muchachos y les ofreció ayuda.

Juntos habíamos estado rastreando a los socios de Mikey en Ibiza, pero hasta el momento toda la información no nos había llevado a ninguna parte. Estaba empezando a pensar que mi instinto me había llevado por mal camino. Estaba seguro de que Mikey no había sobrevivido a los ataques contra su familia porque tenía tanta suerte, sino que seguía vivo porque había hecho un trato. Esperaba que alguien en Ibiza supiera quién estaba detrás de todo esto. Necesitaba un puto nombre... o nombres. Porque estaba seguro de que Michael no estaba actuando solo.

«Para que lo sepas...», levantó un dedo y tropezó con un sillón, «estaba siguiendo una pista».

«¿Y?».

«Otro callejón sin salida». Se encogió de hombros y extendió las piernas frente a él.

«Estoy tan cansado de perseguir sombras». Caminé a lo largo de la habitación, disfrutando de la brisa salada que soplaba a través del puerto deportivo y las ventanas abiertas debajo de la cubierta.

«Yo también estoy harto de este viaje de mierda. Es hora de que nos vayamos a casa, Rex». Lanzó una mirada hacia la puerta. «Por eso hice algo que no te va a gustar».

Hizo una señal con la mano y cinco tipos irrumpieron con sus armas apuntando a mi cabeza. El hijo de puta me había vendido. Miré a Santino. La sangre bombeó rápida y fuerte a través de mí mientras consideraba mis opciones. Si empezaba a disparar, lo harían ellos antes de que pudiera salir del barco. *Putra madre*. Mi única salida era lograr que Santino reconsiderara, que pensara en lo que sus acciones implicarían para La Sociedad y su familia.

«Queremos lo mismo, Santino. Si yo caigo, caemos todos. Acabas de firmar tu propia sentencia de muerte».

«Tal vez». Apoyó la cadera en el borde del escritorio. «Hemos estado tratando de hablar con estos tipos durante semanas. No saben nada. Son solo unos cabrones con armas».

«Tenemos órdenes de traerlo». Uno de los hombres habló mientras caminaba hacia mí. Por el matiz de miedo en sus ojos, tuve que asumir que sabía exactamente quién era yo.

«¿Lo ves? Ahora podrás conocer a su jefe». Levantó una ceja como si estuviera esperando que lo felicitara por su brillante plan.

«Me serviste como cebo».

«Caterina está interfiriendo en tu capacidad para hacer tu trabajo, Rex. No finjas. Todos sabemos acerca de ti y ella. Su relación ha trascendido más allá de lo comercial. Y no solo eso, sino que Michael Alfera ha decidido que ya no necesita cumplir su parte del trato con tu familia».

Fruncí los labios, deseando poder decirle que estaba equivocado.

«Dijiste que viniste aquí para obtener un nombre, descubrir quién nos persigue. Pero, más bien, creo que viniste aquí para demostrar que el padre de Caterina es inocente en todo esto. Cuando sabes muy bien que ese viejo vendería su propia carne y sangre para conseguir lo que quiere. Por culpa de Caterina, tienes miedo de descubrir la verdad, por eso en todo este tiempo no has logrado el más mínimo progreso. ¿Querías la ayuda de la familia Buratti? Aquí estamos. Eso es progreso». Se volvió hacia el grupo de hombres que lo acompañaban. «¿Qué carajo están esperando? ¿Su permiso? Llévenselo».

Al instante, los cinco hombres se abalanzaron sobre mí. Le di un puñetazo a uno de ellos en la mandíbula y luego en el estómago. El esfuerzo no me sirvió de nada. Sin la ayuda de Santino, no tenía ninguna posibilidad de salir. Él retrocedió mientras los tipos me derribaban y dejaban que su líder me estrangulara. Lo último que vi antes de desmayarme fue la cara de Mikey Gallo.

Hijo de puta.

Cuando desperté, la luz del día brillaba intensamente en el cielo. El agua azul brillante chapoteaba contra el yate. A lo lejos se alcanzaba a ver una franja de tierra. La miré con los ojos entrecerrados mientras intentaba orientarme. Estábamos mar adentro sin ni un solo barco a la vista. Si Mikey quería matarme, este sería el lugar perfecto para hacerlo. También, fácil de limpiar, ya que todo lo que tendría que hacer sería lanzarme por la cubierta.

«Lo tenías todo. ¿Qué te ofreció el FBI que no tuvieras ya?», le fruncí el ceño a Mikey.

Aparte de las suposiciones de Michael Alfera, no tenía pruebas de que el FBI estuviera detrás de los asesinatos, pero Mikey no lo sabía. Incluso, si no lograba salir de esta, todavía quería saber quién nos había traicionado. ¿Santino llevaría esa información a su familia y arreglaría las cosas? Siempre había sido una especie de lobo solitario. Debería haber sabido que se iría solo en busca de respuestas.

«Me ofrecieron mi vida y mi libertad», cruzó los brazos sobre el pecho, «y un asiento en la mesa. Algo que mi propia maldita familia nunca pensó en ofrecerme».

Los círculos bajo sus ojos eran más profundos que la última vez que lo había visto en Atlanta. Esa noche me habían disparado tratando de ayudarlo. «El grupo en Atlanta. No iban tras de ti, ¿verdad?».

«No. Estaban ahí por Massimo. Pero luego apareciste».

«Traicionaste a tu mejor amigo», solté una carcajada. «Massimo pasó días buscándote. Estaba preocupado por ti. Y mientras, no lo pensaste dos veces para arrastrarlo hasta Atlanta solo para que lo mataran».

«Estoy cansado de vivir en las sombras. Huyendo siempre. Amo a Massimo. Pero me amo más a mí mismo. Al final, todo salió bien. Massimo sigue vivo».

«Eres un puto cobarde. Podrían haberlo matado. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que el FBI decida que ya no eres necesario? ¿Qué crees que va a pasar entonces?».

«¿Que te importa? No estarás aquí para verlo». Un hombre mayor subió a cubierta. El pelo grisiento y el traje barato lo delataban. Era un agente.

«¿Quién carajo eres tú?», me encontré con su mirada.

«Soy el héroe. El que está aquí para salvar el día». Me fulminó con tanto odio y codicia en sus ojos que solo podía suponer que había estado esperando este día durante mucho tiempo. El hombre debía tener cerca de sesenta años, lo que significaba que en algún momento él también había estado persiguiendo a papá.

«¿Nuestro héroe tiene un nombre?». Cambié mi peso contra los dos hombres que me sujetaban. La silla se inclinó hacia adelante y el cerdo retrocedió arrastrando los pies como si me tuviera miedo, era un cobarde.

«Agente especial a cargo, Clifton». Me ofreció su mano y luego se rió entre dientes. «Veo que estás atado».

«Vamos, haz lo que tengas que hacer. ¿Qué estás esperando, Clifton?». Lo desafié a hacer su movimiento.

«Quiero saborear este momento. Michael no creyó que yo pudiera hacer esto. Pensó que sería más difícil atraparte. Mírate. No estoy impresionado». Señaló la brida que rodeaba mis muñecas.

«No hiciste un trato con Michael. ¿Qué le ofreciste a Michael Alfera?».

«Tengo mucho que ofrecerle», me señaló con el dedo. «Una nueva Sociedad, por ejemplo».

Jesucristo.

Tenía sentido. Apostaría a que las cabezas de los cinco “Don” le valdrían a Clifton un montón de brillantes medallas dentro de la agencia. Con el concejo eliminado, Michael tendría la

oportunidad de entrar y construir algo nuevo, completamente bajo su mando.

¿Dónde diablos estaba Santino? ¿En realidad, Clifton lo había dejado ir? ¿O estaba muerto? Santino era el siguiente en la línea para representar a su familia. Ya dirigía la mayoría de los negocios de Buratti. Si Clifton estuviera buscando atrapar ballenas grandes, Santino sería una de ellas, a menos que el imbécil también nos estuviera traicionando.

«Vine a Ibiza para conseguir solo un nombre». Miré de reojo detrás de mí y vi a dos hombres al lado de Gallo. «Y ahora tengo tres. No pararé hasta que tú, Mikey y Michael paguen por lo que hicieron».

«Suficiente», Mikey entró en mi campo de visión. «Arrójalo por la borda ya. Aquí somos presa fácil».

Eché un vistazo al helicóptero que se aproximaba rápidamente. «Sí, lo son».

El helicóptero dio vueltas a nuestro alrededor mientras las balas caían implacablemente sobre la pulida cabina. En cuestión de segundos, el yate comenzó a crujir y a inclinarse lentamente. Me puse de pie para ponerme a cubierto porque al imbécil que nos disparaba no parecía importarle quién resultara herido. Continuaron rociando el barco con plomo hasta que fui el último que quedó en la cubierta de proa sin ningún lugar adonde ir.

Tan pronto como la ametralladora se detuvo, el puto Santino se agachó sobre el patín de aterrizaje y me arrojó una escalera de cuerda de emergencia. Clifton y sus hombres habían desaparecido. Con los restos hundidos, no tenía tiempo de ir a buscarlos. Mikey se había quedado atrás, acurrucado junto a la puerta cerrada que conducía al interior de la cubierta. Clifton lo había abandonado.

Volteé hacia uno de los hombres en el suelo y tomé su arma. «*Fac Fortia et Patere*». “Haz acciones valientes y resiste”. Le recordé a Mikey nuestro lema como miembros de La Sociedad. «Traicionaste a tu familia», grité por encima del fuerte zumbido de las hélices, haciendo una mueca por el fuerte viento y los escombros.

Mikey levantó las manos y abrió la boca. Le disparé antes de que tuviera tiempo de pensar en otra mentira para salvar su pellejo. Los estatutos de la Sociedad eran claros al respecto. La traición se castigaba con la muerte. Solté el arma y liberé un suspiro.

«No tenemos tiempo para un funeral», gritó Santino por el altavoz.

Mierda. Me lancé hacia el helicóptero, pero a los dos pasos, la cubierta cedió debajo de mí. Al carajo mi suerte. Aspiré y esperé a que el agua del mar me arrastrara hacia abajo. Cuando salí a la superficie, vi la escalera de cuerda de Santino colgando a unos metros de distancia y nadé hacia ella.

«Aguanta», gritó un montón de instrucciones que no oí por el fuerte chirrido del barco que se hundía a varios metros de distancia.

Pateando con fuerza, enganché los codos alrededor del escalón superior y dejé que Santino y sus hombres me izaran. Tan pronto como entré en la aeronave, nos alejamos de los destrozos.

«¡Maldito idiota!», me puse de pie y lo empujé sobre el asiento. «Me podrían haber matado».

«Te lo dije, que no te iba a gustar mi plan». Se recostó en su silla de capitán con una sonrisa diabólica en su rostro. «¿Conseguiste el nombre?».

«Lo hice».

«Puede que no esté de acuerdo contigo en muchas cosas, Rex. Pero somos familia. Nos guste o no. Nos mantenemos unidos. Mikey Gallo lo olvidó. Y ahora está muerto».

«Sí». Asentí mientras él cortaba la brida alrededor de mis muñecas. «¿Y Clifton?».

«Tengo un equipo de limpieza en camino para registrar lo que queda del yate. Lo sabremos pronto. ¿Tienes un nombre?», ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. «Necesito que lo digas».

«Michael Alfera», le confirmé.

Michael Alfera, el padre de Caterina, estaba trabajando con el FBI para acabar con todos nosotros. Por supuesto, tenía que asumir que, en algún momento, el viejo habría estado pensando en traicionar al FBI también. Para mí era obvio que la única razón por la que se aliaba con alguien, como Clifton, era porque quería salir de su retiro y volver a ser el rey. Excepto que esa posición ya estaba tomada. Yo era el rey.

«Alfera nos traicionó. Los estatutos son claros en esto, Rex».

«Sí, lo son. Michael responderá por lo que hizo. Me aseguraré de eso».

«¿Estás pensando en su hija? ¡Jesús! ¡Carajo!», levantó las manos con frustración. «Por eso están prohibidos los matrimonios dentro de la familia».

«Más bien está mal visto», contesté.

«Tu papá cometió un error al aceptar el trato de Alfera. Y ahora, aquí estamos lidiando con las consecuencias de sus acciones. Pero esta es la cuestión, me importa una mierda lo que Caterina quiera. Ella tendrá que subir a bordo. En cuanto a ti, debes dejar de pensar con tu pene y empezar a actuar como un rey». Hizo una mueca y tragó con dificultad.

«Reconozco esa expresión en tu cara», le hice un gesto. «Te golpearon».

Dios mío, los hombres de Clifton estaban tan ocupados disparando al helicóptero que no pensaron en matarme. Santino había corrido un gran riesgo usándonos a ambos como cebo. Un riesgo que había dado sus frutos. Así que no podía estar tan enojado con él, especialmente porque había acertado en sus suposiciones. Una parte de mí esperaba encontrar pruebas de que el padre de Caterina no estaba involucrado con el FBI.

«Solo es un rasguño», hizo una mueca.

Me reí entre dientes al pensar en lo destrozado que había quedado mi hombro la última vez que me había rozado una bala. La herida había tardado semanas en sanar, principalmente porque el músculo estaba destrozado en diferentes puntos. Toqué al piloto en el hombro. «¿Qué tan cerca del hospital puedes llegar?».

«Por supuesto que no», espetó Santino.

«Tengo un acuerdo con la médica local. Ella te curará». Lo ayudé a quitarse la chaqueta del traje. Efectivamente, la manga de su camisa de vestir estaba empapada de sangre. «Tendrás que esperar hasta que regresemos a Nueva York para tomar uno de los cocteles revitalizantes de Donata».

«Te has estancado». Él encontró mi mirada. «Si no cumples con esto, las otras familias encontrarán una manera de derrocarte».

«Estoy muy consciente de lo que está en juego aquí. Y sé lo que tengo que hacer», respondí.

Dentro de La Sociedad, la traición se castigaba con la muerte. Michael Alfera había cruzado la línea cuando hizo un trato con un cerdo agente. Si no se le controlaba, seguiría asesinando a miembros clave del concejo, empezando por mí, la signora Vittoria y el padre de Santino. Tenía que ordenar la ejecución de Michael. Pero Santino tenía razón. Estaba pensando en Caterina y en cómo si perdía más familia, eso la mataría. Estaba pensando en cuánto me odiaría por hacer mi trabajo. Estaba pensando en que, si seguía adelante, ella nunca me amaría.

¿Pero qué opción tenía?

Capítulo 2

De vuelta al redil

CATERINA

Habían pasado cuatro semanas, cinco días y tres horas desde que salí del penthouse de Rex. Massimo y Enzo no habían mentido acerca de que papá les había contado toda la verdad sobre lo que yo había hecho para salvarlo de la cárcel. Papá lo sabía. Sabía que hace un par de meses había acudido a Rex y le había pedido un favor, que perdonara la deuda de papá. Rex había aceptado. Como pago, me convertí en su sumisa de cuerda. Papá pensó lo peor de Rex y de mí. Excepto que no podía saber cuál era la peor parte. Se imaginó que Rex me mantenía en algún calabozo, donde tenía sexo conmigo día y noche.

No, Rex no hizo eso. Lo que hizo fue mucho más íntimo que el sexo y mucho peor. Se metió debajo de mi piel, en mi cabeza y en cada respiro. Y ahora estaba en todas partes. Lo veía en mis sueños y en el mar de rostros en la calle. En los días realmente malos, incluso lo veía deambulando por los pasillos del trabajo.

Rex Valentino me había *arruinado*.

Miré por la ventana del penthouse de Massimo. Las nubes de lluvia habían llegado desde media tarde y no habían amainado. A lo lejos, los peatones seguían con sus vidas a pesar de las lluvias torrenciales. O al menos, eso parecía. Era difícil saberlo desde tan alto.

Mis hermanos habían venido a rescatarme de Rex. Pero lo único que lograron fue cambiarme de jaula. Todavía no me permitían salir ni dormir en mi propio apartamento. Massimo había aceptado llevarme al trabajo dos veces por semana, lo que me ayudaba a romper con la rutina y esa sensación de falta de objetivo.

«¿Estás lista?», Massimo entró en mi línea de visión en la sala de estar. «Déjame reformular eso. ¿Por qué no estás lista?», señaló los pantalones cortos de mi pijama.

«Realmente no estoy de humor para fiestas».

«Yo tampoco. Pero tenemos que ir y hacer acto de presencia. Te acostumbrarás a la política de todo esto». Se sentó en el reposabrazos del sofá frente a mí. «Papá quiere mostrar a los miembros de La Sociedad que la familia Alfera todavía se mantiene fuerte».

«Mamá trabajó muy duro para mantenernos alejados de este mundo». Sacudí la cabeza. «¿Por qué papá quiere volver a eso?».

«Para protegernos. Las cosas no siempre son lo que parecen». Se frotó la barba incipiente de la mejilla.

«Entonces, ¿qué son realmente?».

«No me corresponde a mí contarte todo eso. Necesitas hablar con papá», ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. «A papá no le importa lo que pasó con Rex».

Y ahí estaba. La pena. Pensaban que había sido una víctima sobreviviente de algo terrible.

¿Cómo podría explicar que no era lo que pensaban? Que no había sufrido ni me había sentido utilizada por lo sucedido. ¿Cómo podría explicar algo si yo misma no lo entendía?

«Ser miembro de La Sociedad no es tan malo como crees. Hablé con Rex. Tiene la idea correcta. Perdimos el rumbo a lo largo de los años, pero nuestra prioridad sigue siendo proteger nuestra ciudad, nuestra gente».

La mención del nombre de Rex era como un golpe directo a mi sistema. De repente, la luz de la habitación se hizo más intensa. Y todo mi cuerpo se estremeció. Me apoyé en la almohada, apartando la mirada de Massimo. Cuando sonó el timbre, me miró fijamente durante unos segundos y luego se levantó para abrir.

«Oh, lo siento. No sabía que estabas ocupado». Una voz femenina resonó en el pasillo. «Me iré».

Giré mi cuerpo para ver quién era. La mujer en la puerta era una hermosa rubia con jeans ajustados, un top corto y botas.

«Hola», me puse de pie y la saludé con la mano en camino a mi habitación.

Obviamente estaba aquí por Massimo. En la escuela, siempre había chicas que eran muy amables conmigo. En el momento en que comenzaba a hablar con ellas, la conversación rápidamente giraba hacia Massimo o Enzo. Massimo era el más tranquilo, por lo que las conversaciones giraban principalmente sobre él.

«Hola, soy tu nueva vecina», dio un paso hacia mí con sus mejillas sonrosadas. «Vivo dos pisos más abajo. Mamá y yo nos mudamos hace unos días. Solo necesitaba un poco de azúcar», le sonrió a Massimo y luego rápidamente volvió su atención a mí. «No, quiero decir, mamá está horneando y se nos acabó el azúcar».

Siguió divagando un minuto más sobre los pasteles de carne y su madre. Todo el tiempo mi hermano permaneció allí mirándola con estrellas en los ojos y una gran sonrisa. Él se rió entre dientes y la tomó del codo mientras ella se giraba para irse. «EJ, ¿por qué no entras y conoces a mi hermana pequeña?».

Las cejas de EJ se alzaron sorprendida. «Por supuesto, ella es tu hermana. Mírala».

«Encantada de conocerte, EJ. Soy Caterina», le ofrecí mi mano y ella la estrechó. «Yo también vivo aquí, aunque espero que sea temporal».

«Es fantástico conocer a la familia de Massimo». Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se mordió el labio mientras intercambiaba una mirada con Massimo. «Hablo contigo más tarde».

«Sí, te acompañaré», me guiñó un ojo y cerró la puerta detrás de él.

Ni siquiera podía empezar a imaginarme tener una relación tan tranquila con Rex. Incluso el día que apareció en mi trabajo, parecía tan fuera de lugar, como un personaje de algún cuento de hadas que había tomado un camino equivocado y había terminado en mi mundo. Mis ojos se cerraron y mi mente rápidamente desplegó una larga secuencia de imágenes de todo el tiempo que había pasado en su cuarto de cuerdas.

«No». Me puse de pie y estreché las manos para aclarar mis pensamientos. «No vayas allí».

La puerta se abrió de nuevo y Massimo entró con la mayor sonrisa en su rostro. Parecía que EJ había hecho lo imposible. Massimo estaba feliz. Nunca pensé que recuperaría a mi hermano: el hermano divertido y cariñoso que tenía antes de que mamá se enfermara y papá comenzara a caer en un mundo de depresión y juego.

«¿Podría ser posible?», me reí. «¿El gran Massimo está enamorado?».

«Honestamente, no sé qué diablos es esto. Pero ya he perdido suficiente tiempo desde lo que pasó a mamá. Quiero ver a dónde lleva. EJ acaba de mudarse a la ciudad». Logró decir todo eso

sin perder la sonrisa.

«Sí, lo escuché. Oh, espera, olvidó el azúcar», bromeé.

«Eso será más tarde», él me guiñó un ojo.

«No necesito los detalles».

«Entonces deja de molestar». Soltó un largo suspiro. «Cada vez que ella sonríe, siento una oleada de esperanza. Como esto con La Sociedad y papá, todo parece factible cuando ella está cerca. Puedo vivir la vida que papá quiere para nosotros, pero solo si ella está en presente».

«¿Qué es lo que papá quiere de ti?».

«Bells, eres una chica inteligente. Ahora que mamá se ha ido, papá quiere volver a esa vida mafiosa. No solo quiere tener voz en las operaciones del día a día, sino que quiere volver a sentarse a la cabecera de la mesa». Hizo una pausa durante unos segundos como esperando que yo digiriera esa información. «Desde el principio le dije que no. Por eso me fui. Pero ahora veo cómo podemos utilizar nuestros recursos para hacer el bien. Rex también cree eso. Todos queremos lo mismo».

«Papá no puede hacerle eso a mamá. Ella luchó muy duro para mantenernos a todos alejados de su estilo de vida mafiosa».

«Lo hizo. Pero ahora ella no está aquí para disuadirlo». Me rodeó con sus brazos y me dejó descansar la cabeza en su hombro.

Extrañaba tener a Massimo cerca. Extrañaba cómo era todo antes de que muriera mamá. Ahora que estábamos todos juntos de nuevo, tenía la esperanza de que tal vez pudiéramos volver a ser una familia, como lo éramos antes. No exactamente como antes, obviamente, pero sí bastante contentos. No podía permitir que papá nos arruinara eso. Ya había hecho que mis dos hermanos gastaran un millón de dólares para rescatarlo y sacarme del contrato de Rex. Todo lo que podía esperar era que a papá no se le ocurriera hacer un trato con Rex como lo hice yo. Todos los favores de Rex tenían un precio elevado. Seguramente papá lo sabía.

«Desearía poder ayudarte. Ahora que has vuelto, tal vez podamos volver a ser una familia. Como antes».

«No soy yo quien necesita ayuda, Bells», me sonrió. «Yo estoy feliz».

«Y estoy feliz por ti». Me dejé caer en el sofá y le di unas palmaditas al cojín a mi lado. La buena energía de Massimo era contagiosa. Apostaría cualquier cosa a que EJ estaba detrás de todo esto. «¿Es esta la amiga por la que fuiste a Atlanta? Tiene un poco de acento sureño. ¿No?».

Apoyó las manos en las caderas y me lanzó una de sus miradas severas.

«Dijiste que podía hablar contigo», respondí con una mirada inocente.

«Sí, me refería a tus problemas. No a mi vida amorosa».

«Ah, ¿entonces la amas?».

Examinó mi rostro como si considerara sus opciones. Sabía que no iba a dejar pasar esta jugosa noticia. Después de unos segundos, finalmente aceptó y se sentó. «La conocí en Atlanta el mes pasado». Él se encogió de hombros. «A ella le encantan los autos, como a mí. En realidad, ella más que amar los autos, los construye. De cualquier forma, necesitaba un favor para su mamá. Yo ayudé».

«Mmmm... eres un auténtico caballero con una brillante armadura, ¿no?», bromeé. «¿Ha visto tu espada?».

Lo que pasaba con Massimo es que en realidad tenía una. Todos la teníamos. Papá estaba un poco obsesionado con todo tipo de armas. Las espadas eran lo único con lo que mamá nos permitía jugar. De alguna manera, eran una mejor opción que las armas. Dios, ¿por qué alguna vez pensé que nuestra familia era normal? Estábamos lejos de eso.

«Eres una mocosa. Tal vez más tarde podamos subir al gimnasio y pueda mostrarte algunos movimientos y borrar esa sonrisa de tu cara», bromeó.

«¿Sabes qué?», me senté más erguida, «eso realmente parece una buena idea. Necesito hacer algo. Ni siquiera me dejan salir a caminar».

«Es por tu seguridad y lo sabes. Hay algo ahí fuera acechándonos. Puedo sentirlo. Es difícil de explicar». Sacudió la cabeza y tomó mi mano. «Comentaste que Rex fue lastimado en Atlanta, ¿verdad?».

Asentí.

«Le dispararon ayudándonos a Mikey y a mí. Nos tendieron una emboscada en el hospital donde la mamá de EJ estaba realizando tratamientos contra el cáncer. EJ también estaba allí. Me arrepentiré de haber dicho esto, pero Rex es uno de los buenos, Bells. Su padre lo metió en problemas. Puedo ver por qué es tan intenso e inflexible con todo. Pero su cabeza y sus entrañas están en el lugar correcto». Él puso los ojos en blanco. «Aunque no estoy seguro del resto de él».

«¿Dices eso porque fue criado para ser rey de una sociedad secreta?».

«Sí, entre otras cosas. Jesús, Bells, solo habla con papá».

«Bueno. Lo haré mañana».

«Bien. Porque me pidió que te llevara a los Hamptons por la mañana».

«¿Los Hamptons? Pensé que papá había perdido la casa de la playa en una de sus apuestas de juego».

Me acurruqué con más fuerza alrededor de la almohada que tenía en mis brazos y traté de no pensar en dónde me había llevado la adicción de papá. Intenté no pensar en Rex y en todas las cosas que hicimos juntos. Porque por más que intentaba negarlo, había consentido todo lo que me hizo. Y no solo eso, sino que también lo quería. Seguía deseándolo, que era lo que más me enojaba. Ansiaba a Rex cada minuto de cada día.

«Puedes preguntarle sobre la casa en la playa mañana».

«Bien. Ya todo está hecho de todos modos. Puedo esperar. Ahora mismo tengo que prepararme para una fiesta de mierda», me quejé contra la almohada decorativa. «Rex va a estar allí, ¿no?».

«Lo dudo. Hablé con él anoche y todavía seguía en Ibiza». Se puso de pie y me levantó para ponerme de pie. «Me quedaré contigo todo el tiempo. Tomaremos unas copas, saludaremos y les contaremos a todos que papá es tan fuerte como un buey y que la cirugía del corazón fue algo menor. Entonces podremos volver a casa. Así podrás volver a estar de mal humor». Presionó una mano contra su pecho. «Y yo volveré con la bonita rubia que me espera abajo».

«Espera. ¿Qué? ¿No está en la ciudad?». No reconocí el grito en mi voz. Durante semanas había estado angustiada por verlo. Me sentí enojada y decepcionada porque él no había intentado acercarse a mí para hablar sobre las cosas. Odiaba cómo habíamos dejado todo la última vez que nos vimos. Ni siquiera nos despedimos. «¿Por qué no me dijiste que se había ido? ¿Qué hay en Ibiza?».

«Tranquila», levantó las manos. «No pensé que quisieras saberlo. No preguntaste. Fue a Ibiza para conseguir una pista. Parece que el problema que nos siguió a Mikey y a mí hasta Atlanta empezó allí».

«¿Por qué no fuiste con él? Alguien está intentando acabar con toda La Sociedad. Con todas las familias. Necesita nuestra ayuda».

«Lo sé. No fui con Rex porque me pidió que te cuidara». Apartó un mechón de pelo de mi cara. «Oye, la estás pasando mal por él».

«Lo odio».

Él rió. «Guau. ¿Estás enamorada de él?».

Lo miré.

«Locamente enamorada de él». Dejó escapar un suspiro en esa forma de hermano mayor que decía que las hermanitas podían ser tan molestamente obstinadas. «Siempre puedo saber cuando estás mintiendo. Eres tan mala en eso. ¿Por qué estás tan enojada con él? ¿Qué hizo, Bells?».

La lista era larga porque, como había dicho Rex, él no era un santo. Podría haberle dado a papá más tiempo para pagar su deuda; en cambio, me convirtió en su sumisa de cuerda. Estaba prácticamente prisionera en su casa. Y luego, cuando mis hermanos aparecieron para pagarle, descubrí que no había forma de rescindir el contrato que había firmado con él.

Eso era lo que pasaba con Rex, todo era una especie de manipulación, un juego. Él siempre tenía todo el poder. Odiaba lo débil que era con él, la facilidad con la que me controlaba. Pensé en todas las veces que me ató, todas las veces que me hizo llegar al clímax. Las imágenes inmediatamente inundaron mi mente. Y como siempre, de un solo suspiro, volví a tener hambre de él. *Fóllame*. Realmente, lo odiaba.

Me alejé de Massimo y sacudí los brazos para indicar claramente que habíamos terminado de hablar. «Voy a ducharme».

«Oh, casi lo olvido. Llegó tu vestido. Te lo dejé en la cama». Cogió su teléfono y empezó a enviar mensajes de texto.

«Gracias». Di un par de pasos y luego me detuve. Tragándome las lágrimas, cargué contra él y lo abracé con fuerza. «Me alegro de que estés en casa».

«Yo también».

Una hora más tarde, Massimo, Enzo y yo estábamos en una limusina rumbo al ‘Crucible’. Las mariposas en mi estómago revoloteaban con fuerza. Ni siquiera las técnicas de respiración que aprendí de Rex estaban funcionando. Pasé el viaje jugueteando con la tela de terciopelo del vestido que Massimo me había comprado. El corpiño sin tirantes levantaba mis senos más alto de lo normal, pero en general, me quedaba como un guante.

«¿EJ te ayudó a elegir este vestido?».

«¿Qué?». Massimo apartó la mirada de la ventana para mirarme entrecerrando los ojos. «Yo no te lo compré».

«Entonces, ¿quién lo hizo?». Los latidos de mi corazón se aceleraron. Solo conocía a otra persona a la que le gustaba comprarme vestidos. «Dejaste la caja en mi habitación».

«Sí, porque yo abrí la puerta cuando me entregaron el paquete. Pensé que tú lo habías comprado».

«No lo hice», dejé escapar un suspiro. Mierda. Mierda. Ahora iba a pasar toda la noche mirando por encima del hombro, preguntándome si Rex estaría allí.

«Hemos llegado», inexpresivo, Enzo dijo desde su asiento frente a mí. «Terminemos con esto».

Nos detuvimos frente al edificio de Rex en Midtown y Aaron se apresuró a abrir mi puerta. «Señorita Alfera. Bienvenida de nuevo». Hizo un gesto hacia la puerta como si yo fuera una vieja amiga. No lo era. La última vez que había estado aquí, había sido la prisionera de Rex.

Capítulo 3

Me arruinaste

CATERINA

Massimo cumplió su palabra y no se apartó de mi lado mientras Aaron nos escoltaba hasta la sala de juego. El lugar se veía exactamente como el mes pasado, cuando estuve aquí. ¿Por qué pensé que se vería diferente? ¿Porque me sentía diferente? Mi vida no había cambiado mucho desde entonces. Así que eso no tenía absolutamente ningún sentido.

Aaron nos dejó en el bar y luego habló por su intercomunicador bajo la manga. La seguridad siempre era estricta en las fiestas de Rex. Con los federales siguiendo tan de cerca los pasos de todos, era un riesgo enorme tener a todos los miembros de la familia juntos bajo un mismo techo. Bebí un sorbo de la copa de vino que Massimo me puso en la mano y examiné la habitación. De acuerdo, sí, estaba buscando a Rex, aunque sabía que él estaba a miles de kilómetros de distancia. Quizás había decidido aparecer en el último momento. ¿Por qué organizar una fiesta si ni siquiera iba a asistir? Supuse que Rex, saltándose su propio festejo, sonaba como algo que haría totalmente. El hombre podía ser tan exasperantemente enigmático.

«Bebe», Massimo acercó mi mano a mi boca. «Estás tan tensa. Y la signora Vittoria se dirige hacia aquí».

«La mujer me aterroriza».

«No puedes llegar a ser un ‘Don’ si te la pasas tejiendo todo el día».

«¿Cuándo la conociste?».

«Oh. Papá nos presentó». Chocó su vaso con el mío y se rió justo cuando ella se acercaba a nosotros para poder escucharnos mejor. Massimo tenía talento natural para esto. «Signora Vittoria. *Ciao*», él besó ambas mejillas de la mujer.

«Parece que le debo a alguien un Louis Vuitton», ella se rió entre dientes mientras presionaba una mejilla contra la mía. «No pensé que volverías después de lo que pasó».

«¿Qué pasó exactamente?». Debería haber sabido que los rumores sobre Rex y yo se difundirían rápidamente. ¿Por qué pensé que Enzo y Massimo mantendrían en secreto la situación de la deuda de papá? Tomé nota mental para hablarles más tarde acerca de ventilar los trapos sucios de la familia.

«El atentado contra la vida de tu padre, por supuesto. Michael ya no está acostumbrado a nuestra forma de vida. Estaba segura de que después de lo sucedido cambiaría de opinión acerca de dejar que sus hijos fueran parte de La Sociedad. ¿Cómo está? ¿Confío en que su cirugía haya ido bien? Deben enviarle mis saludos». Ella examinó mi rostro con curiosidad.

«Bueno, ya conoce al viejo», Massimo se apoyó casualmente en el mostrador de la barra. «Es fuerte como un buey. Lo del corazón no fue nada».

Cuando encontré su mirada, me guiñó un ojo. No se sintió intimidado en absoluto por la

mirada en blanco de Vittoria. Supuse que cuando estabas enamorado, realmente empezabas a ver el mundo a través de lentes color de rosa. *Suertudo*.

«Esperaba verlo esta noche antes de mi viaje. Tal vez la próxima vez». Se ajustó el chal de visón sobre los hombros. Su mirada permaneció fija en mí por un momento antes de continuar. «Mañana me reuniré con mi sobrina en Ibiza. Lleva un tiempo allí tomándose unas merecidas vacaciones».

La adrenalina me recorrió. Donata también estaba en Ibiza. ¿Estaría allí con Rex? En mi mente, inmediatamente los vi juntos en una playa de arena, semidesnudos, tomando bebidas afrutadas. No estaba celosa. No era como si Rex y yo estuviéramos juntos. Nuestro contrato no estipulaba que no pudiera ver a otras mujeres. Me tragué el nudo en la garganta y de alguna manera logré dibujar una sonrisa en mi cara.

«Ibiza suena encantador. Que tenga un buen viaje». Agarré la parte trasera de la chaqueta de esmoquin de Massimo. Por la mirada de lástima que me dio, solo pude asumir que mi intento de ser discreta no había funcionado. ¿Por qué Vittoria quería que supiera que su sobrina estaba con Rex? ¿Para asegurarse de que lo dejara en paz? Ni siquiera estaba aquí.

«Signora Vittoria, fue un placer volver a verla. Ahora, si nos disculpa. Le prometí a mi hermana pequeña el próximo baile». Me ofreció su mano y la tomé.

«Por supuesto, cariño». Ella se hizo a un lado con esa manera regia suya. «Dale mis saludos a tu padre».

Dejé que Massimo me alejara de ella. Mi corazón latía con tanta fuerza en mis oídos; apenas pude entender sus palabras. Siguió hablando en un tono tranquilizador, hasta que me calmé. «Como sea, un baile y luego podremos salir de aquí. Entregaremos el mensaje de papá. Vittoria y las demás familias no tendrán ninguna duda de que la familia Alfera es tan fuerte como siempre».

Massimo me condujo entre la multitud, sonriendo ante las caras felices que se volvían hacia él. «Realmente desearía haber podido traer a EJ a esta fiesta», dirigió la conversación hacia una dirección diferente y más agradable.

«¿Por qué no lo hiciste?», seguí adelante porque pensé que este no era el momento ni el lugar para hablar sobre lo que papá quería.

«Es muy peligroso. No quiero que ella quede atrapada en toda esta mierda. Bueno, no más de lo que ya tiene, gracias a Gallo», sacudió la cabeza. «Es mejor así».

«Sí, es bueno que ella no esté aquí para defenderse de todas estas mujeres», señalé con la barbilla al grupo que estaba al otro lado del salón.

Entendía que éramos los chismes del día, pero las miradas que recibíamos de camino a la pista de baile eran simplemente ridículas. Corrección, la atención que recibía mi hermano era ridícula. Era como estar de nuevo en la escuela secundaria.

«Las damas mafiosas te aman», me reí.

«No estoy interesado». Me hizo girar dos veces y luego adoptó un suave trote de zorro.

De repente, la energía en la habitación cambió. El lugar se volvió más caluroso y, de alguna manera, más silencioso, más tranquilo. Cuando aparté la mirada del rostro de Massimo, mi corazón salió disparado de mi pecho hacia mi garganta. Rex estaba en el nivel principal, arriba en el salón VIP, en su lugar habitual con ambas manos agarradas a la barandilla.

«Me dijiste que estaba fuera del país».

«Lo estuvo anoche», él se encogió de hombros.

Rex mantuvo su intensa mirada sobre mí mientras yo seguía bailando con mi hermano. Bueno, Massimo estaba bailando, a mí me arrastraba por la pista porque no podía hacer que mis

piernas funcionaran correctamente. Inhalé un largo sorbo de aire y me concentré en la melodía de jazz en lugar de en Rex. Después de un rato, mi cuerpo se relajó lo suficiente como para no sentirme como el hombre de hojalata tratando de balancearse.

Incluso después de que Massimo me dijera que Rex estaba fuera del país, una parte de mí había fantaseado con cómo sería verlo de nuevo. Ahora que estábamos aquí, no sabía lo que quería. Ansiaba su toque. Ansiaba su voz en mi oído ordenándome respirar. Pero si cedía, ¿dónde nos dejaría eso? No teníamos ningún tipo de relación como Massimo y EJ. Rex no era exactamente del tipo de novio.

«¿Puedo interrumpir?», un hombre de aproximadamente la edad y altura de Massimo le dio una palmada en el hombro. «No creo que nos hayan presentado adecuadamente».

«Hay una razón para eso», Massimo se tensó a mi lado.

Su reacción disparó mi ritmo cardíaco a toda marcha. Algo en este recién llegado parecía peligroso. Cuando miré hacia el salón VIP, Rex se inclinó hacia adelante. Y aunque no podía ver exactamente sus ojos, sabía que estaba disparando dagas en nuestra dirección. Massimo se mantuvo firme agarrando firmemente mi brazo mientras miraba al hombre que esperaba para ver si mi hermano lo dejaría bailar conmigo. El tono de ira en la voz del hombre me resultaba familiar, pero no podía recordar dónde lo había oído o visto.

«Caterina», mi hermano, finalmente, reaccionó después de unos segundos. «Este es Santino Buratti».

Tan pronto como Massimo pronunció el nombre, recordé dónde había conocido a Santino antes. Había estado en la reunión de la junta directiva de Rex hace más de un mes. Esa noche, Rex había reunido a todos los ‘Don’ para decirles que toda la familia Gallo había sido aniquilada. Pidió una tregua entre las familias, para que todos pudieran trabajar juntos para descubrir quién estaba detrás de La Sociedad.

Santino se había sentado al otro lado de la mesa frente a papá y a mí. Fue uno de los primeros en decirle a Rex que no tenía interés en combinar recursos para enfrentar a un enemigo común. Esa noche, tuve la sensación de que, al igual que Rex, Santino era uno de esos lobos solitarios. Este mundo mafioso podría ser un lugar muy solitario. No era de extrañar que Massimo tuviera miedo de involucrar a su nueva novia en todo esto. Ella era su luz en esta tierra de oscuridad.

«Nos hemos conocido antes», le estreché la mano. «En el piso de arriba».

«Así es. La reunión del concejo», él me sonrió. «Estabas allí con tu padre. ¿Cómo está el viejo? ¿Está aquí?».

«No, se quedó en casa». Massimo se acercó a Santino.

«Bien», Santino asintió. «Me olvidé. El hombre es tan fuerte como un buey. Lo del corazón no fue nada».

«Así es», le sonreí a Massimo y luego me volví para encontrar los ojos color avellana de Santino.

No me importaba su hermoso rostro, especialmente cuando me miraba como si pudiera ver mi alma. Algo en el hombre me asustaba. La piel de gallina recorrió mi espalda. Al principio, pensé que mi cuerpo estaba teniendo una reacción temerosa ante el comportamiento frío de Santino.

Pero entonces una mano familiar se posó en mi espalda baja. «¿Hasta cuándo vas a seguir fingiendo que no me conoces, Caterina?», me susurró al oído para que solo yo pudiera escucharlo.

Su voz encendió una pequeña llama en mi centro.

«¿Estás bien?», Massimo me apretó el brazo suavemente. Lo que había querido decir era,

¿Estaba bien estar tan cerca de Rex? ¿Necesitaba alejarme de él otra vez?

«No», solté mientras mi cuerpo se alejaba de Massimo y se acercaba a Rex. Mi hermano había sido la única ancla que había tenido en toda la noche. El hecho de que soltara mi red de seguridad en el momento en que apareció Rex decía mucho sobre la dicotomía en mi cabeza. Rex era malo para mi salud. No importaba lo bien que se sintiera. Por eso no podía obligarme a mirarlo. «Quiero decir, sí, estoy bien».

«¿Estás segura?», Rex deslizó su pulgar sobre la curva de mi cintura. «Desde donde yo estaba, parecía que Santino se estaba quedando más tiempo de lo esperado».

Por alguna estúpida razón, pensé en su cuarto de cuerdas, sus manos sobre mi piel y la forma en que me besó la primera vez que me ató. ¿Qué diablos me pasaba? Este era el peor momento para estar reviviendo todos esos recuerdos.

«Sí estoy segura», levanté la cabeza y cometí el terrible error de enfrentarlo. Dios, había extrañado la familiar sonrisa en sus ojos azules, su cuerpo fuerte y su energía esencial.

«No me hagan caso. Solo tenía curiosidad por conocer a la bella Caterina». Santino se metió las manos en los bolsillos del pantalón. «Esperaba un baile, pero veo que su tarjeta está llena esta noche. Disfruten el resto de su velada», me guiñó un ojo y salió de la pista de baile.

«¿Qué te dijo?», Rex miró fijamente la forma en retirada de Santino.

«Nada. ¿Tenía algo que decirme?».

«Parecías asustada. Eso es todo».

«Aquí estuve todo el tiempo. Ella estaba bien», Massimo miró en la dirección en la que se había ido Santino.

«Bueno, ahora que el lobo feroz se ha ido, ¿puedo tener este baile?». La sonrisa sexy de Rex hizo que mis rodillas se doblaran.

«No». Jesús, por supuesto que quería bailar con él. Básicamente porque no quería que me soltara.

«Eres una mentirosa terrible», me susurró Massimo al oído. «Tengo que ir a buscar a Enzo y asegurarme de que no se meta en problemas. Grita si me necesitas», se alejó tranquilamente.

Abrí la boca para rogarle que se quedara, pero las palabras no salieron. En cambio, lo vi desaparecer entre la multitud, mientras mi corazón latía con fuerza contra mi pecho. Para todos los efectos, estaba sola con Rex Valentino. Después de todas estas semanas separados, él estaba aquí conmigo otra vez.

«Es solo un baile, Caterina». Rex alcanzó mi cintura y me atrajo hacia él. Cuando mi cuerpo hizo contacto por primera vez con el suyo, su respiración se entrecortó. «Mmm», me abrazó con más fuerza, presionando su frente contra la mía. «¿Me extrañaste? ¿Echaste de menos nuestras sesiones? Porque yo lo hice. No he olvidado que todavía me debes cinco meses».

«Me arruinaste». Las palabras se derramaron como si hubieran estado en la punta de mi lengua todo este tiempo.

«Tú me arruinaste primero», inhaló. «Yo no comencé esta guerra».

«Así que tenía razón. Solo querías hacerme daño». Metí mi mano entre nosotros. Todas las noches que pasé sola en mi habitación pensando en él daban vueltas en mi cabeza. La ira se arremolinaba en la boca de mi estómago. Tuvo el descaro de decirme que me extrañaba mientras pasaba su tiempo con otra persona. «Espero que tú y Donata se lo hayan pasado muy bien. ¿Por qué estás aquí? ¿No te está esperando en Ibiza?».

«¿Qué?», él frunció el ceño y luego los labios. Pero me di cuenta de que estaba escondiendo una sonrisa. El idiota estaba disfrutando esto. «No estaba con Donata. ¿De dónde sacaste esa idea?».

«Mentir es de cobardes. Tú me dijiste eso», miré su rostro increíblemente hermoso.

«No miento. Y lo sabes. No la he visto desde el día que estuvo aquí para revisar mi herida. Esa fue la noche en que te fuiste. ¿Recuerdas?», siseó, sacudiendo la cabeza hacia mí. Abrió la boca y luego la cerró. Lo que quisiera decir, sabía que sería algo incorrecto. «¿Te importa siquiera si hubiera estado con ella?».

«Por supuesto que no. No seas ridículo». Intenté alejarme de él, pero mis piernas no me obedecieron.

Nuestras miradas se cruzaron. Sí, estaba celosa de Donata. Estaba celosa de que ella pudiera pasar un mes entero con Rex en alguna playa, mientras yo me quedaba sola en casa, sentada junto a la ventana, mirando caer la lluvia.

«Me estás matando», sus labios se estrellaron contra los míos.

Como siempre ocurría cuando nos tocábamos, el mundo desaparecía. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y le devolví el beso. Tenía tantas ganas de probarlo. Quería demostrarme a mí misma que no estaba loca. Ese Rex, sí existía. Que lo que había sentido cuando me tocaba era real. Parecía demasiado real para ser mentira.

«Rex» jadeé.

«Lo sé», acunó mi cuello, ocultando mis labios, burlándose de mí con promesas de todas las cosas que no podríamos tener. «Ven conmigo arriba».

Capítulo 4

Esta vez sin contratos

REX

«Eso no va a suceder. Ahora no. Jamás», ella hizo ademán de irse y luego se dio la vuelta. «Qué valor tienes. Hace más de un mes que te fuiste. ¿Qué pensabas que iba a pasar aquí esta noche? ¿Que ibas a aparecer, me besarías y yo inmediatamente saltaría a la cama contigo?», ella me empujó y ni siquiera me dio la oportunidad de explicarle que lo único que quería hacer era hablar.

Sonreí ante su forma de retirada, feliz de no ser el único que todavía estaba obsesionado con todo el asunto del sexo. Jesús, joder, nuestro momento no podría ser peor. Saqué mi teléfono del bolsillo interior de mi chaqueta y llamé a Frank.

«Ella se dirige hacia los ascensores. Envíala arriba».

«Entendido, jefe».

Colgué. Cuando levanté la vista, Massimo entró en mi campo de visión y sacudió la cabeza. «No has aprendido nada, ¿verdad?».

«¿Qué?», me froté las arrugas de la frente y lo miré entrecerrando los ojos para concentrarme. Caterina siempre tenía una manera de dejarme aturdido y confundido.

«Odia que la manipulen. ¿Por qué crees que ella te dejó antes?», frunció el ceño como si esto con Caterina fuera tan simple, como si la respuesta a mi problema estuviera justo frente a mí, pero yo fuera demasiado tonto para verla.

«Solo quiero hablar».

«¿Y para eso, necesitas que tus hombres te la traigan? Podrías haberlo pedido».

«Le pregunté». Señalé hacia la dirección por donde se había ido Caterina.

Miró su teléfono. «Tengo que irme».

«Entonces vete».

«No sin mi hermana», él levantó una ceja. «No empeores esto».

Carajo. Massimo tenía razón. Desde el principio había acorralado y amenazado a Caterina para que se quedara conmigo. Merecía algo mejor. Me había dicho a mí mismo que esta vez sería diferente entre nosotros. Pero estaba equivocado. Todo lo que hacía falta era que ella dijera que no una vez para que volviera a mis viejas costumbres. Me pasé una mano por el pelo, tratando de descubrir mi próximo movimiento. No quería estropear esto. Esta conversación era demasiado importante.

«Dame cinco minutos. Si en ese momento ella todavía quiere irse contigo, la dejaré ir».

«Olvidaste decir por favor», una sonrisa apareció en sus labios.

El imbécil estaba disfrutando esto.

«Vete a la mierda», pasé junto a él y me dirigí hacia la gran escalera. El acceso al ascensor a

través del salón VIP era un atajo hasta mi ático.

«No la presiones tanto. Ya ha pasado por bastante», me gritó Massimo por encima de la melodía de jazz que todavía sonaba en la pista de baile.

Me detuve para mirarlo. «Lo sé. Pero ella merece la verdad».

«Sí, la merece», él asintió.

Los invitados se apartaron con sonrisas educadas mientras yo subía las escaleras. Cuando me paré frente a la cabina del ascensor en mi vestíbulo privado, mi corazón latía rápido y fuera de control. Cuando las puertas se abrieron, Caterina estaba frente a mí con uno de sus ceños fruncidos.

«Esto es un secuestro».

«Solo quiero hablar», levanté las manos en señal de rendición y tragué. «Por favor». Las puertas se activaron de nuevo y di un paso adelante para detenerlas. Si Caterina no hablaba ahora, tendría que dejarla ir. «Massimo está esperando abajo. Llámalo y dile que te quedas. Tenemos muchos asuntos pendientes. Sabes que es así».

«Rex». Se llevó una mano a la frente y me miró a los ojos.

Esta era una buena noticia. Al menos lo estaba pensando dos veces. Massimo tenía razón. No es que ella no quisiera estar aquí. Simplemente estaba cansada de que la manipularan, primero su padre y luego yo. Jesús, yo no era mejor que Michael. Yo había sido un idiota. Tenía suerte de que ella todavía estuviera aquí dispuesta a darnos una oportunidad.

«Llámalo», marqué el número de Massimo y le ofrecí mi teléfono.

Lo tomó y presionó el dispositivo contra su oreja. «Estoy arriba con Rex. Te veré más tarde, ¿de acuerdo?». Después de un rato, miró hacia abajo y sonrió. «Yo también te amo», y colgó.

«¿Qué dijo?».

«Que si no me gustaba lo que tenías que decir, debería patearte las pelotas y salir de aquí». Pasó junto a mí y se dirigió hacia la entrada del penthouse.

Su perfume se esparcía detrás de ella. Lo inhalé y, por primera vez desde que ella me había dejado, respiré con tranquilidad. Ajusté mi paso para llegar primero a la puerta y se la abrí. «Te ves hermosa con ese vestido».

«Gracias», pasó la mano por encima y luego levantó la cabeza hacia mí. «Tú me lo enviaste, ¿verdad? Al principio supuse que Massimo lo había pedido para mí. Pero fuiste tú».

«El verde intenso del bosque me hizo pensar en tus ojos. Pensé que deberías tenerlo». Abrí la cerradura detrás de mí y caminé hacia el carrito del bar cerca de las ventanas del piso al techo. La vista de la ciudad a esa hora de la noche era impresionante. Esperaba que ayudara a mejorar la disposición de Caterina. «¿Qué tal un trago?», serví vino en dos copas y le ofrecí una.

«Te fuiste», ella se quedó mirando la bebida que tenía en la mano.

«Tenía una buena razón», alcancé su codo. «Y quiero contártelo todo. Pero primero quiero hablar de nosotros. De tantas cosas que no pude decirte antes».

«¿Antes de que mis hermanos pagaran la deuda de mi padre y me alejaran de ti?».

«Exactamente eso».

«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué la mentira?».

Esa era una pregunta complicada. Levanté la vista, tratando de ordenar mis respuestas. Al final, opté por que la verdad estuviera en el centro de todo. «Porque no pensé que me querías de otra manera».

«¿Hablas en serio?», ella se rió, sacudiendo la cabeza. «La próxima vez, ¿qué tal si me invitas a salir? Como una persona normal».

«No somos personas normales». Llevé sus dedos a mis labios. Se le puso la piel de gallina en

el brazo y algo en carne viva se deshizo en mi pecho. ¿Cómo podía desearla tanto? «¿Habrá una próxima vez?».

«Rex», sus ojos se cerraron y se inclinó más cerca.

«Dime lo que quieres y será tuyo».

Me preparé para su respuesta porque, en ese momento, no tenía ni idea de lo que pasaba por su cabeza. Estaba enojada conmigo. Lo sabía. Pero, ¿me amaba? ¿Quería probar lo que fuera que habíamos logrado construir en el poco tiempo que vivió conmigo?

«Contra toda razón...», apretó la solapa de mi chaqueta de esmoquin, «te deseo». Su mirada viajó desde su mano hasta mi cara y luego, a la gran escalera a su izquierda. «Todo tú».

Mi respiración se cortó. «Mi pequeña virgen, no creo que estés lista para eso». Presioné mis labios contra los de ella suavemente. No estaba diciendo que no. Pero su hermano tenía razón. Ya había pasado por suficiente. Apresurarla solo conseguiría asustarla otra vez.

«No sabes lo que soy», sus ojos se llenaron de lágrimas.

El dolor que vi en ellos me retorció las entrañas. Pensaba que la estaba rechazando, como lo había hecho la primera vez que se ofreció a mí. Esa noche dije que no porque por mucho que la deseara, no quería que su primera vez fuera una transacción comercial para salvar a su padre, especialmente cuando él no merecía el sacrificio.

«No digo que no, Caterina. Solo quiero que estés segura».

«Dijiste que podía tener lo que quisiera. No vayas y digas algo malo que me haga enojar y alejarme».

«¿Qué pasó con el “ahora ni nunca” de hace diez minutos?», levanté un rizo que descansaba sobre su pecho.

«¿Ves lo que quiero decir?», sus mejillas se pusieron de un bonito color rosa, mientras me fruncía el ceño con esos hermosos ojos verdes. «¿Por qué sigues haciendo eso? ¿Por qué haces que te ame si nunca tuviste ningún interés real en mí? ¿Por qué estoy realmente aquí, Rex?».

Ahora era mi turno de sentirme confundido y frustrado porque ella no tenía ningún sentido. «¿Me amas?».

«No. Por supuesto que... no».

«Acabas de decir que sí».

«Rex».

Mi nombre en sus labios era mi perdición. Agarré su cintura y la presioné hasta que quedó aplastada contra el frío cristal con toda la ciudad a sus pies. Su aliento errático salía en bocanadas y rozaba mi cara. La razón se iba por la ventana y, por mi vida, no podía recordar por qué o cómo el sexo con Caterina era una mala idea.

La besé fuerte y desesperadamente.

Esta mañana me había despertado en una cama vacía. Me dolía todo el cuerpo por desearla. Me dolía físicamente saber que no podía tenerla. Porque incluso si ella no me odiaba exactamente antes, sabía que esta vez lo haría. Su padre había cruzado la línea. No había vuelta atrás, ni para él ni para mí.

Deslizó sus manos dentro de mi chaqueta y me la quitó de los hombros. Una parte de mí sabía que hacer el amor con ella ahora era un error. Pero verla desatar los botones de mi camisa de esmoquin hizo que mi polla se pusiera dura como una roca. Ya había esperado bastante por ella. Esta noche, ella no estaba aquí para salvar a su padre. Estaba aquí para mí. Esta vez sin contratos. Había cruzado el umbral porque me deseaba.

Di un paso atrás para mirarla mientras me quitaba las mancuernillas. «Quítate la ropa interior», le dije.

Se aclaró la garganta mientras pasaba las manos por la falda de su vestido. Sus dedos se detuvieron justo en el vértice de la hendidura hasta el muslo y miró hacia arriba.

«Hazlo ahora», le dije.

«No puedo».

Mi erección empujaba contra mis pantalones cuando me di cuenta de por qué no podía quitarse las bragas. «¿Estabas pensando en mí antes cuando te pusiste ese vestido?».

«Lo hice», ella asintió dos veces.

«Muéstrame».

Había visto su coño desnudo más de una vez. Pero esta era la primera vez que podía verlo porque ella quería que lo hiciera, no porque estuviera perdida en un frenesí esperando que yo la hiciera venir. Su mano tembló mientras apretaba la tela y se la subía hasta la cintura. Mi mirada permaneció pegada a su sexo, mientras alcanzaba detrás de mí, me quitaba la camisa y la tiraba a un lado. Caterina era mía, finalmente.

«Eres tan bella», presioné mi mano contra su clítoris. «Jesús, ya estás tan mojada por mí».

Me arrodillé y toqué con mis labios su montículo. Cuando levanté la vista, ella me estaba mirando con la boca entreabierta y parecía como si no pudiera respirar.

«Toma aire. Prometo que esta parte no dolerá», lamí la longitud de su coño.

Sus pliegues estaban hinchados de deseo. Y todo lo que quería hacer era sacarnos a ambos de nuestra miseria, pero esta era su primera vez. Tenía que tomarlo con calma. Enterré mi cara en su coño, mordisqueando y chupando su capullo. Me agarró el pelo con una mano mientras con la otra se aferraba fuertemente a su vestido.

Seguí así hasta que la sentí tensa. Luego me levanté y capturé su boca. Tomé su mejilla y la besé con fuerza, dejándola probar sus propios jugos. «¿Te gusta esto?».

«Sí».

«Podría hacerte venir así». Chupé con fuerza su cuello. «Podría enterrar mis dedos dentro de ti hasta que llegues al clímax. Pero ahora mismo quiero que mi polla reclame tu primera vez. Quiero que tus paredes se abran solo para mí».

Ella asintió, aunque no le estaba pidiendo permiso. Una descarga de adrenalina y deseo me recorrió y la besé de nuevo. Ella respondió pasando su lengua por mis dientes mientras se frotaba contra mi muslo como lo había hecho en el avión a Atlanta.

Ese día parecía que había pasado años atrás. Tantas oportunidades perdidas. Lamenté cada una de esas ocasiones en las que pude haberla tenido y decidí no hacerlo por algún sentido idealista del deber. La imagen que me perseguía todas las malditas noches era la de ella quitándose el vestido en la sala de juntas de abajo. Cada curva de su cuerpo estaba tatuada en mi mente.

«Quiero verte. Muéstrame como lo hiciste antes. Quítate tu vestido».

Ella sonrió sacudiendo la cabeza. «Esa noche era un nuevo punto bajo para mí».

«Espero que sepas que decirte que no esa noche fue lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Uno, porque te deseaba de la peor manera posible. Y dos, porque sabía que mi rechazo te dolía».

«Te deseaba tanto». Su pecho subía y bajaba mientras alcanzaba detrás de ella para bajar la cremallera. Mantuvo el corpiño en su lugar, mordiéndose el labio inferior.

«Ahora».

Cuando se soltó, un charco de terciopelo verde se formó a sus pies. No llevaba nada debajo, como si hubiera sabido que terminaríamos en mi penthouse antes de que terminara la noche. O tal vez, como yo, había esperado que finalmente dejáramos de lado nuestros problemas y nos

rindiéramos.

Sus pezones se tensaron hasta que no fueron más que capullos rosados. Tomé sus dos pechos y me llevé uno a la boca. Ella me recompensó con un fuerte gemido justo antes de pronunciar mi nombre. Cambié a su otro lado y chupé con fuerza. Hogar. Se sentía como estar en casa y con esperanzas y sueños.

«Acuéstate», señalé el sillón tapizado de gran tamaño en el medio de la sala de estar.

Ella hizo lo que le pedí sin dudar y eso me puso aún más duro para ella. Caterina era todo lo que siempre había querido y algo más. La escena frente a mí era como algo sacado directamente de una de mis fantasías. Caterina estaba desnuda boca arriba, con las tetas a la vista y su coño goteando de deseo por mí. Era como si hubiera muerto y hubiera ido al cielo.

Metí la mano en el bolsillo trasero y saqué un condón de mi billetera. Ella me miró con ojos de cierva mientras me quitaba los pantalones y liberaba mi erección. El más pequeño de los gritos escapó de sus labios, y luego me di cuenta de que nunca me había visto erecto por completo. Caminé alrededor de ella, apoyé una rodilla junto a su cabeza y me bombeé un par de veces. «Tómalo». Quería que se acostumbrara a mi longitud y circunferencia antes de tomar su coño. Y me moría por ver esa bonita boca alrededor de mi verga.

Para mi sorpresa, ella me la chupó con ansias, como si ella también hubiera estado fantaseando con esto.

«Cristo. Te sientes demasiado bien». Dejé que su mano y su boca me trabajaran un poco más, notando que solo podía llevarme hasta la mitad antes de que se le llenaran los ojos de lágrimas. *Un paso a la vez, cariño.*

«Última oportunidad para decirme que me vaya al infierno», me aparté y rápidamente me puse el condón.

«Rex», se dejó caer en el sillón.

«Estoy aquí, amor. Siempre he estado aquí». Separé sus piernas y entré en ella.

Capítulo 5

Lo hice por ti

CATERINA

Rex apoyó sus manos a cada lado de mi cabeza y se agachó para rozar sus labios con los míos. Su mirada azul permaneció en la mía mientras esperaba que el dolor inicial disminuyera. No dolía exactamente. Simplemente no sabía qué esperar al tener una polla de su tamaño dentro de mí. Cuando exhalé, él sonrió y lentamente comenzó a mover sus caderas para darme todo de él. Y Dios mío, había mucho. Apreté mis paredes con más fuerza, deleitándome con su longitud. No quería que esto terminara.

«¿Confías en mí?», susurró a lo largo de mi cuello.

«Sí». Una cinta de deseo subió en espiral desde mi vientre hasta los dedos de mis pies, y no entendí el resto de sus palabras. Había puesto mi cuerpo en un frenesí, y todo lo que podía pensar era en el orgasmo desarrollándose profundamente dentro de mí. Cada vez que embestía hacia adelante, yo me acercaba un poco más. «Rex», jadeé y pasé las uñas por los duros valles de su espalda. *El hombre era hermoso.*

«Ya estás allí».

Arqueé la espalda, sin saber qué más necesitaba terminar. Mi piel se sentía caliente donde su cuerpo tocaba el mío. Si no encontraba alivio pronto, iba a arder.

«Prométeme que pasarás la noche aquí». Chupó firmemente uno de mis pezones antes de tocar solo la punta y moverlo de lado a lado.

«¿Qué?».

Cuando salió, mis ojos se abrieron de golpe. Su ausencia era insoportable. Enganché una pierna sobre su cadera y me froté contra él. Eso me valió un beso apasionado y desesperado, pero él mantuvo el eje de su erección en mi entrada, provocando y deslizándose a lo largo de mis pliegues. Se sentía muy bien, pero no era suficiente. Ahora que sabía cómo se sentía su polla dentro de mí, este juego con el clítoris era exasperante.

«No seas cruel», murmuré en sus labios.

«Entonces dime que te quedarás».

«¿A dónde más voy a ir?». Enterré mis dedos en su suave cabello y acerqué su boca a la mía.

Con un gemido que retumbó profundamente en su pecho, capturó mis muñecas con una mano y las fijó sobre mi cabeza. En el siguiente suspiro, se lanzó hacia adelante. Rápidamente descubrí que se había estado reprimiendo seriamente antes. Cada músculo de su cuerpo se hinchó mientras me montaba con fuerza y sin piedad. Una lenta quemadura surgió dentro de mí y luego revoloteó hacia afuera, directamente hacia mi clítoris y el resto de mí.

Este anhelo, este deseo devorador que sentía por él finalmente tenía sentido. Siempre estuvimos destinados a terminar juntos, crudos y desnudos así. Cuando el aire se calmó a mi

alrededor y las luces se atenuaron, cerré los ojos con fuerza y simplemente lo solté. Mi orgasmo llegó en oleadas varias veces mientras Rex continuaba su ritmo rápido. No tenía idea de que sería así.

Cuando Rex encontró su propia liberación, se tensó encima de mí, susurrando contra mi sien entre gruñidos de placer. «Lo dije en serio cuando dije que te amaba. Todavía lo hago».

«Yo también te amo». Las palabras surgieron de un lugar secreto de mi corazón, del interior de una pequeña caja que había enterrado allí por miedo.

Una presión se levantó de mi pecho. Decir las palabras en voz alta derribaba el último muro que había construido entre nosotros. Porque la verdad era que nunca había odiado a Rex. Me alejé porque sabía que era peligroso. Sabía que, si alguna vez me acercaba a él, caería fuerte y para siempre.

«Solo desearía que no hubieras tardado tanto en admitirlo ante ti misma». Plantó un fuerte beso en mi mandíbula y luego bajó a mis dos pechos mientras sus cálidas manos masajeaban cada montículo. «Podríamos haber estado haciendo esto todo este tiempo».

«Solo recuerda, fuiste tú quien me rechazó», tomé su mejilla cuando su mirada se encontró con la mía.

«Me habrías odiado de verdad si hubiera aceptado tu oferta. Te habrías odiado si hubiera pagado por tener sexo contigo. Todo lo que tenemos ahora habría estado contaminado por la codicia».

Cerré los ojos para que no viera mis lágrimas. Por supuesto él estaba en lo cierto. La primera vez que vine a él, fue para venderle mi cuerpo a cambio de la libertad de papá.

«Oye», pasó la yema de su pulgar por mi mandíbula. «Nada de eso fue culpa tuya. Lo hiciste para proteger a tu familia. No soy quién para juzgarte».

«Veo ira en tus ojos cada vez que mencionas esa noche. Si no me estás juzgando, ¿entonces a quién?».

«¿Qué tal si no hablamos de eso mientras mi polla todavía esté dentro de ti? Lo creas o no, tener sexo contigo esta noche no había sido mi plan en absoluto. Realmente solo quería hablar contigo». Soltó un suspiro y me dedicó una sonrisa encantadora que hizo que mis rodillas temblaran. «No es que me esté quejando».

Me besó suavemente durante un largo rato. Sí, teníamos una conversación pendiente, pero por ahora quería disfrutar este tiempo con él. Estas últimas semanas me había sentido tan vacía y sin rumbo. Ahora que él estaba aquí conmigo, no quería volver a estar sola en el penthouse de Massimo.

«Vamos». Se puso de pie y me ofreció su mano.

Me ayudó a levantarme, antes de inclinarse para tomarme en sus brazos. Me reí. De hecho, me reí de pura felicidad y emoción mientras me llevaba escaleras arriba y hacia el enorme baño de su suite.

«¿Haces esto con todas tus sumisas?».

Me senté en el borde de la bañera mientras él dejaba correr el agua y le añadía sales perfumadas y burbujas.

«El juego con cuerdas y el sexo son dos prácticas mutuamente excluyentes». Se volvió hacia mí. «Al menos para mí. Es diferente para todos».

La sonrisa que apareció en sus labios me indicaba que sabía que, para mí, cada una de nuestras sesiones había sido muy excitante. Me sonrojé pensando en cómo las cosas serían diferentes en su cuarto de cuerdas ahora que habíamos cruzado la línea. ¿Todavía me dejaría venirme al final de nuestra hora? ¿O me tomaría mientras estuviera atada?

Su risa divertida me sacó de mi fantasía. Aunque llegaba un poco tarde. Mi mente ya había

conjurado varias ideas descabelladas, la mayoría de las cuales lo incluían a él y una cuerda colgante. Había visto la foto de Violet en tal aprieto, flotando en una habitación oscura con Rex parado a su lado. Toda la escena era tan erótica que se quedó conmigo incluso después de que salí del lugar de Rex. Después de la primera semana de estar sola, esa foto en particular se convirtió en mi rutina nocturna mientras me daba placer.

«Tal vez más tarde puedas decirme en qué estabas pensando. Por ahora, necesitamos limpiarte. Pasito a pasito, amor». Señaló mi entrepierna, donde una gota de sangre ya se había secado dentro de mi muslo.

«Oh. Estoy sangrando», el calor subió a mis mejillas.

No hace mucho, intenté mentirle a Rex sobre mi virginidad. Parecía algo de la vieja escuela seguir siendo virgen a los veinticuatro años. Tenía mis razones que tenían que ver con mamá y los años que estuvo enferma. Ese día, se había burlado de mí, diciéndome que solo había una manera de saberlo con seguridad. Bueno, ahora tenía pruebas de ello. Rex Valentino era el primero. Y fue todo lo que había soñado que sería.

«Eso no es nada de qué avergonzarse», acunó mi cuello. «¿Te lastimé?».

«No, en absoluto».

«Vamos». Entró en la bañera y me ayudó a hacer lo mismo.

Cuando me senté, él se colocó detrás de mí y me abrazó. ¿Quién hubiera pensado que un rey despiadado tendría un lado cariñoso y afectuoso? Con las mejillas todavía ardiendo, vi cómo mojaba sus manos en el agua y frotaba mis piernas y mi coño hasta que estuvieron limpios. Sus manos eran pura magia. No me importaba si empezaba a sentir dolor. Lo quería de nuevo.

Como si pudiera sentir mi necesidad por él, dejó mis pliegues en paz y en su lugar me rodeó con sus brazos. «Yo también te deseo. Pero créeme, te dolerá más tarde».

«Bien», gemí y moví mi cuerpo para poder descansar mi cabeza sobre su pecho. «¿Puedo preguntarte algo?».

«Lo que sea, amor». Sus manos se deslizaron por mi estómago y mis pechos.

«¿Por qué Kinbaku?».

[Nota de la Trad.: *Kinbaku es una antigua forma japonesa de esclavitud. Técnicamente significa atadura tensa y en cierto modo implica con conexión*]

«Mmm», él gruñó en respuesta. Permaneció en silencio durante varios minutos y luego respondió. «La confianza y el control que conlleva son reconfortantes para mí».

Sus palabras fueron vacilantes y carecieron del tono imponente que Rex solía tener cuando hablaba. ¿Era posible que nunca antes hubiera pronunciado esas palabras en voz alta? ¿Porque no quería que nadie las supiera, o porque nadie se atrevía a preguntarle antes? Supuse que, en su caso, fácilmente podrían ser ambas cosas.

«¿Control?», pregunté. «Tienes todo un piso abajo lleno de gente que hace todo lo que dices. ¿Por qué necesitas más de eso?».

«¿Crees que puedo decirle a la signora Vittoria qué hacer? El control es una ilusión. Podrían temerme. Quizá pueda obligarlos a hacer algo que quiera. Pero no los controlo. Ni a ti, en todo caso. A veces ni siquiera tengo control total de mi propia vida. Quiero decir, mira cómo comenzó nuestra historia».

«¿Cómo empezaste con el estudio?».

«¿De verdad quieres saberlo?».

«Estoy preguntando». Me senté para mirarlo a los ojos, pero me perdí contemplando su musculoso cuerpo. Incluso sentado aquí, en una bañera rodeado de burbujas, parecía varonil y sexy. Presioné mi mano contra sus duros pectorales y me incliné para besarlo allí. «Quiero saber.

¿Alguna vez has sido sumiso?».

Su cabeza cayó un poco hacia atrás mientras soltaba una carcajada. «Los celos te van bien». Acunó mi cuello y acercó mi boca a la suya.

«No estoy celosa. Solo curiosa». Y tal vez un poquito celosa de la persona que le había enseñado cómo trabajar una cuerda, cómo respirar y cómo conseguir que su sumisa se comprometiera por completo. Por alguna estúpida razón, me imaginaba a una mujer mayor enseñándole al joven Rex todo sobre ataduras y toques suaves.

«Admítelo. Te mueres por volver a mi cuarto de cuerdas desde que se abrió la puerta del ascensor y te diste cuenta de que estabas en el penthouse otra vez». Agarró ambas muñecas con su mano grande y apretó solo para demostrar su punto.

«Eres un idiota».

«Dime que estoy equivocado».

La piel de gallina recorrió mi brazo. Rex era un maestro en plantar malas ideas en mi cabeza. Aunque si fuera honesta, la idea de quedar atada nuevamente cruzó por mi mente cuando se abrió el ascensor a su piso. Sacudí la cabeza. No, no podía decirle que estaba equivocado en su suposición.

«Lo hice por ti». Pasó sus dedos mojados por mis mejillas ardientes. «Elegí el Kinbaku por ti».

«Espera. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?». No podía entender esas cinco pequeñas palabras. ¿Lo había hecho por mí?

«No la práctica en sí, sino lo que obtuve de ella. Cuando me di cuenta de que había desarrollado sentimientos por ti, supe que tenía que cambiar mi forma de ser. Aprender a controlar mis emociones y ser mejor. Para ti».

«El Kinbaku te aterrizó».

«Lo hizo. Algo me decía que haría lo mismo por ti. O tal vez eso fue solo una ilusión. No puedo imaginar mi vida sin un cuarto de cuerdas». Una risa baja retumbó en su pecho.

«¿Qué habrías hecho si lo hubiera odiado?».

«Mmm. No sé. Llegar a un acuerdo diferente. Caterina, nunca te obligaría a hacer nada que no quisieras».

«¿Qué? ¿Como traer otras sumisas? No lo creo». Lo miré. La idea de Rex atando a otras mujeres, abrazándolas, tocándolas... me hizo hervir la sangre.

«Realmente me gusta cómo te ves». Su risa profunda y sexy hizo que mi clítoris palpitara un poco. Por alguna razón, todo esto le parecía divertido. Me abrazó con más fuerza y besó la parte superior de mi cabeza. «Supongo que es bueno que te guste ser mi sumisa de cuerda. Solo te deseo a ti».

«Me gusta ser tuya». Apoyé mi cabeza en su hombro mojado.

«Lo sé».

Estar así con Rex se sentía tan fácil y familiar. ¿Cómo habíamos logrado mantenernos alejados durante tanto tiempo? ¿Yo lo había hecho? ¿Lo alejé? Tal vez lo hice, pero solo porque él nunca me mostró ninguna señal de que me deseaba, de que me amaba.

«Dices que has estado enamorado de mí desde hace un tiempo». Me moví para encontrar su mirada. «¿Por qué no hablaste conmigo? Siempre te portabas tan malo y todopoderoso. Implacable. Como si me odiaras».

«Te odié». Se tensó y apareció esa habitual oscuridad en sus ojos. «Al principio, lo hice».

«No te sigo. ¿Qué quieres decir?».

«No solo te odié. Odiaba a todos y todo lo que tuviera que ver con La Sociedad y ser rey».

Inhaló y me abrazó. «Sé que fui grosero contigo muchas veces. Te lastimé».

De todas las cosas que Rex me hizo y me dijo antes, solo una me hirió profundamente. Había regresado de la universidad para ver a mamá. Su cáncer había empeorado y la llevó a urgencias. Ese día se presentó en el hospital donde atendían a mamá, me arrinconó en un cuarto oscuro y me dijo que mi vida estaba a punto de cambiar y que no podía hacer nada para detenerlo. «Cuanto antes lo superes», había dicho, «mejor estarás».

Había querido superar la muerte de mamá. Había sido algo muy cruel decírselo a una chica de dieciocho años. Nunca había entendido por qué me trataba así. Apenas me conocía.

«Cuando mamá enfermó...».

«Recuerdo lo que te dije esa noche en el hospital. No tienes idea de cuánto lo siento. Lo dije como una advertencia y salió mal». Se puso de pie y agarró una toalla esponjosa de la rejilla caliente. «Creo que es hora de que tú y yo tengamos esa conversación». Me ayudó a levantarme y me envolvió en la toalla.

«Ese día me enojé contigo. Te odié por decirme que superara la muerte de mamá cuando ella estaba luchando por su vida unas puertas más abajo».

«Eso no era lo que quería decir. Fue entonces cuando me di cuenta de que eras una espectadora inocente en todo esto, que lo que me estaba pasando no tenía nada que ver contigo». Me limpió la mejilla con un paño facial y luego me llevó al vestidor.

Cuando abrió la puerta, me quedé con la boca abierta. «¿Qué demonios?».

«¿Qué?». Siguió mi línea de visión y luego dejó escapar un suspiro. «Oh, eso».

«Si, eso. ¿Un armario para él y para ella?». Me acerqué al vestido que colgaba de una barra. «Me puse este vestido la primera noche que estuve aquí. ¿Tienes un armario lleno de ropa para compartirla con todas tus sumisas de cuerda?».

«Por supuesto que ibas a ir allí. No, Caterina. Tengo todo esto solo para ti. Siempre debiste estar aquí conmigo». Se frotó las arrugas de la frente. «Puedo comprender por qué nada de esto tiene sentido. Pero créeme, lo será una vez que te cuente la historia del rey despiadado que se enamoró tan intensamente y tan resueltamente que vendió el alma de su hija al diablo».

Abrí la boca para decir algo, pero las palabras no salieron. Los ojos de Rex tenían la misma oscuridad que había visto en ellos la noche que fui a suplicarle por la libertad de papá. Sus palabras se habían vuelto frías y calculadas.

«Me estás asustando».

«No tengas miedo». Presionó su frente contra la mía. «Nunca tendrás que tenerme miedo, amor. ¿Confías en mí?».

Pensé mucho en mi respuesta porque si Rex estaba a punto de ser honesto conmigo, entonces yo tenía que hacer lo mismo. Cuando consideré todas las veces que había estado con él, me di cuenta de que cada vez que estaba siendo cruel era porque me estaba diciendo una verdad que no quería escuchar. No me gustaba estar cerca de él por esa misma razón. Su realidad me afectaba, su franqueza dolía.

«Confío en que me dirás la verdad».

«Eso es todo lo que necesito».

Un suave beso en los labios hizo que mis ojos se cerraran. Cuando los abrí, Rex ya no estaba. Aturdida, mientras las palabras de Rex flotaban dentro y fuera de mi mente, encontré un sencillo vestido tubo para usar. Me arreglé el maquillaje y luego salí a encontrarme con él en su suite.

Capítulo 6

Interpretar el villano por él

REX

«¿Qué pasa contigo y Massimo tratando de emborracharme esta noche?», Caterina salió del baño privado y se sentó a mi lado.

Se veía bien en mi casa. Odiaba que tuviéramos que tener esta conversación esta noche. Habíamos progresado mucho en nuestra relación, si pudiéramos llamarla así. Finalmente había admitido a sí misma que sentía algo por mí. Caterina Alfera estaba enamorada de mí. Pero, ¿sería suficiente para mantenernos unidos? Una vez que descubriera lo que planeaba hacer con su padre, me odiaría.

«Solo necesito que estés de buen humor», empujé la copa de vino rosado hacia su lado de la mesa de café. «Parte de esto es culpa mía. Debería haber sido honesto contigo desde el principio. O al menos desde que viniste a pedirme ayuda».

«Solo dímelo. Estás empezando a sonar como Massimo y Enzo con sus verdades a medias». Ella tomó un sorbo de vino, a la expectativa.

«¿Recuerdas el contrato que firmaste por mí?».

«¿En el que acepté ser tu sumisa de cuerda durante seis meses?», ella puso los ojos en blanco mientras metía las piernas debajo de su trasero. «Sí, Rex. Lo recuerdo».

«Cada favor de la mafia tiene un precio. Todos saben eso».

«Sabía en lo que me estaba metiendo», extendió la mano y apretó mi hombro.

Tomé su mano entre las mías y besé el interior de su muñeca. «Michael firmó un contrato similar para mi padre». Cogí la carpeta manila de la mesa de café y la coloqué en su regazo.

«¿Qué tipo de favor pidió papá?», ella me miró. «¿Y qué pidió tu papá a cambio?».

«Lee».

Mientras leía, una sensación de calma me invadió. No había más secretos entre nosotros. Ya había terminado de seguir las reglas de Michael, donde él siempre terminaba haciéndose el santo ante Caterina. Apoyé los brazos en las rodillas y mantuve la mirada fija en el fuego crepitante frente a nosotros.

«No sé cuánto sabes, pero en su época, Michael Alfera fue el rey más despiadado que jamás haya tenido La Sociedad. Incluso el FBI tenía miedo de meterse con nosotros durante su reinado. Papá quería algo diferente, pero no dependía de él. Entonces, sucedió algo parecido a un cuento de hadas. Michael conoció a tu madre. En cuestión de meses, Anna lo cambió. Tan es así que...».

«Tan es así que decidió abandonar La Sociedad. Por ella». Sus ojos verdes brillaron con lágrimas no derramadas.

«Mi padre convenció al concejo para que le permitiera dimitir», comenté.

«Y yo fui el precio». Se quedó muy quieta con el contrato en la mano.

Tragué y esperé a que procesara las páginas que acababa de leer. El minuterero del reloj sobre la repisa de la chimenea seguía su tictac mientras ella permanecía en su lado del sofá, congelada o entumecida, o demasiado enojada para hablar. No saber lo que estaba pensando era una tortura. Ansiaba abrazarla y decirle que todo iba a estar bien. Me dolía por ella, por todas las veces que su propio padre le había mentido. Dolía porque ya no había vuelta atrás. Finalmente, entendería que Michael no merecía el pedestal que ella le había construido.

¿Estaba siquiera respirando?

«Respira, Caterina», susurré y tomé su mano.

Ella retrocedió y sacudió la cabeza. Me lo merecía porque, por mucho que me gustaría culpar a Michael de todo esto, tenía que admitir que fui cómplice de todo. Varios segundos después, soltó un suspiro que sonó más como un jadeo.

«Dime lo que estás pensando. Por favor», le rogué.

Su mirada se encontró con la mía y la sorpresa se registró en sus ojos verdes, como si hubiera olvidado que yo todavía estaba en la habitación. «¿Qué estoy pensando?», se puso de pie y el ceño entre sus cejas se hizo más profundo. «Estoy pensando en mamá y en todos los años que pasó viviendo una mentira, amando a un hombre que no existía. Estoy pensando en mis hermanos y en lo diferentes que pudieron haber sido sus vidas de la mía. Estoy pensando en todas las veces que papá pudo haberme dicho la verdad y decidió no hacerlo».

«Está bien estar enojada».

«No estoy enojada». Se metió una mano en el pelo y cerró el puño. «No sé cómo me siento. ¿Qué diablos se supone que debo hacer con esto?». Señaló su pecho como si todas las emociones que sentía en ese momento estuvieran atrapadas allí, amenazando con salir a borbotones todas a la vez.

«Sé exactamente cómo te sientes. Leí el mismo contrato hace más de diez años. Es cruel. Lo sé».

Ella me mostró los papeles y luego los arrojó al suelo. «¿Vendió a sus hijos como ganado solo para poder estar con mamá?», hizo una mueca de dolor y se alejó de mí. «La Sociedad consiguió mantener a Enzo y Massimo como soldados. ¿Y yo qué? ¿Una garantía? ¿Para que nadie pudiera disputar tu título cuando llegara el momento de dar un paso al frente?

Si antes no respiraba, ahora su respiración era aliento tras aliento. El color volvió a sus mejillas y sus ojos brillaron con lágrimas.

«Exactamente». La miré, sorprendido de que no estuviera furiosa conmigo. Debería haberle dicho la verdad desde el principio. «No fuiste solo tú. Fuimos todos nosotros. Cuando Michael decidió irse y firmó ese contrato, yo también me vi arrastrado a ello».

«Por eso me odiaste. Nuestros padres arreglaron mi matrimonio contigo el día que nací». Caminé alrededor de la mesa de café. «¿Quién hace eso?».

«Si le preguntaras a Michael, diría: un hombre enamorado. Un hombre que quiere mantener a su familia a salvo». Me levanté y caminé casualmente para bloquear el camino hacia la puerta. No abandonaría esta habitación hasta que escuchara toda la verdad. Estaba sufriendo. Si todavía estaba aquí era porque quería respuestas. ¿Pero quién sabía cuánto más del jodido plan de Michael podría soportar? Seguí adelante. «Papá me habló del contrato el día que cumplí dieciocho años».

«¿Apuesto a que te sentiste genial al saber que estabas comprometido con una chica de catorce años?», ella apretó los puños.

«Me dijeron que podía tener citas, pero si quería mantener la cordura, sería mejor no enamorarme». Nunca había dicho esas palabras en voz alta. Un minuto después de que papá tuvo

esa conversación conmigo, la enterré profundamente dentro de mí y nunca lo pensé dos veces. Aunque mucho de ello se manifestó en forma de crueldad y brusquedad. «Odiaba todo lo que representabas. Estaba atrapado en esta vida que no quería porque tu padre quería darte una infancia mejor. En cierto modo lo consiguió, supongo. Creciste sin ninguna preocupación en el mundo».

«No tenía ni idea. No estoy segura de que eso haya sido vivir. ¿Cómo pudo papá hacer esto? ¿Cómo pudo siquiera pensar por un minuto que esta monumental mentira podría funcionar?». Tragó fuerte y se rodeó el vientre con los brazos, viéndose tan sola y herida.

«Se suponía que Michael te daría el discurso cuando cumplieras dieciocho años. Pero entonces tu madre se enfermó y él pospuso todo el asunto». Suavemente, pasó el dorso de mis dedos por su brazo. No sabía de qué otra manera calmarla, hacer que su dolor desapareciera. Para mí, todo eso no desapareció hasta que encontré el Kinbaku.

Cerró los ojos con fuerza, pero aparte de eso, no se alejó de mí. «Por eso viniste a verme esa noche en el hospital. Para advertirme».

«Lo siento mucho. En cierto modo, supongo que estaba buscando una conexión, pero no estaba en el estado de ánimo adecuado».

Caminó a lo largo de la habitación desde la chimenea hasta la ventana y luego de regreso hacia mí. «Pero si ya te pertenecía, ¿por qué la artimaña? ¿Por qué hacerme firmar un contrato diferente para ser tu sumisa de cuerda?».

Mierda. Ahora era mi turno de confesar todos mis pecados.

«Porque le hice una promesa a tu madre. Tu mamá se enteró del trato que Michael había hecho con La Sociedad. Fue justo cuando enfermó, hace cuatro años. Ella vino a mí y me pidió que te liberara».

«¿Qué? ¿Mamá lo sabía?». Se llevó una mano a la frente mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. «Me sorprende que eso no la haya matado. Saber que papá le mintió durante tanto tiempo, saber que sus hijos no eran más que peones».

«Tu mamá era mucho más fuerte que eso. Ella quería arreglar esto por ti. Intentó con todas sus fuerzas deshacer el trato. Ella le rogó a papá, y luego a mí, para que fueras liberada del contrato de La Sociedad».

«Pero no dependía de ti», lo dijo secándose la cara.

«No. Y ella lo sabía. Papá tampoco podía hacer nada. Le ofrecí la mejor opción. Le dije que me casaría contigo tal como quería papá. Pero que, si no me amabas, no te obligaría a ser mi esposa». Miré mis manos. «Quería cumplir esa promesa. Era muy importante para ella. Quería darle eso. Sabía que tenía que encontrar una manera de afrontar toda mi frustración y enojo por no tener vida propia».

«Fue entonces cuando encontraste el Kinbaku».

«Tuve que encontrar una manera de no odiarte. Entonces sí, fui a buscarlo. Y funcionó. Aprendí a controlar mis emociones y a ver las cosas bajo una perspectiva diferente». Inspiré y contuve la respiración durante unos segundos antes de soltarla. «La siguiente parte no la vi venir. Quería conocerte. Así que hice que uno de los muchachos de papá te siguiera las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana».

«¿Empezaste a acosarme?».

Siseé. Quería decir que no, que no era así. ¿Pero a quién quería engañar? Fue exactamente así. Pensé en todas las noches que había pasado leyendo sus reportes diarios, memorizando sus rasgos y simplemente enamorándome de la luz que veía en sus ojos.

«Sí. Me dije a mí mismo que solo quería saber más sobre mi futura esposa. Pero luego me

obsesioné contigo y con esta loca idea de que fueras mía. Toda mía. Por derecho».

Me detuve para inhalar y me encontré con su mirada. Su boca se aflojó mientras me miraba fijamente, con las cejas arqueadas por la sorpresa. ¿Qué estaba pensando? No quería asustarla. Pero tampoco quería mentir. Ella tenía razón antes; manipular la verdad era lo mismo que mentir. Y merecía la verdad. Completa. Sin importar lo doloroso que fuera.

«Di algo».

«Jesús, Rex».

Di un paso vacilante hacia ella. Cuando no se alejó, la rodeé con mis brazos y la abracé con fuerza. Un lento ardor chispeó debajo de mi ombligo. Seguía aquí, conmigo. «Fue idea de Michael traerte aquí. No estaba preparado para decirte la verdad. Especialmente después de que tu mamá había fallecido. Me pidió que lo ayudara».

«¿Espera? ¿Qué?», su voz subió unas cuantas octavas. «Papá te pidió que me trajeras aquí como tu prisionera. ¿Por qué?».

«Porque era hora de que cumpliera su contrato con mi padre. Se suponía que tú y yo nos casaríamos tan pronto como yo reemplazara a papá. Eso fue hace unos meses. Pero Michael tenía miedo de decirte la verdad».

«Así que te pidió interpretar el villano por él».

«Quise hacerlo». No tenía sentido intentar jugar al héroe. Tenía que ser honesto con ella. Yo no era el héroe de esta historia. «Pensé que, si pasabas algún tiempo conmigo antes de enterarte del matrimonio arreglado, aprenderías a amarme. Pero entonces Michael cambió de opinión».

«Él nunca te debió dinero. ¿O sí?».

«Esa parte fue real. Apostó un millón de dólares en mi casino. Excepto que él tenía los medios para devolverme el dinero». Tomé su mano y la llevé a mis labios. «Tu papá quiere regresar a La Sociedad. Siente que si lo hace ya no nos deberá nada».

«No soy un objeto de cambio, Rex», ella frunció los labios. Y ahí estaba, el fuego y el odio en sus ojos verdes habían regresado. «¿Y qué si papá quiere volver? Lo hace para proteger a su familia».

«No funciona de esa manera. Nadie abandona jamás La Sociedad; él lo hizo. Y tú fuiste el precio. Tiene que pagar. La única razón por la que quiere volver es porque tu madre se ha ido. Lo siento, Caterina, él no puede quedarse con todo el pastel y comérselo también».

Su cuerpo tembló mientras miraba la chimenea. Pude ver las ruedas girando en su cabeza mientras intentaba juntar las piezas del rompecabezas. Ella sabía que mis palabras eran ciertas. Y ahora, todos los pequeños detalles que rodeaban las acciones de Michael tenían sentido. La había estado usando desde que descubrió que iba a tener una niña.

«De alguna jodida manera, Michael ha traicionado a La Sociedad». Respiré profundamente para aliviar la presión en mi pecho. «¿Sabes lo que eso significa?».

Su mirada se dirigió hacia mí. Ella ya sabía adónde iba con esto. «¿Qué hizo?».

«Hizo un trato con el FBI. No solo quiere volver al redil, quiere ser el rey. Quiere que las cosas vuelvan a ser como eran antes de conocer a tu madre».

«No», más lágrimas corrieron por sus ojos. «Él no haría eso».

«Los estatutos son claros al respecto».

«Rex, no. No puedes hacerme esto. No puedes ejecutarlo». Me golpeó en el pecho, como si eso fuera a cambiar todo lo que su padre había hecho durante los últimos veinticuatro años, como si eso me hiciera cambiar de rumbo. No podía ayudarla. Michael había firmado su propia sentencia de muerte cuando aceptó ayudar a Clifton. Ella suspiró. «Rex. Por favor».

«No tengo otra opción». Tomé su cara entre las manos. «¿Por qué crees que me mantuve

alejado de ti todo este tiempo? Sabía que tan pronto como regresara a Nueva York, tendría que hacer de Michael un ejemplo. Está fuera de mis manos».

«No», ella apartó mi mano de un golpe. «Estás mintiendo. Tienes miedo porque papá quiere tu puesto y no soportas perder todo esto».

Su aliento salió en jadeos erráticos mientras buscaba en la habitación. Me pasé ambas manos por el pelo y miré al techo, buscando respuestas que sabía que no estaban allí. Ella pensó que estaba haciendo esto para lastimar a su papá. No podía soportar verla sufrir así. «Caterina, si pudiera detener lo que le espera a Michael, lo haría».

Me volví para mirarla, pero ya no estaba. Puta madre. Mis piernas se activaron para correr. Había apartado la mirada tan solo por un segundo; ella no podría haber ido demasiado lejos. Parecía que desde que me enteré del matrimonio arreglado, no había dejado de perseguirla.

En el pasillo, la agarré por la cintura antes de que llegara a las escaleras y la inmovilicé contra la pared con mi cuerpo. «No puedo dejar que te vayas de nuevo».

«¿Por qué? ¿Porque no quieres que le avise a papá? Cobarde», ella me frunció el ceño.

«Por eso. Y, además, no estás a salvo con él. Santino sabe lo que hizo Michael. Si no ha ido tras él es porque le ordené que se retirara. Pero si no actúo pronto, él mismo irá tras Michael. Y tendrá todo el derecho de hacerlo. No puedes quedar atrapada en medio de todo eso».

«¿De eso pensaste que él quería hablar conmigo esta noche?».

«Sí».

Ella luchó contra mí. «Déjame ir».

«No. Tengo toda la casa llena de cuerdas. Si necesito atarte para mantenerte a salvo, lo haré. Presioné todo mi cuerpo contra el de ella.

Todo lo que tenía que hacer era girar el pomo de la puerta y estaríamos en la sala de Kinbaku. Todo mi cuerpo anhelaba llevarla allí, hacerle ver que no estaba mintiendo. Y que toda esta jodida situación no era culpa mía. Agarré ambas muñecas y las pasé por encima de su cabeza.

«Rex». Mi nombre salió apresuradamente, como una advertencia, en lugar de su súplica habitual.

«Quédate. Lo prometiste». La besé con fuerza, pasando mi lengua por sus labios en una desesperada necesidad de recuperarla.

Ella se retorció contra mí para liberarse, pero mantuvo sus labios pegados a los míos. Toda nuestra relación había sido exactamente así. Me deseaba, pero no creía que yo pudiera ser el hombre para ella. Manteniendo ambas muñecas en su lugar, agarré su trasero con mi mano libre, frotando mi erección sobre su coño mojado hasta que dejó de pelear conmigo.

El fuego en sus ojos era toda la luz verde que necesitaba. Le subí el vestido, saqué mi pene y la penetré. Cuando imité el mismo movimiento de penetración con mi lengua en su mes, ella gimió una palabra que sonaba como mi nombre. Me rodeó con ambas piernas y entré profundamente dentro de ella.

«Debería odiarte». Tomó mechones de mi cabello y movió sus caderas hacia adelante para meterme por completo.

«Pero nunca pudiste». Deslicé mi erección por completo y froté sus propios jugos por todo su clítoris. «Estás tan mojada para mí». Capturé su boca de nuevo y empujé con todo el deseo reprimido que había sentido durante años, el miedo que tenía de perderla de nuevo y este amor que, pasara lo que pasara, simplemente se negaba a morir. «Quiero verte venir».

«Rex», ella apretó sus paredes alrededor de mi polla y dejó escapar un gemido sensual.

El vaivén de su cálido cuerpo me arrastró junto con ella, más cerca del borde del precipicio,

mientras oleadas de placer explotaban a través de mí. En ese momento de pura felicidad, me di cuenta de que no había nada que no haría por esta mujer.

«Joder, Caterina».

Cuando sus mejillas se pusieron rojas y se tensó a mi alrededor, yo también me dejé caer. Bombeé con fuerza mientras ella llegaba al clímax con sus piernas envueltas alrededor de mí, sus manos en mi cabello y su corazón latiendo rápidamente contra mi pecho.

«Eres mía. ¿Entiendes eso?», besé su cuello y la parte superior de sus pechos sobre su vestido. «Te amo».

«Yo también te amo», ella jadeó. «Maldito seas».

Me quedé allí con su cuerpo envuelto a mi alrededor durante cinco minutos completos. Teníamos demasiado miedo para soltarnos y afrontar lo que teníamos que hacer. Estábamos en un punto muerto. Si fuera por mí, nos quedaríamos aquí, así, para siempre.

«¿Puedo pedirte una cosa?».

«Lo que sea, amor», acuné su cuello.

«Dame hasta el final de nuestro contrato para demostrar que mi padre es inocente».

«¿Por qué? Está más allá de la salvación».

«No». Ella tomó mis dos mejillas. «Mamá intentó salvarlo antes de morir. Ella trató de salvarnos a todos. Me niego a creer que se equivocó en eso».

Capítulo 7

Todo favor tiene un precio

CATERINA

El tamborileo en mi pecho disminuyó lentamente debido al orgasmo de alto octanaje que acababa de tener. Todavía, tratando de recuperar el aliento, acaricié la mejilla de Rex y luego dejé que mi mano se deslizara hasta su pecho desnudo. El hombre estaba cincelado como una estatua griega. ¿Cómo había ocurrido esto? ¿Cuándo me había vuelto tan adicta a su tacto y a su cuerpo?

Por el amor de Dios, Rex me dijo rotundamente que tenía planes de ejecutar a papá, y mi respuesta fue dejar que me follara en medio del pasillo, nada menos que fuera de la sala de cuerdas. Si antes había dudado acerca de mis sentimientos por Rex, ahora mis dudas se habían duplicado, incluso cuádruplicado.

«¿Me sedujiste para conseguir un favor?». Presionó mi nalga y acarició mi cuello. «Dios, eres tan hermosa. Está absolutamente funcionando, en caso de que te lo preguntes».

El calor subió a mis mejillas cuando su polla levantada se frotó contra mi coño. Antes de nuestra charla, no me había dado cuenta de que las cosas tomarían un giro tan oscuro. Ir sin ropa interior me había parecido una buena idea cuando me estaba vistiendo. No es que unas bragas y un sostén hubieran impedido que Rex se saliera con la suya. O, por el contrario, que yo lo hubiera hecho.

Cualquiera fuera el caso, tan pronto como me levantó el vestido, supo que esperaba estar con él nuevamente esta noche. En mi defensa, había salido del baño vestida únicamente con un par de pantalones deportivos grises. Negué con la cabeza, dejándome perder en las lagunas azules de sus ojos. Rex no era el malo aquí. Pero papá tampoco. Quería proteger a sus hijos. ¿Cómo diablos íbamos a solucionar esto?

«Pensé que me estabas seduciendo para que me quedara».

«¿Está funcionando?», me dedicó una sonrisa encantadora.

No podía irme. Primero, tenía muchas preguntas dando vueltas en mi cabeza. Necesitaba tiempo para resolverlas todas. Y dos, no quería pasar la noche sola, lejos de Rex. En el momento en que me alejé de él y mis pies tocaron el suelo, sus labios se curvaron hacia abajo con decepción. Mis entrañas se retorcieron porque odiaba ser quien le causara más dolor. Provocado por papá, él había pasado por momentos difíciles.

«Quiero quedarme». Puse mi mano sobre su corazón. «Pero no puedo dejar de lado esto con papá. ¿Lo entiendes?».

«Por supuesto que sí. Si tuviera una solución mejor, ya lo habría hecho. ¿No crees?».

«Creo que me estás diciendo la verdad. Tu verdad, de cualquier manera. Pero también creo que papá no haría nada que traicionara a La Sociedad. Él no es así. Estás completamente

equivocado. Solo necesito tiempo para demostrártelo. Para mostrárselo a todos. Por favor». Me estaba volviendo muy buena rogándole a Rex por la vida de papá.

«Aún no entiendes mis sentimientos por ti, ¿verdad?», me acunó la cara. «Caterina, haría cualquier cosa por ti».

«¿Pero?».

«Si quieres tiempo, también tendrás que aceptar mi ayuda. No te perderé de vista. No con Santino en su estado de ánimo asesino vagando por las calles. No mientras el FBI nos quiera a todos muertos. Lo que sea que estés planeando, iré contigo».

«Gracias», le rodeé el cuello con mis brazos y lo besé. «No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Pero creo que deberíamos empezar con papá. Hablemos con él. Quiero decir, no ahora. Es un poco tarde ya. Pero, ¿mañana?».

«No tan rápido, amor», él arqueó una ceja. «Todo favor tiene un precio».

«¿Hablas en serio?».

«¿Mencionaste algo sobre terminar tu contrato?». Una sonrisa apareció en sus labios.

«Debería haber sabido que intentarías llevarme de regreso a tu cuarto de cuerdas». Apreté mis piernas para aliviar mi clítoris palpitante.

«Tú lo dijiste, no yo». Apoyó sus manos a cada lado de mi cabeza. «Admítelo. Lo extrañas».

Cada vez que pensaba en volver a estar atada, el deseo me invadía. Y eso era antes de que tuviéramos relaciones sexuales. Ahora que habíamos bajado la guardia y hablado sobre lo que sentíamos el uno por el otro, sabía que Rex no se detendría durante nuestras sesiones.

«Sí, lo hice».

Se mordió el labio inferior como si considerara sus opciones. «Mañana. Esta noche te quiero en mi cama». Tomó mi mano y me llevó a su penthouse.

Caminé directamente a su baño para limpiarme y buscar ropa para dormir. Mariposas revoloteaban en mi estómago mientras contemplaba mi propio reflejo. Mis mejillas resplandecían de un rosa brillante. Mi cabello revuelto completaba mi aspecto de recién cogida por excelencia.

«¿Te arrepientes?», Rex se acercó detrás de mí y me miró a los ojos en el espejo. «¿Perder tu virginidad conmigo?».

«No», me apoyé contra su pecho. «Todos estos años había estado buscando a alguien que me hiciera sentir viva. Pero nunca lo encontré. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti».

«El sentimiento es mutuo», besó mi mejilla con su mirada pegada a la mía. «Lamento haberte tomado como un salvaje en el pasillo. Nunca he tenido relaciones sexuales sin protección».

«Esta bien. Tengo un DIU».

«Lo sé. Aún así debería haber preguntado».

«Por supuesto que lo sabes». Cerré los ojos con fuerza, avergonzada de que Rex supiera este pequeño detalle sobre mí todo este tiempo: cuando me lancé hacia él en la sala de juntas de abajo, cuando prácticamente le rogué que me llevara a la sala de cuerdas y cuando casi tuvo relaciones sexuales conmigo en su jet privado camino a Atlanta. «¿Por qué sabes eso? ¿No puedo decidir si eso es dulce o espeluznante?».

«Hiciste una cita con el médico unas semanas después de que falleciera tu madre. Estaba preocupado por ti».

«¿Entonces solo robaste mis registros médicos?».

«Prestados. ¿Se te quitaron los dolores de cabeza?».

«Sabes que sí. Viste el expediente. ¿Qué más sabes sobre mí? ¿Tu espía siempre me seguía?». Aquí había otra cosa sobre Rex que simplemente no podía entender. No era un tipo

normal. Era el rey de una sociedad criminal clandestina. Era mi prometido.

«Sí», me giró para que pudiera mirarlo. «Aaron era más bien un guardaespaldas. Su trabajo consistía tanto en protegerte como en informarme de tu día».

«Aaron. Por supuesto. ¿Sabes qué? Es tarde. Deberíamos irnos a la cama». Terminé la conversación antes de que empezáramos a pelear de nuevo, lo que, en este punto, estaba segura que conduciría a más sexo. Y ahora mismo necesitaba tener la cabeza despejada para poder idear un plan para ayudar a papá.

Cuando llegué a la cama, me pasé por la cabeza el vestido tubo y me metí debajo de las sábanas. La gran sonrisa en el rostro de Rex cuando se unió a mí me hizo querer abofetearlo. ¿Por qué siempre era así con él? En un momento quería arrancarle la ropa y al siguiente quería lastimarlo.

«¿Que es tan gracioso?».

«Aquí hay algo que no sabía sobre ti. Duermes desnuda».

No lo hacía. Prefería mis pantalones de pijama y un top. Mierda. De nuevo. Mi cerebro había decidido por sí solo que la ropa interior y las prendas no eran necesarias. Lo miré por burlarse de mí y de este deseo implacable que sentía por él. El punto entre mis muslos se tensó y el deseo se filtró a través de mis pliegues con anticipación.

«Cada vez que me miras así...», se acercó y acarició mis senos, «me dan ganas de atarte o follarte duro». Chupó mi pezón con su boca e inmediatamente entré en un frenesí.

«Rex», suspiré

«Aquí estoy», rodó encima de mí, manteniendo sus brazos a cada lado para soportar la mayor parte de su peso, «no recuerdo la última vez que me acosté tan temprano».

«¿No tienes una fiesta abajo?».

«Pueden arreglárselas sin mí». Se inclinó y rozó mis labios. «Empecé el Kinbaku para afrontar el caos que es mi vida. Aprendí a respirar para controlar mis emociones. Pero cuando estás conmigo, descubro que no necesito aire. Solo te necesito para sobrevivir en este lugar».

«Siempre pensé que te encantaba ser el jefe de todo», acaricié su mejilla y él se apoyó en mi mano.

«Para mí es más bien un compromiso. Mi destino, supongo. No me imagino haciendo nada más. Pero no diría que me encanta. Aunque, ahora que estás aquí...», se calló y me besó, un beso largo y dulce que adormeció todos mis sentidos.

¿Quién hubiera pensado que Rex Valentino sería capaz de un gesto tan gentil? Pasé mis dedos por su cabello y profundicé el beso. Rex se alejó primero. «Tienes preguntas. Lo puedo ver en tus ojos».

«No sé por dónde empezar. Todo duele demasiado. No quiero pensar en eso».

De todas las cosas que Rex me dijo hoy, solo una no me dolió. Mamá literalmente usó su último aliento para asegurar mi felicidad. Ella fue a ver a Rex para rogarle por mi libertad. Las lágrimas llenaron mis ojos. Eran lágrimas de felicidad. Por primera vez en los últimos dos años, no me sentía tan sola. A través de Rex, mamá me estaba cuidando.

«Me puedes preguntar lo que sea». Se agachó sobre su costado, antes de tomarme en sus brazos.

«Háblame de mamá».

«Después de que ella vino a verme, comencé a visitarla en el hospital». Sus cálidos dedos se deslizaron arriba y abajo por mi brazo distraídamente. «Ella me recordaba a mi madre. Mamá también odiaba a La Sociedad y lo que le había hecho a la gente que la integraba. Pero ella vio una salida diferente. Pensaba que podríamos devolverle su antiguo esplendor. “*Fac Fortia et*

Patere». Su pecho rebotó con una risa silenciosa. «Haz acciones valientes y resiste. Hubo un tiempo en que vivíamos según ese código. Mamá y papá querían volver a eso».

«Pero *mi* papá se interpuso en el camino».

«Michael tenía su propia manera de hacer las cosas. No estaba exactamente equivocado. Vivimos en un mundo de bestias. Tu madre tenía razón al querer alejar a su familia de todo esto».

«¿Llegaste a conocerla bien?».

«Sí. Era una oponente formidable en el ajedrez».

«Lo sé. Ella y papá solían tener partidas feroces. Él odiaba perder contra ella». Me reí y algo se deshizo en mi pecho y lo llenó de aleteos. La muerte de mamá nunca dejaría de doler, pero ahora sabía que estaba bien dejar de lado mi dolor y tratar de ser feliz. «No sabía que jugabas al ajedrez».

«Le di a Anna una oportunidad por su dinero».

El fuego crepitante detrás de nosotros se apagó repentinamente y sumergió la habitación en completa oscuridad por un momento mientras mis ojos se adaptaban al cambio. Donde antes la habitación estaba bañada en rojos y naranjas, ahora estaba iluminada por las luces parpadeantes de la ciudad más allá de la ventana del penthouse de Rex. Pensé en él sentado en lo alto de su torre de marfil, completamente solo... y posiblemente leyendo mis archivos.

«¿Qué más hacían?».

«Solíamos caminar por su piso, jugábamos al ajedrez, a veces a las cartas. Pero sobre todo hablábamos de ti y de mí». Me abrazó con más fuerza. «Creo que, hacia el final, ella pensó que haríamos una buena combinación».

«Mamá, la casamentera», me reí.

Ahora tenía sentido por qué insistía en que me centrara en terminar la universidad y no me preocupara demasiado por los chicos. Ella me conocía muy bien. Apuesto a que le tomó dos minutos darse cuenta de que Rex era el hombre adecuado para mí: vio lo bueno en él. Incluso si las circunstancias fueran una mierda, Rex y yo nos pertenecíamos juntos.

«Ella iba a hablar contigo. Pero sabía que eso abriría un abismo entre tú y Michael. Y no quería eso».

«¿Papá sabe de tu promesa a mamá? Apuesto a que mamá le dijo lo que pensaba».

«Ella nunca le dijo que lo sabía. No quería pasar sus últimos años peleando por eso, enojándose con él. En mi última visita, Massimo estaba allí y ella le dijo que lo sabía, pero le pidió que no se lo dijera a Michael. Quería que todos fueran felices».

«¿Espera? ¿Mis hermanos saben sobre el matrimonio concertado?».

«Por supuesto que lo saben. Han estado en La Sociedad desde que eran niños».

«Y acordaron mantenerlo en secreto por mamá», fruncí los labios para mantener las lágrimas a raya. Llorar no iba a solucionar nada. «Así que todos los de abajo saben quién soy y saben de nosotros. Me siento como una idiota despistada».

«Solo los miembros del concejo lo saben. No te sientas mal. Para ellos, eres un medio para lograr un fin. Lo único que les importa es que Michael no regrese».

Escuchar a Rex hablar así de papá me dolía. Muchas veces antes había intentado decirme que papá no merecía mi sacrificio, pero yo no entendía del todo a qué se refería. El padre que conocí no era este rey despiadado que aterrorizaba a todos los que lo rodeaban. Era un hombre de familia, un hombre amable, un esposo amoroso.

«Después de conocer a tu mamá, entendí por qué tu papá fue al infierno y regresó para que ella se quedara con él. Lo que no entiendo es por qué se echaría atrás en su trato. Él, más que

nadie, debía saber que traicionar a La Sociedad no terminaría bien para él. ¿Por qué ponerse una diana en la espalda? ¿Por qué poner en peligro a su familia?».

«Por eso. Lo está haciendo para protegernos. Mamá creía que había algo bueno en él. Estás asumiendo que lo que te dijeron es la verdad. Me gustaría escuchar su verdad».

«Te di mi palabra. Tienes cinco meses para demostrar que Michael es inocente. Pero no te ayudará afrontar esta situación con los ojos cerrados». Rex, como siempre, tenía una visión tajante de las cosas. No se equivocaba. «Te ayudaré. Pero hay que abordar esto con la mente abierta».

Pensé en el comportamiento errático de papá durante los últimos años: beber y apostar. Dejó que Rex me tomara y luego cambió de opinión. La dicotomía con la que estaba luchando por dentro era algo que entendía bien. No hace mucho, había sentido lo mismo por Rex; dividida entre lo que quería y lo que pensaba que tenía que hacer.

«Se convirtió en el hombre que mamá quería que fuera. Bueno y amable. Ha estado fuera por tanto tiempo. Quizá ya no recuerda cómo ser ese tipo». Me tragué el nudo en la garganta. «Tengo que probarlo. Se lo debo a mamá».

Me dolía el corazón por papá porque, en el fondo, sabía que tenía razón. Pero al igual que mamá, quería creer que lo bueno que había en él todavía estaba ahí. Que no se había olvidado de todos los años felices que había pasado con su familia.

Como si entendiera lo que necesitaba, Rex mordisqueó mi cuello suavemente mientras se acercaba para frotar mi coño. Mañana tendría que enfrentarme al rey despiadado, una versión de papá que nunca había conocido. Pero por ahora quería olvidarme del mundo exterior. Me di vuelta para mirar a Rex y luego lo empujé sobre su espalda. Quería sentirlo entre mis piernas y tener el control esta vez.

«Toma lo que necesites, amor». Me acarició el pelo. «Pero no olvides quién sigue a cargo aquí».

Después de otra ronda de sexo alucinante, caí en un sueño profundo. Soñé con mamá, en una mezcla de los buenos momentos que teníamos como familia cuando éramos niños, Rex y ella jugando al ajedrez, riéndose como si fueran viejos amigos, y luego papá con una cara que cambiaba constantemente entre la que yo conocía y la de una bestia horrible.

Capítulo 8

¿Puedo ayudarte en algo?

CATERINA

A la mañana siguiente me desperté sobresaltada. Durante un largo segundo, no podía entender dónde estaba. Esperaba encontrar a Rex a mi lado, pero ya no estaba. Su cama se sentía grande y fría sin él en ella. Incluso la suite había perdido ese brillo íntimo de la noche anterior. ¿Lo había soñado todo? ¿Mi mente había evocado a un Rex dulce y cariñoso que me hacía el amor durante horas?

Una sonrisa apareció en mis labios mientras mi mano se deslizaba hacia mi dolorido coño. Rex era real. Desafortunadamente, eso significaba que todo lo demás también había sucedido: el matrimonio arreglado, la traición de papá y el objetivo en nuestras espaldas por eso. Resoplé y me obligué a levantarme. En el fondo de mi mente, tenía una breve lista de lo que tenía que hacer hoy, adónde tenía que ir. La idea hizo que un gran nudo de ansiedad se revolviera en mi estómago.

Me recogí el pelo en un moño desordenado y me metí en la ducha. El agua caliente alivió mi dolorido cuerpo, pero no había mucho que pudiera hacer para detener el carrusel de tonterías que pasaba por mi mente. Cuando terminé, agarré la toalla del gancho. Estaba un poco húmeda y me di cuenta de que Rex probablemente la había usado antes. La envolví alrededor de mi cuerpo, puse el exceso de tela frente a mí y enterré mi cara en ella.

La presión en mi pecho desapareció e inspiré. ¿Dónde estaba él? No quería empezar este día sin él. Caminé hacia el lavabo doble y al gran espejo enmarcado que estaba encima. En el cajón de mi izquierda encontré un tubo nuevo de pasta de dientes, cepillos, maquillaje; en definitiva, todo lo que necesitaba para arreglarme.

Me alegró ver que los artículos de tocador no eran de las marcas que yo usaba. Eso habría sido un nuevo nivel de terror. Y todavía no me había reconciliado del todo con la idea de que Rex me había estado acosando, sí, esa era la palabra, durante los últimos cuatro años, casi todo el tiempo que estuve en la universidad.

Bueno, ahora era mi turno. Puse pasta de dientes en un cepillo de dientes eléctrico rosa y me lo metí en la boca. Con los sonidos vibrantes amortiguando la pequeña voz en mi cabeza que decía que no debería fisgonear, casualmente revisé las cosas de Rex. Este era su baño, su armario. Todos sus efectos personales estaban aquí.

Tenía una extensa colección de relojes. Por supuesto, un tipo que vivía para controlar todo lo que lo rodeaba estaría obsesionado con mantener el tiempo. Sus corbatas, sus calcetines y sus elegantes zapatos de cuero estaban todos pulcramente organizados. Deseaba que mi armario tuviera este aspecto, pero ¿quién tenía tiempo para mantener este nivel de orden?

Estaba revisando sus trajes a medida cuando sentí sus ojos sobre mí. «¿Puedo ayudarte en

algo?», su voz profunda hizo que mis rodillas se doblaran.

Estaba vestido con uno de sus trajes oscuros. Ardientemente excitante no empezaba a considerar cómo lucía. Con los brazos sobre el pecho, apoyó un hombro en el marco de la puerta y arqueó la ceja. Hace unos meses, su postura me habría parecido intimidante y aterradora. Pero ahora sabía lo suficiente sobre él para ver que le divertía; había suavidad de sus ojos y una pequeña sonrisa que aparecía en sus labios eran un claro indicio. ¿Cómo no me había dado cuenta de eso antes?

Estar en su armario con un cepillo de dientes en la boca se sentía muy íntimo y normal. La adrenalina me recorrió en ese momento. ¿Cuándo nos habíamos convertido en algo normal? Claro, estábamos comprometidos, pero no éramos pareja. ¿Había un ‘nosotros’? Nuestra situación no estaba equilibrada. Él era el rey de todo. Yo era su premio.

Señalando mi boca espumosa, pasé junto a él hacia el lavabo. Me siguió y se quedó allí mientras yo me enjuagaba la pasta de dientes. De todos los años que me había estado observando, nunca me había visto realizar mi rutina matutina. Por alguna razón, eso me hizo sentir que todavía tenía el control de mi vida, que él no conocía todos mis secretos.

«Solo estaba mirando», me encontré con su mirada en el espejo. «Revisando una página de tu libro».

«Eso es justo», envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y besó mi mejilla. «No dormiste mucho anoche».

«No tenía muchas ganas de que llegara hoy».

«Lo sé», inhaló en mi cuello y me apretó con más fuerza.

A estas alturas, reconocía esa expresión en su rostro y la forma en que su cuerpo se tensaba con expectación y algo más fuerte que el deseo. Quería el control. Él me quería. Más específicamente, me quería bajo su poder. Sabía exactamente lo que diría antes de pronunciar las palabras.

«Nos vemos en el cuarto de Kinbaku». Su tono exigente no dejaba lugar a la negociación.

Asentí.

«Ve. Estaré allí en un minuto».

Aturdida, como si sus palabras me hubieran hipnotizado, crucé el pasillo. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos mientras abría la puerta. El incienso de jazmín me recibió tan pronto como entré y fue como volver a casa. Había pasado un mes entero desde la última vez que estuve aquí. Me sorprendió ver cuánto había extrañado estar en esta sala. Extrañaba la serenidad, la intensa energía y la sensación de estar viva.

Una lenta melodía instrumental llenó el espacio con poca luz mientras yo husmeaba. No lo había notado antes, pero justo encima de la mesa con rollos de cuerda, había un riel en el techo con anillos sujetos a él. Inmediatamente, pensé en las fotos que Rex me mostró el día que me pidió que fuera su sumisa. En ese momento, me sorprendió demasiado ver la belleza en ellos. Pero ahora que entendía mejor la práctica, deseaba volver a verlos.

«¿Sigues mirando?», su voz encendió una chispa debajo de mi ombligo.

«¿Esos anillos estaban aquí antes?», señalé el techo oscuro. «No los recuerdo».

«No. Te los había quitado. No quería asustarte».

«Los usaste con Violet». Cuanto más pensaba en ello, más clara era la imagen. Violet suspendida en el aire, con una pierna colgando delante de ella. «Recuerdo la foto».

«Sí, pero no estás preparada para eso. Requiere habilidad y entrega total». Tomó mi mejilla y examinó mi rostro, como si estuviera considerando mi capacidad para ceder ante él. «Jesús, Caterina, me moría por verte así».

«Quiero intentarlo», mi voz no sonaba como si fuera mía. Las palabras habían salido de algún lugar muy dentro de mí. Al igual que Rex, necesitaba esto hoy. Ahora.

Sacudió la cabeza y me quitó la toalla. «Ponte de rodillas».

Caminé desnuda hasta la colchoneta frente al espejo y me bajé. Mi corazón latía rápido mientras las imágenes del cuerpo tatuado de Violet pasaban por mi mente. La música cambió a un tono que era más ondas alfa y ritmos de meditación. Intenté concentrarme en ello y dejar que borrara mis preocupaciones. Pero mi cerebro no lo aceptaba. Mi cuerpo tembló mientras mi mirada seguía a Rex por la habitación. No es que le tuviera miedo. Era más inquietud, ese miedo a lo desconocido, a estar yendo demasiado lejos, miedo de no estar preparada.

Rex se había quitado el traje. Sus pantalones deportivos colgaban sueltos sobre sus delgadas caderas, pero de alguna manera acentuaban cada plano y músculo duro de la parte superior de su cuerpo. El ruido metálico contra metal sonó a mi izquierda, y en el siguiente latido, los pies descalzos de Rex aparecieron en mi línea de visión. Miré hacia el anillo de suspensión y mi cuerpo se sacudió por la sorpresa. Realmente lo estaba haciendo.

«Respira hondo y mantén el aire». Comenzó nuestra sesión como antes colocando un par de cuerdas, un reloj de arena y su teléfono en la parte superior de la colchoneta antes de sentarse detrás de mí.

Suspiré cuando su pecho rozó mi piel caliente. Realizó unas cuantas rondas más de inhalaciones y exhalaciones guiadas hasta que me derretí en él.

«*Gyaku-Ebi*. Eso es lo que viste en la foto».

«¿Qué significa eso?».

«En japonés, significa la pose de camarón al revés». Me susurró al oído mientras movía mis brazos para darles forma de una caja sobre mi espalda baja. «La mayoría de la gente lo llama ‘*Hog tie*’ en inglés. Esa es la pose que tiene Violet en la foto que mencionaste. Sus principales elementos son la impotencia y la vulnerabilidad. Eso requiere que te sueltes por completo y me dejes pensar por ti». Dejó escapar un cálido suspiro. Acarició mi nuca y viajó hasta los dedos de mis pies. «¿Estás segura de que eso es lo que quieres?».

[Nota de la Trad.: *Hog Tie* significa, lazo de cerdo]

«Sí». Una vez más, la palabra salió antes de que pudiera pensar en ello. La parte de mí que quería esto se había hecho cargo, alejando mi otra parte que todavía tenía nociones preconcebidas sobre la práctica. «Confío en ti».

«Mi dulce chica», enterró su nariz en mi cabello. «Eres más fuerte de lo que crees».

Dejó caer varios fardos de cuerda delante de mí. Mis ojos se abrieron con sorpresa. Hasta ahora, solo había usado una larga. Como siempre, Rex anticipaba todos mis pensamientos y necesidades. «Solo hemos hecho un amarre antes. Esta pose requiere dos más. ¿Estás de acuerdo con eso?».

Su tono y comportamiento eran tan seguros de sí mismos y controlados que hicieron que todas mis preocupaciones desaparecieran de mi cabeza. Asentí y volví a respirar, manteniendo el ritmo que él me había marcado. En la sesión de un día que tuve con Violet, aprendí que el oxígeno hace que los músculos sean más flexibles. También me mostró estiramientos que seguí haciendo incluso después de salir del penthouse. Quizá porque extrañaba demasiado a Rex. O tal vez había esperado secretamente que, algún día, encontraría el camino de regreso a él, a este lugar.

Observé en el espejo de tamaño completo cómo Rex terminaba el *takate kote* o TK, que mantenía mis manos apretadas detrás de mi espalda. Luego añadió una tercera cuerda al frente que hizo que mis tetas salieran. Sus hábiles dedos ejecutaron perfectamente cada línea y nudo a

mi alrededor. Joder, fue tan excitante verlo tan concentrado en su tarea. Para él, estas sesiones no trataban de sexo. Pero no podría decir lo mismo de mí. Verlo trabajar las cuerdas con tanta habilidad hizo que mi coño palpitara de necesidad.

Cuando terminó con el TK, movió suavemente mis piernas y me recostó boca abajo. La estera se frotó contra mi sexo junto con el duro yute. Habría imaginado que eso mejoraría las cosas, pero no fue así. El deseo y la necesidad revoloteaban en mi centro, pero no había nada que pudiera hacer para aliviarlos.

«Estoy haciendo un rápido *futomomo* en ambos muslos». Puso su mano en mi espalda. El toque envió pequeños toques hasta los dedos de mis pies. «Y luego lo ataré al TK. La curvatura de la zona lumbar será intensa. ¿Estás lista?».

[Nota de la Trad.: *El futomomo, permite inmovilizar una o ambas piernas y ayuda al momento de suspender a una persona*]

«Sí».

Los extremos del yute golpearon el suelo con un ruido sordo y mi clítoris se tensó un poco más.

«Sigue respirando. Incluso si lo único que puedes dar son pequeños sorbos». Se movió hacia mi lado derecho, me dobló la pierna y comenzó a enrollarla con la cuerda para que no pudiera estirla más.

Ahora estaba de espaldas al espejo y solo podía ver la pared oscura al otro lado del camino. Si bien no podía ver nada, estaba segura de que Rex podía verme por completo. En esta posición, con las piernas abiertas y dobladas, estaba segura de que tenía una buena vista de mi coño. La cosa era que no me importaba. Todo el tiempo me pregunté si me tocaría allí.

«Buena chica». Apoyó su gran mano en mi pecho y me levantó a unos metros del suelo, de modo que quedé parcialmente suspendida; no como Violet, pero la sensación de impotencia definitivamente estaba ahí. No podía moverme en absoluto. Empujó suavemente mi hombro y me hizo mirar al espejo. «Estás preciosa».

Tenía una línea que iba desde la mitad de mi espalda hasta el anillo de suspensión. Mis rodillas todavía estaban apoyadas sobre la colchoneta, pero la parte superior de mi cuerpo estaba elevada.

«¿Recuerdas el contrato? Aceptaste que te sujetara el cabello y te amordazara. ¿Todavía estás de acuerdo con eso?».

Eso *no* debía haberme llevado a un nuevo nivel de excitación, pero lo hizo. Todo lo que hacía era muy sensual. La forma en que me manipulaba como si no pesara nada, su concentración mientras seguía los muchos pasos a la perfección y sus manos fuertes.

«Sí».

Enrolló más cuerda alrededor de mi moño en el cabello. Mientras levantaba suavemente mi barbilla, ató el cordón a la línea de suspensión, luego dio la vuelta y lo pasó por mi boca. Mi reflejo era el epítome de una damisela en apuros. Se alejó y me dejó allí para contemplar su práctico trabajo.

Al principio, desvié la mirada avergonzada, aunque el gesto requirió un poco de esfuerzo de mi parte. Pero Rex tenía razón. No ayudaba encontrarme en una situación con los ojos cerrados. Entonces seguí su consejo y encaré a la mujer en el espejo. Nuestra fuerza interior vivía en ese pequeño rincón dentro de nuestros momentos más vulnerables. Mamá me había dicho eso a menudo, pero nunca había entendido lo que eso significaba. Ahora lo hacía.

Pasó un minuto entero antes de que regresara con una vela encendida en la mano. Esta vez no me pidió permiso. Frotó aceite por todas mis nalgas y colocó la vela en la línea para que la llama

mirara hacia mis pies. En cuestión de segundos, la cera caliente comenzó a gotear sobre mis dedos de los pies y mi trasero.

«Te amo». Se sentó frente a mí y me acarició el pelo. «Tu eres muy fuerte».

Cerré los ojos con fuerza y las lágrimas corrieron por mis mejillas. Finalmente lo entendí. A veces, ceder era lo más fuerte que uno podía hacer. En momentos de estrés, no se trataba de centrarse en la situación, sino en la abundancia de información que proporcionaba. Elegí fundirme en el momento. No porque tuviera que hacerlo, sino porque quería.

«Mírame», ordenó Rex. Sus ojos parecían de un azul más profundo, más intensos y en control. Cuando encontré su mirada con todo el desafío que pude reunir, él se acercó y me pellizcó el pezón. Me retorcí contra él y eso pareció complacerlo. «Aprieta mi mano lo más fuerte que puedas».

Tan pronto como sentí sus dedos detrás de mí, hice lo que me pidió. Nuevamente, sonrió con aprobación, y eso me provocó un montón de mariposas en el estómago porque este nivel de confianza y ternura solo podía darse entre dos personas que confiaban el uno en el otro de manera implícita y resuelta. Rex y yo éramos pareja. No tenía ninguna duda sobre eso.

Se arrodilló ligeramente a mi izquierda, dejándome suficiente espacio para ver su rostro y el mío en el espejo. El hombre era absolutamente hermoso mientras estaba sentado jadeando, contento por todo el trabajo que acababa de hacer porque se lo pedí. Mechones de cabello mojado le rozaban la sien y la frente, y todo lo que quería hacer era tocarlo y besar su rostro increíblemente hermoso. Pero por mucho que lo deseara dentro de mí en este momento, no quería que este momento terminara.

Cera se derramaba al suelo. Gran parte estaba pegada a mi piel y ya no la sentía. Por supuesto, Rex se dio cuenta de eso rápidamente. Mientras acariciaba un poco más mis senos con una mano, la arrancó toda con un cuchillo y dejó que la tortura continuara. Hizo más cosas así, comprobando mi agarre a lo largo del camino mientras me observaba atentamente, asegurándose de que permaneciera excitada e hinchada por la necesidad de él.

Yo también te amo.

Repetí una y otra vez en mi cabeza.

Nos quedamos así, dentro de su juego, hasta que se acabó el tiempo. No quería que esto terminara, pero ni siquiera el todopoderoso Rex podía mantener a raya al mundo real.

Capítulo 9

¿Estás despierta?

REX

De todas las veces que papá intentó venderme la idea de que casarse con Caterina era lo mejor para nuestra familia y La Sociedad, nunca pensé que ella sería tan perfecta para mí. Incluso después de que comencé a sentir algo por ella, no sabía que podíamos estar así.

Desenredé el resto de la cuerda y la acuné en mi regazo. Ambos estábamos cubiertos de sudor y cera. «Nunca he querido a nadie en mi vida como te quiero a ti ahora», susurré en su sien.

Sus ojos se abrieron por un momento, pero luego los cerró de nuevo. «Mmm. Yo también».

Lo que Caterina había pasado en el *Gyaku Ebi* había sido intenso, aunque solo hubiera sido una media suspensión. Muchas de mis parejas habían optado por no ir allí. La apreté con más fuerza. «Qué mujer tan fuerte».

«Mmm», ella gimió de nuevo, girando su cabeza hacia mi pecho.

«¿Qué tal una ducha?».

«Bueno. Simplemente no me sueltes».

«Nunca».

La dejé descansar otros veinte minutos. Tenerla en mis brazos así era un sueño hecho realidad. Sin embargo, lo que pasa con los sueños es que eventualmente tienen que terminar. No quería que este sentimiento, la sensación de felicidad total y absoluta, terminara. Carajo. Santino tenía razón. Caterina Alfera era una gran distracción que podría hacer que nos mataran a todos.

«Tenemos que irnos», enganché mi brazo debajo de sus rodillas y me puse de pie.

Cuando apoyó su cabeza en mi hombro, salí del cuarto de *Kinbaku*. Abrí la puerta de nuestro dormitorio con el hombro y comencé a dirigirme a la ducha. Pero Caterina tuvo otra idea. Llegamos hasta el sofá antes de que su boca encontrara la mía. ¿Y qué si este amor que sentía por ella me consumía? Había esperado demasiado para que ella retrocediera ahora.

Tan pronto como sus pies tocaron el suelo, me rodeó con sus brazos, besó mi pecho y me frotó las manos. «No puedes decirme que después de todo lo que me hiciste pasar, no vas a terminarlo».

«Esperaba que dijeras eso, amor». Besé sus labios, fuerte y con todo el deseo que antes había mantenido bajo control. En ese momento, la cama parecía demasiado lejos. No podía esperar. «Mira hacia la chimenea», ordené mientras liberaba mi erección.

«Jesús». Sus ojos se abrieron cuando mi polla brotó. «Eso me sorprende cada vez. Quiero decir, sé que encaja, pero aun así». Ella me acarició y casi me retiró disparado de su mano.

«Caterina». Acuné su cuello y pasé mi lengua por sus dientes. Todavía sabía a menta por la pasta de dientes. Por alguna razón, eso despertó en mí un instinto primario. Caterina era mía.

Estaba en mi casa ahora, en mi cama, y de ninguna manera la dejaría ir. Al diablo con su familia y con Santino.

Su sexy gemido provocó un fuego debajo de mi ombligo y eso me mató. Agarré sus brazos y la incliné sobre el respaldo del sofá.

«Rex».

«Estoy aquí». Entré en ella y no esperé a que se adaptara a mi longitud antes de mover mis caderas hacia adelante y dejar que ella me tuviera por completo. Me lo había pedido y eso alimentó mi necesidad por ella, enviándome una descarga de adrenalina. «¿Es ese el lugar, amor?».

«Sí», ella se estiró para agarrar mi brazo.

Era una visión así, con su bonito trasero en alto para que yo lo tomara. Y eso fue exactamente lo que hice. Me sumergí en ella a un ritmo vigoroso y rápido. Cuando sus paredes se apretaron a mi alrededor, me estiré para jugar con los pliegues de su coño mojado y su capullo, que ya estaban hinchados por la necesidad.

Ella amplió su postura para darme un mejor acceso mientras su pulso latía en mi mano entre sus piernas. Unas cuantas caricias más y encontró su liberación. Me encantaba verla desmoronarse en mis brazos. Me encantaba la forma en que ella luchaba por recuperar el aliento. Me encantaba cómo su piel se volvía de seda bajo mi toque. Amaba todo de ella.

Jadeando, esta mujer me tenía jadeando, la rodeé con mis brazos y me corrí con fuerza dentro de ella. Las luces se atenuaron y, de repente, no pude ver ni oír nada. Fue como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros. Si Caterina estaba destinada a ser mi muerte, estaba jodidamente bien con eso.

«¿Siempre es así?».

«¿Qué?», resoplé sin aliento. «¿El sexo? No».

«No quiero que esto termine nunca», ella se dio vuelta y me abrazó. «Soy tan adicta a ti. Sé que no tengo un punto de referencia, pero no puedo imaginar nada mejor que esto».

«Mi pequeña virgen», le acaricié el pelo. «Tampoco, en ningún momento, ha sido tan intenso para mí».

«Mmm», sonrió y se relajó contra mí. «Siento que se acerca una siesta».

«Puedo verlo». La levanté y la acompañé hasta la cama.

Al cabo de un minuto, estaba profundamente dormida. Me subí a su lado y la abracé fuerte. Había despejado mi agenda para hoy para poder ir a ver a Michael. Pero después de la noche que pasó después de enterarse de la verdad sobre nosotros y sus padres, necesitaba descansar un poco más. Una parte de mí se alegró por el indulto. No estaba seguro de si Caterina estaba preparada para la verdad.

Cada vez que le daba una respuesta que pintaba mal a su padre, ella inventaba excusas para él. Anoche, había avanzado en aceptar quién era Michael y el hecho de que pasó todo su matrimonio mintiéndole a su esposa. Todo para poder tener lo que quería. Quería a Anna, pero también quería este inframundo y todo el poder y el dinero que conlleva.

La respiración lenta y uniforme de Caterina era como una canción de cuna para mí. Antes de darme cuenta, cerré los ojos y comencé a soñar. Cuando desperté de nuevo, habían pasado dos horas enteras. Sonreí ante los rizos salvajes esparcidos sobre mi pecho y la forma de Caterina acurrucada junto a mí.

«¿Estás despierta?», pregunté besando la parte superior de su cabeza.

«No».

«Tenemos que irnos», me reí.

«Lo sé», ella me miró con los ojos hinchados y llenos de miedo. «Ya he pospuesto esta charla por mucho tiempo».

Asentí.

Con un suspiro, bajó las piernas por el costado del colchón y caminó hacia el baño, dejándome con una vista fantástica de su trasero y conmigo una erección. Por un minuto, consideré unirme a ella en la ducha, pero eso me llevaría a otra ronda de sexo y posiblemente a otra siesta. No quería nada más que pasar el día haciéndole el amor a Caterina, pero el deber me llamaba.

Una hora más tarde, estábamos sentados en la parte trasera de mi Escalade conduciendo por la autopista de Long Island. Llegar a los Hamptons en primavera no era tan malo como en el verano. Sin mencionar que Aaron tenía excelentes habilidades para maniobrar en el insoportable tráfico. Si hubiera sido por mí, habríamos tomado el helicóptero, pero Caterina necesitaba tiempo extra para discutir las cosas conmigo.

«Bebe un poco de agua», le entregué una botella.

«Gracias», tomó un sorbo y miró por la ventana.

Como ocurría con todo lo demás entre Caterina y yo, esta situación era, como mínimo, jodida. Para todos los efectos, yo era el juez y verdugo de su padre. Había accedido a darle tiempo a Caterina para demostrar la inocencia de Michael. Pero si confesaba, no tendría más remedio que llamar a mis muchachos.

Desde que salimos del penthouse, Caterina se había vuelto fría y distante. El abismo entre nosotros se hacía cada vez más profundo a medida que nos acercábamos a la casa de verano de los Alfera.

«No debes temer. Estaré contigo todo el tiempo». Me encontré con la mirada de Aaron en el espejo retrovisor y él asintió. Una confirmación de que el equipo que había partido esta mañana había establecido contacto visual como habíamos previsto.

«No tengo miedo, Rex», frunció el ceño. «Es papá, no un mafioso sin corazón».

La forma en que agitó su mano en mi dirección fue como una patada en mi estómago. En mi reacción instintiva, agarré su brazo. «Seamos muy claros en esto. Aquí todos somos mafiosos sin corazón, incluido tu padre».

«No quise decirlo de esa manera».

«No importa lo que quisiste decir. Todo lo que quiero de ti es que estés dispuesta a aceptar la verdad».

Sus ojos se llenaron de lágrimas al instante. «Estamos aquí para escucharlo. ¿Estás listo para aceptar su verdad?».

«Sí». Joder, no lo estaba. Pero estaba dispuesto a seguir el juego para que Caterina pudiera tener sus malditas respuestas. Y sí, tenía muchas ganas de derribar a Michael de su pedestal. Le debía a Caterina la puta verdad. «¿Recuerdas la última vez que viniste a los Hamptons?».

«Rex», sus mejillas se sonrojaron y evitó mi mirada.

«Eso es un sí», señalé su cara. «Tu madre te convenció para acompañar a Enzo a una fiesta. Te veías tan impresionante esa noche». Pasé el dorso de mis dedos por la suave piel de su brazo. «No quería nada más que bailar contigo».

«¿En serio?», me lanzó una de sus verdes miradas. «Porque lo único que recuerdo es que te peleaste con Enzo y su amigo».

«El imbécil te estaba haciendo sentir incómoda. Estaba encima de ti. Me di cuenta de que no estabas interesada».

«No lo estaba. Pero eso no te daba derecho a darle un puñetazo». Su mirada se suavizó.

«¿Mamá orquestó toda esa noche? ¿Para que tú y yo nos encontráramos?».

«Ella lo intentó», me reí. «Pero Enzo me odió en ese momento. Cuando entré, me advirtió que me mantuviera alejado de ti».

«¿Lo sabía en ese entonces? Ya sabes, ¿sobre el matrimonio concertado para nosotros?».

«Lo sabía. Michael habló con él casi al mismo tiempo que papá habló conmigo. Dejamos de ser amigos poco después».

«¿Por qué?».

En respuesta corta, Enzo se dio cuenta de que, si no fuera por el trato de su padre, estaría en línea para ser rey. En cambio, tuvo que renunciar a todo y perder a su hermana pequeña en el proceso. «Puedes imaginar cómo le hizo sentir todo esto. Nuestros padres nos mintieron durante muchos años. Para ser justos, él también estaba enojado con Michael. Como yo».

«Lo recuerdo. Odiabas a todos. Dios, eras imposible. Actuabas como si fueras dueño de todo. Como si yo fuera...», se interrumpió.

«Como si fueras mía».

Ella puso los ojos en blanco. Y entonces se dio cuenta. Por qué había actuado de la forma en que lo hice cuando vi al amigo de Enzo aparecer en la fiesta con sus manos agarrándola por todas partes. «Jesús, Rex. Sabías que Zack me había invitado a salir antes de la fiesta. Lo sabías porque para entonces ya me estabas acosando», resopló.

«No te estaba acosando. El equipo de seguridad estaba allí para tu protección. Te das cuenta de que, si alguien se hubiera enterado de nuestro acuerdo, tu vida habría estado en peligro. Era por mera precaución».

«¿Cómo eso puede ser mejor?», ella frunció los labios. Podía verlo en sus ojos. Todavía estaba examinando toda la información que ahora tenía. Le dolía. «Soy tu garantía. Si te casas conmigo, papá o Enzo no podrán cuestionar tu estatus como líder de La Sociedad».

Asentí una vez.

«Así que no te acosé. Protegía la inversión. Tu futuro». Ella movió su cuerpo para mirarme. «No tenías que husmear en mi vida privada para eso. Zack nunca volvió a hablarme después de esa noche. En realidad, estaba aterrorizado por mí. ¿Qué le dijiste?».

«Que no estabas interesada», me encogí de hombros.

«Justo antes de que le dieras un puñetazo».

«Se lo merecía».

«Ese no es el punto». Se pasó ambas manos por el cabello y me miró a través de las pestañas. «Yo también quería bailar contigo. Si me lo hubieras pedido, habría dicho que sí. Pero no, en lugar de eso, tenías que volverte el mafioso con Zack». Ella sacudió la cabeza, buscando mi mirada, como si realmente estuviera tratando de verme y comprender mi situación.

«Nunca dije que era un santo. En mi línea de trabajo, actuamos primero y hacemos preguntas después. Así es como nos mantenemos vivos». Acuné su mejilla. «Tienes que recordar eso».

Su respiración se cortó. ¿Realmente no se le había ocurrido que teníamos que casarnos y que una vez que lo hiciéramos, ella sería parte de mi mundo, parte del mundo del que su madre pasó toda su vida adulta huyendo?

El resto del camino transcurrió en silencio. Cuando Aaron tomó la salida setenta, yo estaba listo para enfrentar esta reunión con Michael. La adrenalina bombeaba con fuerza a través de mí. Tenía que tratar esto como cualquier otro trabajo. Estaba aquí para obtener respuestas.

Caterina se secó las manos en los vaqueros mientras contemplaba la casa de playa de su familia. Cuando los neumáticos se detuvieron en el camino semicircular, saltó del auto y se dirigió a la entrada principal.

«Quédate en el coche». Toqué el hombro de Aaron. «Te llamaré si te necesitamos».

«Seguro, jefe».

Salí y me uní a Caterina mientras ella tocaba el timbre. «Tal vez esté arriba». Intentó llamar de nuevo.

«¿No tienes llave?».

«No. Papá me dijo que tenía que vender la casa». Se presionó la frente con la mano y luego caminó hacia la ventana para mirar adentro. «Vamos a dar la vuelta para llegar por atrás».

La seguí de cerca mientras le enviaba un mensaje de texto a Aaron. El equipo de vigilancia había confirmado que Michael estaba en casa hacía dos horas. ¿Dónde diablos estaba? La respuesta de Aaron fue instantánea.

El equipo se marchó. Estamos solos. Vámonos.

Mis muchachos tenían órdenes de quedarse firmes. ¿Qué les hizo marcharse sin avisar? El equipo de Santino seguía buscando el cuerpo de Clifton. Por lo que sabíamos, él también estaba de regreso en Estados Unidos. Mierda. Esto era una trampa.

No tenía tiempo de esperar a Aaron ni de jugar al juego de adivinanzas. Corrí a lo largo del patio lateral por donde Caterina se había alejado. Esta era su casa. Sabía exactamente adónde iba y no tenía motivos para pensar que algo malo la estaba esperando. Cuando llegué al patio, una figura se movió de la sala a la cocina. Los pasos eran demasiado ágiles para alguien que había pasado por una operación de corazón hacía un mes.

«Detente», dije en voz baja mientras Caterina giraba el pomo de la puerta y entraba. «Maldita sea, Caterina».

Caminé justo detrás de ella y prácticamente la arrastré hasta el pasillo al otro lado del camino. Joder, un hombre estaba parado más allá del vestíbulo, esperándonos en la habitación de al lado. Podía escuchar su respiración agitada. Apestaba a sudor y miedo, como un cerdo, un agente.

«Estás rodeado Valentino. Sal con las manos en alto. Y deja ir a la mujer».

«Michael», fruncí el ceño a Caterina.

Capítulo 10

Baja el arma, princesa

CATERINA

La furia que encontré en los ojos de Rex me hizo alejarme de él. Por supuesto, su primer pensamiento sería que papá había organizado esto. Y sí, toda esta escena parecía muy incompleta y papá parecía ser el único sospechoso. Pero me negué a creer que papá intentara matar a Rex. O peor aún, que contaba con la ayuda de Massimo, su propio hijo. Porque la única razón por la que pensé en venir a buscar a papá aquí fue porque Massimo me había dicho que papá quería verme en nuestra casa de East Hampton.

Mierda. Esto era realmente malo y no ayudaba en absoluto en mi caso. No era idiota. La razón por la que todavía estaba de pie en este momento era por los sentimientos de Rex hacia mí. ¿Qué había dicho Rex antes? *Actuar primero, preguntar después. Así es como nos mantenemos vivos.* Estaba intentando con todas sus fuerzas de no matarme. Pero mi familia parecía empeñada en hacerle cambiar de opinión.

No, esto no podía ser todo. Mi familia no me haría esto. Aquí había algo más en juego. Alguien más había traicionado a Rex. «Rex. Tienes que creerme. Este no es papá».

«Por el amor de Dios, Caterina. Mira a tu alrededor. Mi equipo se ha marchado. Incluso Aaron ya no responde. Esto fue una emboscada. Y la única razón por la que caí en la trampa eres tú». Me señaló con un dedo, mirándome con dagas como si fuera su enemiga. «Debería haberlo sabido. Todo era una mentira».

«¿Qué? No. Lo tienes todo mal. No sabía que esto sucedería. Ni siquiera sé quién está ahí afuera». Presioné mi espalda contra la pared y miré hacia la sala de estar.

Mi corazón se hundió. La última vez que vinimos aquí, mamá todavía estaba viva. Todavía éramos una familia. Estábamos juntos. La alta ventana enmarcada en madera oscura y con el jardín inglés más allá parecía un cuadro de Monet. A mamá le encantaba esta casa por la espectacular vista. Ahora mi casa estaba a punto de convertirse en una de esas escenas de asesinatos de las películas.

«¿Quién es?».

«¿Mi conjetura? El FBI».

«Él sabe quién eres». Volví a mirar al extraño en mi casa. Él encontró mi mirada desafiante, como si viviera aquí.

«Somos solo tú y yo, Rex. Estoy aquí para recibirte». El hombre habló por el pasillo. «Sal».

«Tal vez solo quiere hablar», busqué la mano de Rex, pero él dio un paso atrás.

«No seas tan ingenua, Caterina», levantó su arma y apuntó al frente. «Si quisiera hablar, habría venido al ‘Crucible’. Si quisiera arrestarme, habría traído un equipo».

Mierda. Por supuesto que Rex tenía razón. Si el FBI hubiera pescado un pez tan grande como

Rex Valentino, habría un equipo de noticias y un equipo SWAT completo afuera. En cambio, ¿un solo hombre le estaba pidiendo a Rex que amablemente saliera y me dejara ir?

«¿Estás diciendo que papá o el FBI enviaron a un profesional para matarte?».

«No es lo uno o lo otro. Michael está trabajando con el FBI. Te usó para servirme en bandeja de plata. Conocí a uno de ellos en Ibiza. Esto es personal para él y no tiene ningún interés en respetar la ley. Él me quiere muerto». Su mirada se desplazó de un extremo de la casa al otro.

«Podemos salir por la puerta principal y llegar a Aaron».

«No. El imbécil trajo algún tipo de refuerzo. Quiere hacer las cosas en silencio, pero estoy seguro de que, si nos marchamos, me dispararán. ¿Quizás haya un francotirador?». Estiró el cuello para ver por la puerta principal. Pero todo lo que yo podía ver allí era su camioneta vacía.

«Basta de charlas», volvió a gritar el hombre, «acabemos con esto. La mujer se va ahora».

«Rex, te juro que no tuve nada que ver con esto. Tienes que creerme». Acuné su mejilla. Cuando él no se alejó, seguí adelante. «Me pediste mi confianza. Y te la he dado. Ahora te pido que me devuelvas el favor».

«Carajo, Caterina. No debería, pero confío en ti. Haz lo que él dice. Vete».

«¿Qué? No, no puedo dejar que lo enfrentes así. ¿Quién diablos sabrá lo que planea hacer? Quizás tenga más tipos escondidos en la casa. Tal vez te ate y haga estallar una bomba o algo así». Mi mente estaba dando vueltas con todas las cosas malas que podrían pasarle a Rex. Había literalmente un millón de cosas que podían salir mal. Lo único que era seguro asumir en este momento era que el imbécil del otro lado de la pared quería matar a Rex. «Tienes que venir conmigo».

«¿Qué te parece?». Pasó sus dedos por mi mejilla y se rió entre dientes. «Realmente te importa si muero».

«¿Qué tiene de gracioso?».

«Aunque me alegro de que finalmente estés pensando como una mafiosa, no puedo dejar que te quedes. Tienes amigos en la zona. Ve a buscarlos y regresa a la ciudad». Agarró mi cabello por la nuca y me acercó para darme un beso desesperado que se sintió como un adiós.

Mi pecho se apretó mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Esto no estaba sucediendo. Rex y yo necesitábamos más tiempo. Solo habíamos pasado una noche juntos. Pensé que tendríamos más tiempo para estar juntos y conocernos mejor. Apreté los ojos con fuerza para aclarar mi visión. No era justo. El FBI no podía simplemente presentarse en mi casa y matar al hombre que amaba como si no fuera nada, como si no importara.

Agarré la solapa de su traje oscuro y le susurré al oído, «Buscaré ayuda. Alguien debería poder ayudarnos».

«Vete ahora», me sonrió.

No me gustó ver resignación en sus ojos. No me gustó que no me estuviera contando su plan. Aunque si se parecía en algo a Enzo y Massimo, no tenía ninguna duda de que planeaba luchar y disparar para salvarse. Ese plan funcionaría si supiéramos con certeza que solo habría un tipo esperándolo. Con el corazón latiendo con fuerza en la garganta, hice lo que Rex me pidió, solo porque no podíamos quedarnos en el pasillo todo el día. Tal vez Rex podría esperar a que encontrara a Aaron y al resto de su equipo.

«Me voy ahora». Mi voz resonó en el vestíbulo mientras caminaba hacia la entrada principal. Miré a Rex y articulé, «Te amo».

Cerré la puerta detrás de mí. En un instante, se escucharon disparos dentro de la casa. Por mucho que quisiera darme la vuelta y volver a entrar, me obligué a correr hacia la camioneta para buscar a Aaron. Por ahora, él era el único que podía salvar a Rex. Lo encontré del lado del

conductor, sangrando e inconsciente. El agente que estaba dentro no estaba solo. Por alguna razón, tenían muchas esperanzas de mantener todo esto en secreto: esto era una ejecución. Estaban aquí por Rex. Las lágrimas nublaron mi visión, pero las sequé.

«Aaron». Me tapé la boca con una mano temblorosa para amortiguar mis sollozos.

Toma una gran bocanada de aire.

Me imaginé la voz de Rex en mi cabeza. Al principio me costaba respirar, pero después de algunos intentos logré controlarme. Jesús, había venido aquí para demostrar la inocencia de papá y ahora iba a tener que luchar por la vida de Rex. Pero, ¿cómo? Escaneé el área a mi alrededor.

Todo lucía como lo recordaba: la calle tranquila, el cielo azul claro y la brisa salada. El arrullador susurro de las olas rompiendo en la distancia llenó el aire. Y entonces recordé un detalle más. A principios de la primavera, la mayoría de las casas a nuestro alrededor estaban vacías. Si alguien quisiera ejecutar a una persona, este sería un lugar y momento bueno y desolado.

Una vocecita en mi cabeza susurró un montón de teorías incoherentes. Principalmente, que papá hubiera sabido este pequeño detalle de nuestro hogar. Dejé el pensamiento a un lado. Por ahora, tenía que concentrarme en ayudar a Rex porque una cosa era segura: nadie vendría a ayudarnos.

Sacudí a Aaron unas cuantas veces más y le di una suave palmada en la mejilla. Se movió y el alivio me invadió. «Dios mío. Estás vivo».

«Compruebe el pulso la próxima vez», murmuró.

«Recordaré eso». Intenté reírme, pero sonó más como un chillido. «Rex está en problemas». Lo ayudé a sentarse contra la llanta del SUV. «Te han disparado».

«Sí. Tres veces». Hizo una mueca y se abrió la chaqueta para mostrarme su chaleco antibalas. «Duele como la puta madre. Pero no estoy muerto. ¡Oh, lo siento!».

«No te preocupes». Agité mi mano en señal sin importancia. Las malas palabras en ese momento eran la menor de mis preocupaciones. «¿Puedes establecer contacto con tu equipo? ¿Por qué se fueron?».

«Antes de que me golpearan, Frank dijo que había recibido un mensaje de texto de Rex diciéndoles que regresaran a la ciudad». Se llevó la mano a las costillas. Estaba vivo, pero no tenía dudas de que tenía algunos huesos rotos.

«Eso no es bueno». Fruncí los labios porque ahora las cosas empezaban a parecer que mis hermanos tenían algo que ver con esto. Anoche estuvieron en el edificio de Rex. «Hackear suena como un trabajo interno».

«Sí, así es». La mirada que me lanzó decía que culpaba a mi familia. Entonces sus ojos se agrandaron. «Señorita Alfera».

«También lo escucho. El tiroteo cesó. ¿Por qué?».

«Si no continúan pronto, diría que se quedaron sin municiones». Tosió y se tocó el estómago.

«Trae a tus hombres de vuelta aquí». Hice ademán de levantarme y vi su teléfono atrapado debajo del neumático. Tenía la sensación de que Aaron lo había escondido cuando le dispararon. Dios, estos muchachos siempre estaban listos, siempre anticipando su próximo movimiento.

«¿A dónde va, señorita Alfera?», él frunció el ceño hacia mí.

Sabía exactamente adónde iba y estaba enojado porque no podía detenerme. Rex también lo estaría, pero no tenía elección.

«Jesús, joder. Al menos lleve un arma con usted. Mande todo al infierno».

«Por mucho que me guste tu plan, no sé disparar un arma. Mamá odiaba las armas. De alguna manera terminaré pegándome un tiro».

«Entonces, ¿qué va a hacer? ¿Matar a ese imbécil con pura amabilidad?».

«No. Consíguenos ayuda». Señalé su teléfono y regresé a la casa.

Cuando crucé el umbral, fue como si hubiera ido a otra dimensión. En los diez minutos que estuve fuera, Rex y ese imbécil habían logrado destruir el lugar. Las almohadas decorativas del sofá estaban hechas trizas, junto con todas las chucherías de la repisa de la chimenea. Por suerte, las espadas de papá todavía estaban intactas y colgaban entrecruzadas sobre la chimenea. La luz del sol entraba por la ventana y hacía que el acero brillara con un tono elegante. Alguien las había limpiado recientemente. Papá había estado aquí.

La última vez que practiqué lucha con espadas fue con Enzo. Lo habíamos hecho para entretener a mamá. Ella había estado muy feliz ese día, especialmente después de que vencí a Enzo. Cada vez entendía más las razones detrás de todo lo que mamá hacía por mí: el departamento, mi carrera, entrenar con mis hermanos. Sabía que algún día volvería al mundo mafioso de papá. Y ella quería que yo estuviera lista.

En el comedor, detrás de la cocina, se oyeron disparos ahogados. Al mirar el desorden caótico que dejaron en la sala, con mesas derribadas y vidrios por todos lados, tuve que adivinar que habían comenzado a lanzar golpes. Lo único que podía esperar era que el agente no hubiera traído un arsenal completo y que realmente se hubiera quedado sin balas.

Arrastré una mesa de café hasta la repisa y me subí a ella. Cuando agarré la empuñadura de la espada, me sentí más en control y menos damisela en apuros. Quizás no tenía los instintos mafiosos de Rex y Aaron, pero sabía empuñar una espada. Con el corazón latiendo con fuerza, caminé de puntillas hacia la cocina, donde una nube de humo flotaba cerca del suelo.

«Shh». Una mano se cerró sobre mi boca.

Luché hasta que mi cuerpo reconoció la sensación familiar de Rex. Cuando me soltó, me volví hacia él. Esperaba encontrarme con una de sus miradas furiosas e intimidantes, pero lo que encontré fue a un Rex muy confundido.

«¿Volviste por mí?».

«Te dije que lo haría».

«No debiste haberlo hecho. Este tipo está loco. Soy como una especie de premio para él». Frunció el ceño en dirección al comedor. «¿Qué demonios es eso?».

«Es una espada». Hice seguir su línea de visión para encontrar al imbécil que nos perseguía.

«¿Sabes cómo usarla?». Hablaba lentamente, como se le hablaría a un animal herido... o a una persona trastornada.

«Claro, apuntas y apuñalas». Quería tomar la situación a la ligera porque Rex parecía estar a punto de perder el control. «Por supuesto que sí. Llevo entrenando desde los doce años. Pensé que sabías todo sobre mí».

«Qué curioso», frunció el ceño mirando mis manos. «No sabía nada de esto».

Había sido idea de papá. Una respuesta al disgusto de mamá por las armas. Al principio, mamá no estaba muy entusiasmada con eso. Pero luego se enfermó y cambió de opinión. Supuse que era porque ella pensaba que le quedaba muy poco tiempo y no quería gastarlo discutiendo con papá. Ahora sabía que era porque ella se había enterado de mi matrimonio concertado con un capo de la mafia.

«No tan rápido, princesa». El tono del hombre y la espada que nos apuntaba a ambos, enviaron un escalofrío por mi espalda.

Había agarrado la otra espada de papá de la pared. ¿Sabría pelear?

«Alto. No pelearé más contigo». Rex levantó las manos en señal de rendición.

«Sí, hemos terminado aquí», él se rió. «Baja el arma, princesa».

Al igual que Rex, el idiota no creía que yo pudiera luchar contra él. Ese fue el momento en que perdí la cabeza. Una avalancha de emociones se apoderó de mí. Esquivé su espada, agarré la empuñadura con las dos manos y la giré, apuntando a su cabeza. ¿Cómo se atrevía a entrar así en mi casa? ¿Cómo se atrevía a intentar matar al hombre que amo y culpar a papá? Golpeé una y otra vez. La sorpresa en sus ojos cuando se dio cuenta de que tenía intención de pelear con él fue casi ridícula y eso me dio la oleada de coraje que necesitaba para seguir adelante.

Dejé que la ira que había estado hirviendo en la boca de mi estómago saliera a la superficie. Y sí, vi rojo. El imbécil realmente pensó que había ganado. Le dejé creerlo, estableciendo un ritmo rápido, uno que sabía que podría mantener durante varios minutos. Había estado persiguiendo a Rex por toda la casa. Tenía que estar físicamente cansado y eso me daba una ventaja.

Retrocedió y yo lo seguí con un golpe tras otro. Solo borrar esa sonrisa de su rostro me hizo deleitarme con el momento. Pero no tenía un instinto asesino. A pesar de todo el odio que sentía por él en este momento, sabiendo que uno de nosotros tenía que morir, todavía no podía verme terminando esta pelea con mi espada en su vientre.

Con un último golpe, le quité la espada de la mano y cayó hacia atrás mientras tropezaba con una de las mesas de café derribadas. Tenía que acabar con él. Me encontré con su mirada. El miedo en sus ojos me decía que sabía lo que vendría después.

Aunque esta no era yo.

Capítulo 11

Un trato con el diablo

REX

«Caterina, déjame hacerlo». Extendí mi mano frente a ella para sacarla del trance en el que se encontraba. El imbécil merecía morir, pero no por su mano. «Esta no eres tú, amor».

«No», ella sacudió la cabeza mirándolo con una especie de odio que nunca había visto en sus ojos. Ella se acercó, añadiendo presión para hacerlo sangrar.

El hombre se rió entre dientes.

Me quedé estupefacto ante su forma. De alguna manera, parecía más alta sosteniendo una espada en el cuello del agente. No tenía idea de que Caterina pudiera pelear así. No solo eso, sino que también había luchado contra un agente entrenado y había ganado. Michael habría tenido que trabajar muy duro para ocultarme este pequeño secreto. ¿Cuál había sido su plan? ¿Enviar a Caterina a mi cama y luego hacer que me cortara el cuello en medio de la noche? No, ella no haría eso.

Excepto que ahora allí estaba ella, con un hombre a sus pies, lista para reclamar su premio. Caterina no era una mafiosa. Era directora de marketing en una empresa de publicidad. Tenía un trabajo normal y una vida normal.

Su madre me lo había advertido. Prácticamente me rogó que nunca dejara que eso sucediera. Anna no quería que su hija se convirtiera en uno de nosotros; una asesina despiadada con un incesante apetito de poder. En lo más profundo de su mente, debía haber sabido que Michael intentaría utilizar a Caterina de esta manera. Le había prometido a Anna que nunca dejaría que su hija siguiera este camino. Y, sin embargo, aquí estábamos.

Dos días después de ceder ante mí, estaba en la casa de la playa de su familia, amenazando con quitarle la vida a un hombre para salvar la mía. Porque incluso si ella no entendía las reglas de mi mundo, sí entendía esto. El agente no podía salir vivo de aquí. Porque si lo hiciera, eventualmente regresaría por ella y por mí. Pero esta no era su cruz. Caterina no era una asesina... yo lo era.

Me arrastré hacia la espada que había aterrizado a unos metros de mí después de que Caterina se la arrancara de las manos al agente. Mi mente se aceleró mientras trazaba los diferentes escenarios que nos sacarían de este aprieto. Tenía muchas preguntas para él. Aunque dudaba que tuviera la oportunidad de preguntarlas. Sus hombres podrían estar preparándose para irrumpir mientras nosotros estábamos aquí. Tenía que irse ahora. Pero, ¿qué haría el equipo del agente tan pronto como supieran que estaba muerto? Tal vez había una manera de mantenerlo con vida y obtener algunas respuestas de él después de todo.

«Debiste haberte ido cuando tuviste la oportunidad», escupió.

Todo el aire fue succionado de la habitación cuando golpeó a Caterina en el estómago y le

quitó la espada. Si ella había dudado antes en asestar el golpe final, él había hecho exactamente lo contrario. En un único movimiento fluido, giró la espada y fue hacia su costado como si quisiera cortarla por la mitad. Nunca había sido entrenado en el manejo de la espada, pero mi instinto de supervivencia y mi necesidad de salvar a Caterina surgieron de inmediato.

El fuerte ruido de metal contra el metal taladró mis oídos. Y entonces todo quedó en automático y en cámara lenta. Lo había bloqueado unos centímetros antes de que la cortara. Desde donde yacía en el suelo, no podía igualar mi fuerza. La sangre caliente bombeó a través de mí mientras consideraba las diferentes formas en que podría haber lastimado a Caterina. Todas las formas en las que realmente pretendía hacerlo. Tal vez la había dejado ir antes, pero ahora algo había cambiado. La consideraba una amenaza.

Él había tomado la delantera antes porque Caterina era una buena persona. Porque quería darle una segunda oportunidad. Porque ella no era una maldita asesina. Me importaba una mierda si él merecía vivir o no. Había atacado la persona que más amaba en este mundo. Golpeé mi pie contra su manzana de Adán y presioné con fuerza hasta que soltó su arma.

«Debiste haberte ido cuando te quedaste sin balas», le atravesé el vientre con la espada. «¿Quién carajo te envió? Responde rápido y dejaré que tus hombres te lleven con ellos. Puedes sobrevivir a esto».

La sangre ya se había filtrado a través de su ropa y su hedor persistía espeso y pesado en el aire. «Sabes que no funciona de esa manera». Hizo una mueca de dolor, acunando su estómago.

Caterina entró en mi campo de visión, a solo unos metros de distancia. Las lágrimas llenaron sus ojos y sus cejas se juntaron. «¿Quién lo envió?».

Yo tenía algunas ideas y estaba seguro de que ella también. Desde el momento en que Caterina salió por la entrada principal, el agente había estado intentando matarme con todas sus fuerzas. El imbécil sabía exactamente quién era yo y el tipo de acceso que tenía a información crucial de La Sociedad. Pero nunca intentó negociar conmigo. No estaba interesado en los nombres de los miembros de La Sociedad ni en ninguna de nuestras empresas ilícitas. Simplemente quería mi cabeza en una bandeja, como si fuera una especie de premio de caza.

«Creo que Michael le prometió que le permitiría unirse a nuestra familia si me mataba».

«No vine aquí solo». Sonrió. No era una confesión, más bien una amenaza para recordarme que aún no habíamos ganado.

«Caterina», le hablé suavemente mientras mantenía mis ojos en el agente. «Sé que hay mucho que asimilar en este momento. Pero esto no ha terminado. No estamos a salvo. Ayúdame a encontrar algo para atarlo. Ve», levanté la voz y eso pareció devolverla a la realidad.

«Aaron está herido. Pero está tratando de conseguir a tu equipo. O al menos dijo que lo intentaría».

«Bien. Eso es bueno. Lo hiciste bien». Solté la espada y comencé a revisar los bolsillos del agente. «A ver si puedes encontrar algunas bridas en la cocina».

«Sé dónde las guarda papá», lo dijo desapareciendo en el pasillo. Cuando regresó, tenía un paquete completo de ellas y las colocó junto a él. «¿Lo vas a dejar ir?».

«Haré que el equipo de limpieza lo recoja». Me encontré con su mirada, esperando que entendiera lo que quería decir. Sus posibilidades de sobrevivir a una puñalada en el estómago o a la infección que seguramente se produciría en breve, eran nulas, por lo que no ofrecí más información. No tenía nada que perder. «Tenemos que irnos antes de que sus hombres vengan a buscarlo».

«¿Por qué estaba aquí solo?».

«¿Mi suposición? Arrogancia. Pensó que podría conmigo solo». No pensé que ella estuviera

lista para escuchar mis otras teorías. Todo el escenario parecía una prueba de mafiosos, recibes lo que matas.

«Regresaste por él», el agente miró a Caterina con el ceño fruncido, desvió su mirada hacia mí por un momento mientras lo ataba, y luego volvió a mirarla. «Traicionaste a tu propia familia. Conmigo lo habrías tenido todo».

¿El trato incluía a Caterina? Se me retorcieron las entrañas cuando me di cuenta de que había un cien por cien de posibilidades de que Michael hubiera vuelto a ofrecer a su hija. ¿Por qué si no el agente no querría matarla al principio? Su objetivo era matarme y quedarse con todo. Maldito imbécil, ¿cuándo dejaría Michael de pensar en su hija como una mercancía?

Un pequeño destello de reconocimiento brilló en sus ojos verdes. Finalmente sabía o había aceptado quién era su padre y lo que intentaba hacer. Cuando ella avanzó hacia él con los puños en alto, se desató el caos cuando las balas atravesaron las ventanas y golpearon la pared detrás de nosotros. Los disparos fueron amortiguados, pero el vidrio que estalló en la sala de estar no.

«Abajo», me lancé hacia ella y la tiré al suelo. «¿Dónde diablos están Aaron y Frank?».

«Ya deberían estar aquí», Caterina enterró su rostro en mi pecho, agarrando la parte delantera de mi camisa.

Saqué mi teléfono del bolsillo trasero y llamé a Aaron. Cuando respondió al primer timbre, resoplé. «Aquí tenemos la situación bajo control. ¿Cual es tu estado?».

«Tenemos francotiradores. Tres. Pero la caballería acaba de aparecer. El helicóptero también está en camino. Pasando el jardín, hay una pista de aterrizaje, ¿pueden llegar a ella?».

«Vamos en camino. Aquí también se necesitará un equipo de limpieza».

«De acuerdo, jefe».

Guardé mi teléfono en mi bolsillo y acuné la mejilla de Caterina. «Tenemos que irnos, amor. ¿Cuál es la forma más rápida de llegar a la plataforma de aterrizaje?».

«No tenemos eso».

«Aaron dice lo contrario. Pasando el jardín, ¿hay una gran zona plana?».

Cerró los ojos con fuerza y tragó. La abracé con más fuerza. Pensar con las balas silbando sobre la cabeza no era una tarea fácil. Después de unos segundos, ella finalmente asintió. «A través de la cocina. Por donde llegamos. Es un paso recto más allá de la fuente de agua».

«Bien. Cuando te diga que vayas, corres».

«No me iré sin ti».

Todavía no podía acostumbrarme a la idea de que Caterina me quería. Me amaba lo suficiente como para arriesgar su vida por mí. La ocasión no lo requería, pero no me importó. Tomé su mejilla y besé sus labios. Fue un beso duro y desesperado, una promesa de que no iba a perderme.

«Iré justo detrás de ti».

La habitación se quedó en silencio y se convirtió en un zumbido bajo, o tal vez era solo que me zumbaban los oídos. Esa era nuestra pequeña ventana de oportunidad. «Hagas lo que haga, no mires atrás. Ve. Ahora». La ayudé a ponerse de pie y la envié.

Al otro lado de la sala, junto a la puerta de cristal, el agente yacía sobre un charco de su propia sangre. Parte de ella ya estaba seca y obviamente debido su puñalada. Pero gran parte de ella también estaba fresca y todavía manaba de una nueva herida de bala en el pecho. No sabía si los tipos que estaban allí sabían que su hombre había fracasado en su misión de matarme. Pero para mí era obvio que el agente ya no les era útil.

«Deberías haber sabido que no tenías que hacer un trato con el diablo», susurré.

Siguiendo las instrucciones de Caterina, corrí por el pasillo hasta la cocina. Afuera, vi su

cabello ondeando con la brisa, en lo profundo del jardín inglés que rodeaba la casa. Los francotiradores no le disparaban. Le alegraría saber que su padre no la quería muerta.

El dulce estruendo del helicóptero me hizo mirar hacia arriba y correr tras Caterina. A los dos pasos del claro, un hombre me asaltó, justo cuando más balas pasaban por encima de mi cabeza. Jesús, estaba listo para que terminara este día de mierda. Rodé por el suelo, pero cuando intenté levantarme, el hombre que me había tacleado se quedó en el lugar. Todo había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo de reconocer los ojos de Frank detrás de la máscara.

«Tienes suerte de que no tengo mi arma conmigo».

«Lo siento, señor. El imbécil se escapó. Por mucho que nos gustaría mantener viva a la señorita Alfera, usted es nuestra prioridad».

«Sí, lo sé». Me senté en cuclillas, mirando a Caterina a lo lejos mientras subía al helicóptero. «No puedo alcanzarla. Si hay un tipo suelto, podría intentar atacarme si me uno a ella». Pasé una mano por mi cabello. De repente, cada respiración se sentía como pequeños cuchillos en mi pecho. «Haz la llamada. Diles que se vayan».

«Sí, señor», Frank permaneció agachado mientras hablaba rápido por el auricular. «Entendido».

Tan pronto como pronunció las palabras, el helicóptero despegó y rápidamente desapareció en el horizonte. Me encontré con la mirada de Frank. La preocupación en sus ojos estaba justificada. Acababa de despedir la única moneda de cambio que tenía con Michael. No tenía ninguna duda de que, si hoy hubiera aparecido solo en la casa de la playa, Michael habría dado la orden de volar el lugar, al diablo con sus vecinos.

Pero Caterina había venido conmigo. No había tenido más remedio que actuar, usar silenciadores e incluso enviar un agente que pudiera manejar una espada. Caterina había vuelto por mí. Había arriesgado su vida por mí. Y eso era algo que Michael no había previsto.

Esperamos un minuto más ocultos entre los setos cuidadosamente recortados cerca de la fuente de agua. El dulce olor de las azaleas se mezclaba con la pólvora en el aire y me hizo pensar en Anna y su advertencia. Ella tenía razón. Esta vida de mafioso manchaba todo lo que tocaba. No llevaba aquí más de una hora y este lugar ya se había ido a la mierda. Caterina merecía algo mejor que pasar el día literalmente esquivando balas.

Tenía que dejar de pensar en eso. Caterina me amaba. Eso significaba que mi promesa a su madre se había cumplido. Caterina había decidido quedarse conmigo. Este incidente era sobre Michael y no tenía nada que ver con Caterina y conmigo.

«Señor, parece que tenemos la situación bajo control». La voz de Frank me trajo de vuelta al presente. «Y tenemos un vehículo»

«Buen trabajo», me puse de pie y me sacudí el polvo de los pantalones. «¿Alguna noticia sobre dónde podría estar Michael?».

«No. Estuvo aquí esta mañana. Creemos que despegó justo después de que recibimos un mensaje para cancelar la misión». Se miró las manos. «Señor, debería haberlo sabido mejor».

«Esto no depende de ti», le di unas palmaditas en la espalda.

Frank era mi mano derecha. Confiaba en él sin reservas. Esto había sido orquestado por alguien más. Alguien con acceso al ‘Crucible’ y a mi ático.

Tuve que admitirlo. La confianza inquebrantable de Caterina en su padre me había hecho dudar de mis propias conclusiones sobre Michael. O tal vez simplemente no quería verla sufrir como lo había hecho su madre cuando descubrió la verdad sobre su esposo, sobre todas las mentiras que le había dicho durante años y el trato que había negociado con La Sociedad.

Sí, Caterina me hacía desear que Michael fuera un mejor ser humano. Pero el hombre y la

vida que Anna creó para su familia no eran reales. El hombre al que Caterina llamaba papá no existía. Y ahora que Anna se había ido, ya no tenía motivos para fingir.

Mirando a mi alrededor, con la devastación que había quedado atrás, supe una cosa con certeza. El rey despiadado había regresado. O nunca se había ido. De cualquier manera, él vendría por mí.

«¿Adónde, jefe?», Frank se puso firme mientras el resto de mi equipo se unía a nosotros uno por uno.

Eran un batallón pequeño, bien entrenado y letal. ¿Por qué Michael había pensado que hoy tendría una oportunidad? Claro. Porque pensaba que Caterina me debilitaba. A la mierda. ¿Tenía razón en eso? Por supuesto que sí. Había entrado en su trampa.

Un vistazo rápido a la fila de hombres me decía que hoy no habíamos perdido a nadie. Pasara lo que pasara, tenía que asegurarme de que siguiera así. La Sociedad ya había perdido suficientes miembros. Tal vez ya era hora de que dejara de pensar con mi polla.

«Caterina me había pedido que la acompañara aquí porque su hermano Massimo le había dicho que Michael se quedaría en casa. ¿Qué tal si le hacemos una visita? Ya me había cansado de jugar al buen chico».

Capítulo 12

Enloqueciendo por la duda

CATERINA

Me recosté en mi asiento y dejé que el ruido sordo del helicóptero calmara mis nervios. Todo mi cuerpo no había dejado de temblar desde que dejé la seguridad de los brazos de Rex. Dejarlo fue lo incorrecto. Conmigo a su lado, al menos tenía una moneda de cambio. Esos hombres no querían hacerme daño. Lo querían a él. Toqué el hombro del piloto y él encendió mis auriculares.

«¿Logró salir?».

Lo último que vi cuando despegamos fue a Rex poniéndose a cubierto. Me había dejado ir porque no quería que el hombre que lo perseguía viniera tras de mí también. Si salía herido, sería enteramente culpa mía.

«Sí, lo hizo. La verá en el penthouse», inclinó la cabeza.

«Gracias».

Metí la cabeza entre las piernas e inspiré para aliviar los fuertes golpes en el pecho. El helicóptero viró a la izquierda, luego a la derecha, luego otra vuelta hasta que sentí que estaba flotando, sin rumbo. Ya casi estábamos de regreso en la ciudad y todavía no podía entender lo que había sucedido en la casa de la playa.

¿Así vivía Rex su vida? ¿En constante peligro y balas volando en cada giro? No era de extrañar que mamá había querido que su esposo e hijos se alejaran de La Sociedad y de todo su drama letal. Para ser justos, el incidente de hoy no había tenido nada que ver con las familias criminales, pero sí con papá. Porque ahora tenía que ser honesta conmigo misma, papá era todo lo que Rex había dicho. Le había querido dar un golpe a Rex. ¿Y lo peor? Me había utilizado para llegar a él.

Sin duda Massimo le había dicho lo que Rex sentía por mí. Me froté la sien mientras recordaba viejos recuerdos de papá, como viendo una película en la televisión. Lo vi enseñándome a andar en bicicleta, con su cara feliz mientras me miraba abrir regalos la mañana de Navidad y luego pelear con espadas entre nosotros. Él no era este mafioso asesino. ¿Cómo podría ser un esposo y padre dedicado, pero también un asesino?

Odiaba no haber podido hablar con él. Odiaba aún más que incluso con todas las pruebas acumuladas en su contra, todavía quería que me dijera que no era cierto. Que de alguna manera le estaban tendiendo una trampa. Durante veinticuatro años había sido un padre cariñoso. Ese tipo de vínculo era difícil de borrar o ignorar. Quizá Massimo tuviera una explicación para todo esto. Quería que hablara con papá. Tendría que saber qué diablos había pasado en la casa de la playa.

Llorar y esperar no iba a resolver mucho. Tenía que hablar con Massimo. Juntos podríamos encontrar a papá y descubrir cómo hacer que retrocediera.

«¿Cuanto tiempo falta?», hablé por el intercomunicador.

«Diez minutos», señaló el paisaje urbano más adelante.

Si Rex hubiera usado un vehículo para regresar a la ciudad, no estaría en casa hasta dentro de una hora más o menos. Eso me daba tiempo suficiente para llegar al departamento de Massimo, tener esa charla y luego encontrarme con Rex.

Tan pronto como aterrizamos en la azotea del edificio de Rex, apareció un nuevo guardaespaldas para escoltarme. Llegué a él y dejé que me acompañara hasta el ascensor y luego hasta el vestíbulo del penthouse.

Una vez dentro, me dirigí al carrito de la barra y me serví un whisky. Necesitaba algo para calmar mis nervios y, además, un poco de ese valor líquido nunca venía mal. Había muchas posibilidades de que Rex se enojara conmigo por haber salido a ver a mi hermano. Pero realmente necesitaba tener esta conversación en privado.

Papá había querido hablar conmigo. ¿No es así? Había pedido a Massimo que me llevara a los Hamptons para verlo. Entonces, ¿por qué se había marchado tan pronto como llegué allí? ¿Porque había llevado a Rex conmigo? ¿Había presionado a papá para que hiciera algo en contra de su voluntad? ¿O este había sido su plan desde el principio, después de que le dije a Massimo que me quedaría en casa de Rex? Las preguntas rebotaban en mi mente mientras tomaba mi bebida y me servía otra. Sin embargo, una cosa era segura. Tenía que dejar de poner excusas para papá. Massimo tendría que decirme la verdad, pasara lo que pasara.

«Me gustaría disfrutar mi whisky sola». Miré al guardaespaldas que estaba junto a la puerta. No se había movido desde que entramos. Si tuviera órdenes de quedarse, sería aún más difícil salir del edificio. «¿O vas a quedarte ahí y observarme hasta que llegue Rex?».

«Ya me iba». Él asintió y desapareció por la cocina al otro lado de la gran escalera.

Tenía órdenes de no alejarse, pero al menos no sentía que tenía que vigilarme como un halcón. Esperé otro minuto y luego salí por la puerta del ascensor. Presioné el botón de llamada varias veces, pero no pasó nada. Bien. Necesitaba una tarjeta de acceso. Entonces recordé que Rex me había dado el código para usar la puerta secreta que conducía a la sala de juntas de abajo. Desde allí, podía tomar el ascensor hasta el vestíbulo.

Con el corazón latiendo con fuerza, corrí hacia el acceso al otro lado del ascensor y abrí la puerta. Una descarga de adrenalina me recorrió mientras bajaba corriendo las escaleras. La primera vez que estuve en el nivel reservado para los miembros de La Sociedad, intenté escapar de Rex. Esa noche, este lugar parecía un laberinto.

Cuando llegué al nivel de la sala de juntas, ingresé el código clave que Rex me había dado y abrí la puerta con el hombro. Por los nervios o porque sentía que se me acababa el tiempo, salí corriendo por el pasillo alfombrado. Los relucientes candelabros que salpicaban el pasillo señalaban el camino hacia la salida. Tan pronto como llegara al nivel de la calle, podría tomar un taxi y estar en la seguridad del penthouse de Massimo en menos de veinte minutos. No era como si los malos me estuvieran esperando justo afuera del edificio de Rex, pero sabía que tenía que tener cuidado.

Si hubiera tenido mi teléfono conmigo, podría haber llamado a mi hermano para que viniera a buscarme. En mi prisa por ver a papá y aclarar las cosas, había dejado mi teléfono en la camioneta. Tomando nota mental de pedirselo a Rex más tarde, aceleré el paso. Una puerta se abrió detrás de mí y aceleré.

Había llegado a la mitad del pasillo cuando un brazo tiró de mí por la cintura. Después del día que había tenido, ni siquiera lo pensé antes de empezar a patear y gritar.

«Joder, Caterina. Soy yo», Rex me inmovilizó contra la pared, soplando aire caliente en mi

cara mientras luchaba por recuperar el aliento. «¿Por qué te ibas?».

«Necesito ver a mi hermano».

Parpadeó lentamente, presionando su duro cuerpo contra el mío. «¿Sola? ¿Por qué no me preguntaste?».

«Uno, porque no eres mi guardián», lo miré. «Y dos, porque no sabía cuándo volverías. Y no tenía teléfono».

«Pudiste haberlo pedido a cualquiera de los guardaespaldas». Apoyó sus manos a ambos lados de mí. «Me han disparado dos veces durante la última semana. Caterina, se me está acabando la paciencia. ¿Cómo te parece esto?».

«¿Qué quieres decir?».

«Nos emboscaron en la casa de tu padre. Por eso, no tuve más remedio que dejar que te marcharas sola, porque había más imbéciles disparándome. Y tan pronto como llego a casa, me dicen que estás intentando irte».

«Después de todo lo que hemos pasado hoy, ¿me estás diciendo que no confías en mí?».

«Estoy enloqueciendo por la duda, no voy a mentir». Se mordió el labio inferior mientras su intensa mirada buscaba la mía. «Cada vez que me miras así, cada vez que intentas dejarme, todo lo que quiero es atarte y follarte duro».

Su boca atrapó la mía en un beso chisporroteante. De repente, todo lo que había sucedido en la playa, los tiroteos, la lucha con espadas y la partida sin él, se derrumbó sobre mí como una avalancha de emociones. Había estado tan cerca de perderlo. Le rodeé el cuello con mis brazos y lo besé con toda la agonía que sentía.

Había estado tan perdida en su beso y en la forma en que su cuerpo se sentía contra el mío que no me di cuenta de que comenzó a acompañarme de regreso a la sala de juntas. Para cuando me orienté, él ya me estaba guiando dentro de la habitación y cerrando la puerta detrás de él.

«Lo siento», dije cuando me separé para tomar aire. «Todavía no puedo entender lo que pasó en la casa de la playa. Es demasiado horrible pensar que papá...», me detuve. Decir las palabras en voz alta lo haría real para mí.

«¿Me crees entonces?», me acarició la mejilla. «Michael quiere acabar con todos nosotros. Y yo soy el siguiente en su lista».

Asentí.

«Lo lamento», repetí, aunque sabía que no había nada que pudiera decir para compensar lo que había hecho papá. No solo con esto, sino también con todo lo demás. «Arruina tu vida y ahora está tratando de quitártela».

«Oye», ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. «Mi vida no está arruinada. No mientras pueda tenerte».

Deslizó su mano debajo de mi blusa y amasó mi pecho. La mirada acalorada en su mirada me indicaba que ya me había perdonado por el incidente de antes. Mi trasero chocó contra el borde de la mesa de conferencias de gran tamaño, y en el siguiente momento, estaba sobre ella con las piernas abiertas para hacerle espacio. Me quitó la blusa y luego el sostén.

«No creo que esta sala sea para eso». Pasé mis manos por sus hombros y subí por su suave cabello mientras su boca dejaba un rastro de besos calientes desde mi pecho hasta mi estómago.

«Es para lo que yo quiera que sea». Me desabrochó los jeans y los bajó hasta los tobillos. «En este momento, será el lugar donde entierre mi cara en tu coño».

El deseo se acumuló entre mis piernas al instante. En el fondo de mi mente, traté de encontrar las palabras para decirle que deberíamos subir, pero él ya estaba deslizándose su lengua por mi raja y no podía pensar con claridad.

El hombre podía hacer magia con la boca. Chupó, mordisqueó y lamió mi clítoris con precisión, como si pudiera leer mis pensamientos y supiera exactamente cómo necesitaba que me diera placer. Pasó de bañar mi palpitante capullo con atención, a calmar mi sexo hinchado con suaves besos y movimientos de su lengua.

«Rex», moví mis caderas hacia él.

«Lo sé. Debes ser paciente», retrocedió para quitarse la camisa.

En todo el tiempo, su mirada nunca abandonó mi coño, como si lo estuviera estudiando como un mapa. Una media sonrisa apareció en sus labios mientras presionaba una mano grande en el interior de mi muslo y continuaba con su dulce tortura. Esta vez, sin embargo, deslizó dos dedos por mis pliegues y luego dentro de mí.

Cuando movió mi punto G, ondulantes ondas de placer me atravesaron. Intenté aferrarme a ese sentimiento y no correrme, todavía no. Quería más de este éxtasis. Pero la chispa que ya había encendido no podía ser contenida. Ardía bajo su dedo índice y lentamente avanzaba poco a poco hacia afuera. Unos segundos más tarde, me corrí con fuerza en su mano y cara.

No me importaba que estuviéramos en una antigua sala de juntas destinada a reuniones importantes. No me importaba que no pudiera respirar completamente y que mis piernas estuvieran entumecidas. Simplemente no quería que se detuviera. Como si pudiera escuchar mis pensamientos, se apartó el tiempo suficiente para fijar su polla en mi entrada y sumergirse. Empujó con fuerza dentro de mí mientras yo disfrutaba de la última sensación de mi orgasmo. Justo cuando pensé que terminaría, comenzó de nuevo. Esa pequeña llama en mi núcleo y luego la gran liberación que hizo que mi corazón golpeará rápidamente contra mi caja torácica y mi garganta.

«Jesús, Caterina». Chupó con fuerza mi pezón mientras me bombeaba, acelerando para encontrar su propio clímax. Con un gruñido bajo, se liberó dentro de mí y luego se desplomó encima.

Acuné su cabeza contra mi pecho, deleitándome con su peso, los duros planos de sus abdominales bajo mi tacto y su piel caliente y sudorosa sobre mí. Jadeó sobre mis pechos y sonreí al techo. Me gustaba saber que yo era la razón de su agotamiento.

«Puedo perdonarte por casi cualquier cosa...», dijo apoyando las manos en la mesa para mirarme, «pero Caterina, si alguna vez me traicionas, no creo poder recuperarme».

«Nunca haría nada que te lastimara», toqué su mejilla, «no sabía que estábamos caminando hacia una trampa. Tienes que creerme. Te estoy diciendo la verdad».

«Lo sé». Se inclinó y rozó suavemente mis labios con los suyos. «Tenerte aquí se siente demasiado bien para ser verdad. Te he deseado durante tanto tiempo».

Su teléfono sonó en el bolsillo de su pantalón. Ni siquiera se los había quitado, solo los había bajado lo suficiente para liberar su polla. Me senté y esperé mientras presionaba el dispositivo contra su oreja.

«¿Qué pasa?». Habló por teléfono y luego me besó de nuevo, palmando mi pecho y frotando mi pezón. De repente, se detuvo y soltó un largo suspiro. «Sí, espera diez minutos y luego envíalo arriba». Terminó la llamada y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo antes de abrocharse los pantalones y el cinturón. «Tu hermano está aquí».

«¿Massimo? ¿Por qué?».

«Porque pedí a mis muchachos que lo trajeran. Yo también quiero hablar con él. Quiero saber por qué te envió a los Hamptons, sabiendo que Michael había enviado un equipo para matarme».

Pasé ambas manos por mi cabello y me tragué las lágrimas. Lo decía todo con total

naturalidad. Pero estaba hablando de papá. Me dolía saber quién era. «Massimo no tuvo nada que ver con eso».

«¿Lo sabes a ciencia cierta, amor?», se inclinó hasta que nuestras narices casi se tocaron. «Ya terminé con este juego de adivinanzas. Michael es demasiado cobarde para enfrentarme. Ahora Massimo tendrá que responder por él».

«¿Ahora él también está en tu lista de objetivos?».

«Eso lo decidirá él».

Dio un paso atrás para ponerse la camisa de vestir. Su mirada permaneció fija en mí, pero pude ver que sus pensamientos se alejaban de nosotros para dejar espacio a lo que nos esperaba arriba. Sus rasgos también se endurecieron, como si se estuviera preparándose para la batalla.

No lo había dicho, pero papá había sellado su destino con el truco que había hecho hoy. Ninguna súplica por mi parte podría salvarlo ahora. Pero Rex tenía que entender que, culpable o no, papá seguía siendo mi padre y no podía dejarlo morir.

«Vístete. Quiero acabar rápido con este espectáculo de mierda».

Capítulo 13

Estábamos viviendo una mentira

REX

Abrí la puerta del penthouse y le indiqué a Caterina que entrara. La mirada en sus ojos me decía que tenía un millón de preguntas pasando por su mente. Pero en este punto, me conocía lo suficiente como para dejarlo así. Tenía razón al no confiar en su familia.

Ella lanzó una mirada hacia la ventana. Las luces de la ciudad tocaban cada mueble y arrojaban un brillo azul sobre el suelo. Cuando no encontró a Massimo parado allí, subió las escaleras y fue directamente al baño.

Yo hice lo mismo. Por un lado, todavía podía sentir sus manos en mi cuerpo y el aroma de su excitación contaminaba cada respiración que tomaba. Necesitaba borrarlo todo y mantenerme concentrado. Caterina era una distracción peligrosa. Hoy, había demostrado cuán mortal se había vuelto mi amor por ella. Bajé la guardia por un momento y casi termino muriendo.

Ella retrocedió y me vio desvestirme y luego ponerme bajo el cálido rocío. Esto tenía que ser un récord para ella. Quería arremeter contra mí. Quería estar enojada conmigo. Pero ya no tenía excusas para su familia. Molesta, se sacó la blusa por la cabeza y luego dejó caer los jeans al suelo. Desvié la mirada y estudié el brillo y los diferentes tonos de gris en el mármol que recubría la cabina de la ducha.

Apoyé las manos en la piedra caliente y dejé que el agua me calmara y borrara el día. A mi lado, Caterina estaba debajo del segundo cabezal de la ducha, abrazando una bocanada de jabón contra su pecho. «¿Puedo al menos pedirte una cosa?».

Parpadeé lentamente y miré mi reflejo. «Eso depende de tu solicitud».

«¿Puedes escucharme primero? ¿De verdad me escucharás? Puedo ver que ya has tomado una decisión sobre él, así como lo hiciste con papá». Su respiración errática hizo que su pecho subiera y bajara.

Mierda, ¿por qué miré? Cerré el espacio entre nosotros. «Michael mismo le puso una diana en la espalda. Él hizo eso, no yo. Y sí, tomé una decisión sobre él hace dos meses. Pero por ti tomé un desvío. Uno que hoy, casi me cuesta la vida. Ya terminé de aceptar peticiones. Incluso si vienen de ti».

«Rex», deslizó su mano por mi pecho y por mi cabello.

Sus tetas se frotaban contra mí y maldita sea si mi polla no reaccionó al instante. Ella era un vaso lleno de agua en medio del desierto. Y ni a mi pene ni a mí nos importaba que aquello para saciar nuestra sed pudiera estar envenenado. Agarré ambas muñecas y me quité sus brazos de encima.

«Esta noche no, amor». Salí de la ducha y me dirigí al vestidor para vestirme.

Cuando regresé completamente vestido con un traje oscuro, ella estaba allí parada envuelta

en una toalla y luciendo tan sola que hizo que me doliera el corazón. «Te dije mas temprano, Massimo es quien decide si entra en mi lista de mierda o no».

«Lo sé. Lo siento».

Quería besarla. Pero si lo hacía, mi resolución se desmoronaría. Y tenía que demostrarle a Massimo que había terminado de jugar. Hermano o no, si Massimo se ponía del lado de su padre, si había estado involucrado de alguna manera en el atentado contra mí, no saldría de aquí esta noche. Al menos, no vivo.

Abajo, Massimo y su nueva novia EJ ya habían sido conducidos al salón. Caminaba a lo largo del sofá mientras EJ lo miraba con inquietud en sus ojos. Ella era la clave para obtener respuestas.

«Me alegro mucho de que pudieras unirme a nosotros». Me acerqué al carrito de la barra y me serví un whisky doble. «¿Puedo ofrecerles una bebida?».

«No, gracias», ella se puso de pie. Y por un segundo, no supe si estaba protegiendo a Massimo de mí o al revés.

«No creo que nos hayan presentado adecuadamente», le ofrecí mi mano. «Rex Valentino».

«EJ Colt». Se lamió los labios, mientras su mirada oscilaba entre Massimo y yo.

«He oído que tu madre está reaccionando positivamente a los tratamientos contra el cáncer. Debes estar emocionada».

La madre de EJ había sido admitida en el ensayo clínico debido a su conexión conmigo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y Massimo se abalanzó sobre ella porque entendía la amenaza implícita en mis palabras. «Así no es como quieres comenzar esta conversación, Rex».

«Michael, hoy me dio un golpe. Entonces sí, así es exactamente como quiero comenzar esta maldita conversación».

«Está bien, Massimo», dijo EJ.

«No deberías estar aquí», frunció los labios y se volvió hacia mí.

«No, ella no debería estar aquí. Pero tú la metiste en esto cuando junto con Mickey intentaron abatir su equipo en Atlanta». Inhalé. Este no era el momento de repetir cómo EJ terminó involucrada en todo este lío. Michael era la verdadera amenaza aquí. «¿Tuviste algo que ver con la emboscada en la casa de la playa? ¿Cómo supo Michael que Caterina vendría a verlo? ¿Cómo supo que estaría allí?».

«No puedo decir si estás enojado porque alguien te disparó o si estás perdiendo la cabeza porque no puedes decir con certeza que mi hermana no tuvo nada que ver con eso». Cruzó los brazos sobre el pecho.

EJ tomó su mano e inmediatamente relajó su postura.

Solo llevaban unas semanas juntos y ya tenían su propio lenguaje silencioso. Una punzada de celos se extendió desde mi vientre hasta mi pecho. Massimo no se equivocaba. Me estaba volviendo loco porque dondequiera que mirara, Caterina parecía culpable.

Miré hacia la gran escalera y volteeé dos veces. Caterina había elegido un vestido de coctel que abrazaba sus tetas a la perfección. Su cabello oscuro caía en espesos rizos sobre sus hombros y de alguna manera acentuaba sus ojos verdes. Jesús, ¿cómo se suponía que iba a mantener la cabeza erguida con ella parada a mi lado, con ese aspecto?

«Massimo», ella dio grandes zancadas a través de la habitación y lo abrazó a él y luego a EJ. «Lo lamento. Habría ido a tu apartamento, pero Rex se me adelantó».

«No te preocupes por eso». Frunció el ceño mientras contemplaba el rostro de Caterina. «Ya te lo contó, ¿no?».

«¿Sobre el matrimonio concertado? Sí, lo hizo. Lo sé todo».

«¿Y todavía quieres estar aquí?».

Ella se volvió hacia mí. «Sí».

Mi pulso se aceleró. Quería abrazarla y decirle que creía que era inocente. Pero eso sería una mentira. Bebí un sorbo de mi vaso. «Cuéntame sobre Michael».

«Papá quería hablar con Caterina y contarle lo que había hecho para que le permitieran dimitir. Hicimos planes para conducir hasta los Hamptons hoy y tener esa conversación tan esperada con él. Eso fue antes de la fiesta de anoche, antes de que supiéramos que estabas en el país. Cuando tú y yo hablamos el mismo día, todavía estabas en Ibiza». Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y esperó a que yo digiriera esa información.

Caterina no sabía que estaba en la ciudad. Esperaba verla en la fiesta de anoche y hablar con ella. Ni en un millón de años hubiera imaginado que terminaríamos juntos en la cama. Los acontecimientos de anoche pasaron por mi mente. Caterina había venido a mí porque me quería. Pensé en su imagen en el espejo, toda atada y medio suspendida. Ella había hecho todo eso por nosotros. No porque estuviera tendiéndome una trampa. Nadie era tan buen mentiroso.

«¿Cómo supo Michael que iba a ir?».

«No fuiste discreto anoche cuando Caterina y tú dejaron la fiesta. Cualquiera podría haberle dicho a papá que había pasado la noche contigo». Arqueó una ceja y cambió su peso de un pie al otro como si entendiera lo que había sucedido después y por qué.

Todo el mundo sabía lo que sentía por Caterina. Nunca había intentado ocultarlo. Ella era mía y necesitaba que todos supieran que estaba fuera de los límites de cualquier otro. Michael había tenido mi trabajo durante muchos años. Era un experto en comprender las debilidades de las personas. Aunque no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que, si Caterina pasaba la noche aquí, también estaría conmigo al día siguiente. Michael se había arriesgado a preparar su trampa, una apuesta que casi dio sus frutos si no hubiera sido por una información que no tenía.

¿Michael estaba realmente de acuerdo con matarme delante de su hija? ¿Poner su vida en riesgo de esa manera? Él, mejor que nadie, sabía que los inocentes siempre quedaban atrapados en el fuego cruzado. Pensé en cómo el tirador intentó hacer que Caterina se fuera antes de atacarme: un intento patético de mantenerla a salvo.

Me encontré con la mirada de Massimo. Al igual que yo, él se esforzaba por hacer lo correcto, no solo por EJ sino también por su hermana. Sabía que Caterina estaba enamorada de mí. Lo sabía y no se lo dijo a Michael, por lo que Michael no tenía forma de saber que Caterina se quedaría y me salvaría.

«¿Caterina te dijo que me amaba?», lancé a ella una mirada de reojo.

«Lo hizo», lo dijo poniendo los ojos en blanco. «No entiendo lo que ella ve en ti. Pero esa es su elección. Siempre iba a ser su elección».

«Le prometí a Anna que así sería».

«Yo también lo hice», me ofreció un rápido asentimiento y caminó hacia la barra. «Ahora que mi cabeza no está en la tabla de cortar, necesito un maldito trago».

«Massimo, ¿papá realmente está tratando de quitarle el asiento a Rex en el concejo?», Caterina se frotó la nuca. «Él no es así. Tú lo conoces».

«Leíste el contrato», Massimo bebió un trago de whisky y dejó escapar un suspiro. «Papá es capaz de eso y mucho más. A lo largo de los años, lo vi hacer algunas cosas de mierda. Y luego ocultárselo a mamá. Nos hizo mentir a Enzo y a mí por él, para poder fingir ser un hombre de familia, el hombre que mamá quería. Todo fue mentira, Caterina. Al principio, me dije a mí mismo que las estábamos protegiendo a ustedes dos. Pero ya terminé. Ésa es la verdadera razón por la que me fui después de la muerte de mamá. No podía soportar ver a papá conociendo toda

la mierda que había hecho».

«Estábamos viviendo una mentira», ella se miró las manos.

«No sé cómo, pero mamá se enteró del matrimonio concertado. Le rompió el corazón». Se pasó una mano por el pelo con una expresión de disgusto en el rostro. «Terminé con papá después de eso. No somos sus peones para usarnos como quiera».

Ella tragó, haciendo una mueca como si hubiera comido un amargo trozo de verdad. «Me vendió, me entregó al mejor postor y luego cambió de opinión solo porque quiere volver a ser rey».

«Lo siento, Bells. No debería haberte dejado sola. Pero no podía quedarme aquí y verlo hacerte esto. Rex era tu mejor opción, tal como había dicho mamá. Mis manos estaban atadas. Lamento no haber podido ni siquiera decirte la verdad». Él la abrazó con fuerza y ella sollozó dentro de su abrigo.

«Eso no fue tu culpa. El contrato no se puede romper», ella le sonrió y luego se volvió hacia mí. «Pero Rex nunca iba a obligarme a hacer nada».

«Se lo prometió a mamá. Pero, sinceramente, no estaba seguro de que cumpliera su palabra», dijo Massimo.

«No soy Michael».

El único aquí dispuesto a traicionar a los suyos para conseguir lo que quería era Michael Alfera. En el proceso, firmaba su propia sentencia de muerte. Todo lo que podía hacer era prometerles a sus hijos que no moriría a manos de mí. Pero había muchos miembros de La Sociedad, más que dispuestos, a verlo pagar por lo que nos había hecho. Había expuesto nuestros secretos. Una familia entera había sido aniquilada por su culpa. Incluso Caterina tenía que ver que merecía lo que le esperaba.

«Si me ayudan a detener a Michael, a cambio prometo dejarlo ir». Levanté la mano cuando los ojos de Caterina se iluminaron. «Yo lo dejaré ir, pero no puedo decir que la signora Vittoria o Santino Buratti hagan lo mismo. Estaban conmigo en Ibiza cuando nos encontramos con el agente especial Clifton. Había mencionado a Michael por su nombre».

«Estoy dentro. No por papá, sino por ti, Bells. No deberías empezar tu boda con las manos de tu marido manchadas con la sangre de papá», lo dijo encogiéndose de hombros.

Caterina se sonrojó y me miró fijamente. ¿No se había dado cuenta de que todavía teníamos que considerar nuestra boda pendiente? Supuse que yo tampoco. Pero eso tendría que esperar un poco más. Todavía teníamos el pequeño problema de encontrar al topo en mi organización. Santino se encargaría del resto por mí.

«Entonces, si no fuiste tú quien ayudó a Michael...», inspiré y la pesadez en mi pecho desapareció. Me sentía mucho más cómodo persiguiendo a un traidor que no era pariente de Caterina, «alguien dentro de mi círculo lo hizo».

«Tienes razón», Massimo se sentó junto a EJ, apoyando los antebrazos en las rodillas. Parecía más relajado y me di cuenta de que quería ayudarme a resolver este rompecabezas. No para salvar a su papá. Estábamos más allá de eso. Pero para hacer lo correcto. «No podría haber hecho esto solo».

«Aaron dijo que alguien había enviado un mensaje desde tu teléfono al equipo y les había indicado que abortaran la misión. Por eso no estuvieron ahí cuando aparecimos, cuando los necesitábamos». Caterina cerró tentativamente el espacio entre nosotros. «Necesitaría a alguien con conocimientos de tecnología. Y luego está ese tipo que quería matarte personalmente», ella se mordió el labio inferior.

«¿Qué pasó?», Massimo se pellizcó el entrecejo, mientras su mirada oscilaba entre Caterina y

yo.

«Cuando regresé a la casa para ayudar a Rex...».

«¿Hiciste qué?», con los ojos desorbitados preguntó Massimo.

«Relájate», ella hizo un gesto con la mano para calmarlo. «Se les habían acabado las balas y yo tenía la espada de papá».

«Ay, puta mierda», dejó caer la cabeza entre las manos y luego levantó la vista. «¿Luchaste contra él con una espada?».

«Y también ganó».

«Acaso tú...?», dejó que la pregunta quedara en el aire. ¿Caterina había matado a un hombre?

«No, no lo maté».

«Chicos, ese no es el punto», ella se movió para bloquear a Massimo de mi línea de visión.

«Papá ha estado planeando este golpe por un tiempo». Massimo se puso de pie y se dirigió nuevamente hacia el carrito de la barra. «Estoy dispuesto a apostar que todo comenzó cuando murió mamá».

«O cuando los federales fueron tras Caterina y tú».

Nunca había visto a un hombre perder tanto control tras la muerte de su esposa. Incluso si Michael hubiera hecho un trabajo mediocre para convertirse en un mejor hombre, todavía lo intentó por Anna.

Renunció a su puesto como rey. Eso me decía cuánto se preocupaba por ella. Pero ella se había ido ya, todos los instintos que había reprimido durante su matrimonio habían salido de él. Me imaginé que sería una especie de avalancha que había sido contenida precariamente por una pequeña mujer guerrera.

Miré alrededor de la habitación hacia Massimo, EJ y Caterina. Estaban de mi lado. Poco a poco, había bloqueado todos los peones que Michael tenía a su disposición. Ya había terminado. Pero todavía tenía que lidiar con el FBI, su lista de objetivos y los miembros de La Sociedad que querían que Michael volviera. Cualquiera que fuera el número, uno o cien, habían ido contra mí, sabiendo que la traición se castigaba con la muerte. Eso me enojaba y me ponía de un humor asesino. Me importaba un carajo si lo habían hecho por lealtad al viejo rey o porque no confiaban en mí. Pagarían lo mismo que Michael.

«Alguien te traicionó, Rex. Pero no fue nadie de los que estamos aquí en esta sala».

«Te creo, amor», tomé su mejilla. «Entonces, ¿cómo podemos atrapar al soplón?».

Capítulo 14

Mío

CATERINA

«Tu papá se puso como cebo. Eso funcionó bastante bien». EJ se encogió de hombros, mirando a Massimo y luego a Rex.

Massimo se llevó la bebida a la mitad de los labios y luego se detuvo. «Esa no es una mala idea».

«Tampoco es una buena idea», agarré los bíceps de Rex. Había cruzado los brazos sobre el pecho y parecía que realmente estaba considerando hacer lo que sugería EJ. Apreté de nuevo para llamar su atención. «No. No puedo pasar otro día como hoy. Tiene que haber otra manera», señalé a mi hermano. «Massimo puede hablar con papá. O puedo intentarlo yo. No hay ninguna razón por la que no quisiera hablar con nosotros».

«Puedo intentarlo», Massimo se frotó la barba incipiente de la mejilla. «Pero Bells, no me dijo qué planeaba hacer en la casa de la playa. Él sabe que no estoy de acuerdo con sus métodos. Y una vez que descubra que ayudaste a Rex, sabrá que tampoco puede confiar en ti».

Las lágrimas picaban mis ojos. Por supuesto que Massimo tenía razón, pero aún así me dolía saber que papá había elegido el poder sobre su familia, sobre mí. Me miré las manos y sacudí la cabeza con incredulidad. «No puedo perder más gente».

«Y no lo harás», Rex me rodeó con su brazo. «¿Qué tal si le damos un descanso por ahora?».

«Estoy de acuerdo», Massimo dejó su vaso. «Veré qué puedo descubrir con mi equipo. Algo como el golpe que papá está planeando requiere un montón de gente. Alguien tiene que saber algo».

«Está bien, ¿ves? Eso suena más a un plan», le sonreí a Rex.

«Vamos a casa ahora. Creo que todos necesitamos un poco de descanso», Massimo le ofreció la mano a EJ y luego se volvió hacia mí. «¿Vienes?».

«Caterina», Rex se puso rígido a mi lado. «Tú y yo tenemos un trato».

Mis mejillas ardieron porque recordaba absolutamente nuestro acuerdo. Rex me había dado tiempo para descubrir cómo ayudar a papá y, a cambio, había aceptado cumplir el resto de nuestro antiguo contrato. Eso significaba que todavía no podía salir de su penthouse. La cuestión era que tampoco quería irme.

«Me quedaré» me encontré con la mirada de Massimo. Sus cejas se arquearon mientras consideraba la situación. Yo era una mujer adulta. Si quería quedarme, no necesitaba su permiso. «Estaré bien. Este es el lugar más seguro de la ciudad».

«Como deseas», atrajo a EJ hacia él y arqueó una ceja hacia Rex. «¿La visita al poderoso rey incluye un viaje de regreso a casa?».

Rex se rió entre dientes. «Necesitaba asegurarme de no caer en otra emboscada. Tú lo

entiendes. Tomen el ascensor hasta el nivel del garaje. Mi chofer los llevará a donde quieran».

Cuando Massimo y EJ cerraron la puerta detrás de ellos, una sensación familiar de estar en casa me invadió. «¿Estamos bien?».

«Sí, amor. Estamos bien», besó mis labios. Como con todo lo que hacía Rex, su beso fue ardiente y absorbente. Exhaló un suspiro y presionó su frente contra la mía. «Te ves impresionante con ese vestido. ¿Por qué lo usaste? ¿Para confundirme?».

«No sé», miré el vestido de coctel de terciopelo y los tacones altos. «Sentí que necesitaba una armadura para esta conversación».

«¿Por qué?».

«Tenía miedo de que me enviaras lejos. Así que sí, tal vez estaba tratando de confundirte y hacer que me desearas». Deslicé mis manos por su duro pecho y apoyé mi cuerpo contra su longitud.

Su respiración se entrecortó. «Te quiero conmigo todo el maldito tiempo».

Su boca encontró la mía nuevamente. Me derretí en él mientras él me devoraba con un beso. Cada embestida de su lengua mezclada con whisky enviaba una cruda carga de puro placer a mi coño ya mojado. Lo quería dentro de mí otra vez. Quería que su enorme polla me llenara.

«Rex».

«Lo sé, amor», se apartó para mirarme.

Sus ojos azules mostraban todo el deseo que sentía y todas las cosas eróticas que quería hacerme. Mi pulso se aceleró y sentí calor y un hormigueo por todas partes. Y así, caí en un charco de deseo a sus pies. Cuando volvió a hablar, su tono era autoritario y muy seductor. Ay, mierda. Me excitó de inmediato porque sabía exactamente lo que diría a continuación.

«Nos vemos en el cuarto de Kinbaku», jadeó entrecortadamente. «Ahora».

* * *

A la mañana siguiente, me senté en mi escritorio sonriendo como una colegiala, mirando a la nada en la distancia.

«¿Hola?», Sarah agitó su mano frente a mi cara. «Tierra llamando a Caterina».

«Oh, lo siento. ¿Dijiste algo?».

«¿Te pregunté cómo estuvo tu fin de semana?».

Jesucristo. Nunca podría decírselo. Desde que Rex irrumpió en mi vida, cada momento era intenso y fuera de lo común. Rex no era el típico chico. Era un rey de la mafia. Para él, cada minuto de cada día era una cuestión de vida o muerte.

«Em... estuvo bien». Apreté mis piernas para aliviar el dolor entre ellas. Anoche, Rex me había hecho correrme dos veces en la sala de cuerdas antes de llevarme a su cama y follarme duro durante horas. Aunque ahora había amor entre nosotros, lo que hicimos anoche no podría llamarse de otra manera. Nuestro deseo mutuo era demasiado fuerte como para reducirlo haciendo el amor dulce y lentamente. «¿Y tú? ¿Hiciste algo divertido?».

«Encontré a un chico en Tinder y salimos. Estuvo bien. Vimos una película. Luego me llevó a un lugar que era un agujero en la pared pero que tenía la mejor pizza. Lo volveré a ver esta noche. Quizá tenga suerte». Se mordió el labio inferior y dejó escapar un largo suspiro. «Ya ha pasado un tiempo».

«Estoy feliz por ti», me estiré sobre el escritorio y le apreté la mano.

Un golpe en la puerta la sacó de su ensoñación. «Ay, Dios mío», ella saltó un poco en su asiento. «Yo voy», corrió hacia la puerta y la abrió.

Y entonces fue mi turno de sobresaltarme en mi asiento. Allí de pie, vestido con su habitual traje oscuro hecho a medida y luciendo más sexy de lo que tenía derecho a estar, estaba Rex. No lo había visto desde la última vez que me hizo venir, que había ocurrido hace unas doce horas.

Cuando me desperté a las seis de la mañana, él ya se había ido a trabajar. Entonces decidí hacer lo mismo. Ahora que sabíamos que papá estaba trabajando con el FBI, era seguro asumir que no corría ningún peligro inmediato. Supuse que Rex había llegado a la misma conclusión porque cuando le pedí a Aaron que me llevara a la oficina, él accedió sin consultar primero con Rex, lo que solo podía significar una cosa: Rex ya le había dicho que era seguro para mí salir. Mi corazón se derritió un poco al pensar que Rex siempre estaría ahí para cuidarme, incluso si nuestro acuerdo fuera poco convencional.

«No creo que nos hayan presentado antes. Soy Rex», la voz profunda de Rex retumbó justo debajo de mi ombligo.

«Sé quién eres. Eres el inversionista que quiere comprar nuestra empresa».

«Así es», una media sonrisa apareció en sus labios. «También soy ese».

«Soy Sarah», ella estrechó su mano extendida, mientras lo miraba boquiabierta.

Algo parecido a unos celos mezquinos se retorció en mi pecho y tuve que recordarme a mí misma que Sarah no sabía nada de lo que había entre Rex y yo. Demonios, ni siquiera yo lo sabía. Lo que Rex y yo teníamos juntos no era exactamente normal ni siquiera era una relación. Pero ver a mi amiga comérselo con los ojos como si fuera una especie de jugoso filete me hizo desear que Rex y yo fuéramos una pareja normal. Del tipo que tenía citas y comía pizza en un antro un domingo por la noche.

«¿Te importaría darnos a mi novia y a mí un minuto, Sarah?».

«Espera, ¿qué?», mi cabeza se giró hacia Rex.

Las cejas de Sarah se arquearon con sorpresa cuando su boca formó una "o". Pasaron cinco segundos completos antes de que ella saliera del hechizo bajo el cual estaba y agarrara el pomo de la puerta. «Oh, por supuesto. Por supuesto. Oh, vaya. Sí, los dejo con eso», ella se despidió en mi dirección y se tambaleó por el pasillo.

Rex me dirigió una sonrisa que me derretía las bragas y cerró lentamente la puerta. Antes de sentarse en la silla que Sarah acababa de dejar, apareció un mensaje de texto en mi teléfono.

Sarah: *Dios mío, sus ojos. Es como un vaso alto de excitación y testosterona. Creo que estoy embarazada.*

Sarah: ¿NOVIA?

Sarah: ¿Cómo pudiste ocultarme esta jugosa noticia?

Sarah: Necesito TODOS los detalles. Ahora mismo.

¿Novia? Me quedé mirando la palabra en mi teléfono. ¿Éramos novios? La etiqueta no parecía encajar del todo con lo que éramos. Metí mi teléfono en el cajón del escritorio para que Rex no viera la avalancha de mensajes de texto que corrían por mi pantalla. Algo crudo y posesivo se desató en mi pecho. Mío. La palabra ardió en mi mente. Quería que este hombre fuera todo mío. Quería ser su novia. Quería que todos supieran que estábamos juntos.

«Hola», solté.

«Hola», se desabrochó el saco del traje y se sentó frente a mí.

«¿Qué estás haciendo aquí?», no es que me estuviera quejando. Me encantaba cómo se veía en mi oficina, cómo ocupaba espacio. Me encantaba cómo llenaba todos los espacios vacíos de mi vida.

«Me preguntaba si estarías libre para almorzar».

«¿Almuerzo?».

Después de todas las cosas pervertidas que habíamos hecho en su penthouse, una cita para almorzar parecía muy normal, y no era algo muy de nosotros. Las mariposas revoloteaban en mi vientre. Nunca había tenido un novio que pasara por mi oficina solo para compartir una comida conmigo.

«Anoche...», hizo una pausa para sonreírle a sus manos como si recordara algo, «realmente no tuvimos la oportunidad de hablar de nosotros».

«No, supongo que no», mis mejillas se sonrojaron.

Una serie de imágenes de la sala de cuerdas me vinieron a la cabeza y junté las piernas. Era tan difícil no desearlo. No me importaba que estuviéramos en el trabajo, en mi oficina, donde cualquiera pudiera sorprendernos. Lo quería sin ese traje. Quería su piel caliente contra la mía.

«¿De qué quieres hablar?», el aire cambió a nuestro alrededor y, de repente, no pude recuperar el aliento.

«Jesús, Caterina. Mi polla se endurece cada vez que me miras así». Se puso de pie y paseó alrededor de mi escritorio. Cuando me puse de pie, me abrazó. «Deberíamos habernos quedado en la cama hoy. Me haces querer olvidarme de todo y mandarlo todo al infierno».

«Ya no estabas cuando me desperté», me sentí muy decepcionada cuando encontré su lado de la cama vacío esta mañana. «Me hubiera quedado».

«Tenía un trabajo que no podía esperar», tomó mi mano y chupó el interior de mi muñeca. «Sin embargo, pensé en ti toda la mañana».

Mis ojos se cerraron. Cuando los abrí de nuevo, Rex había cambiado de lugar conmigo. Se sentó en mi silla con las piernas abiertas. Ahora, reconocía esa mirada hambrienta en su rostro. Un zumbido chispeó en mi pecho y rápidamente descendió hasta mi coño mojado. Eché un vistazo hacia la puerta y luego de nuevo a Rex.

«Toca mi polla», su tono era autoritario, como siempre, y como siempre, muy excitante. «Quiero follar esa bonita boca».

«¿Qué pasa si alguien entra?».

«Los despediré».

Con todo lo que había pasado desde que había salido del penthouse de Rex hace un mes, me había olvidado de la oferta que había hecho para comprar la empresa para la que trabajaba. Quería comprarla, dismantelarla y luego venderla por kilogramos para obtener ganancias. «¿Ya nos compraste?».

«Ya lo hice. Ese era el asunto que no podía esperar esta mañana».

«Entonces, ¿es por eso que estás aquí? ¿Para decirle a la gente que estás destrozando este lugar?».

Él se rió entre dientes y se frotó la sexy barba de varios días en su mejilla. «No, vine a que mi novia me hiciera una mamada».

«Pensé que querías hablar».

«Eso también».

«Rex», sacudí la cabeza mientras buscaba las palabras para rechazarlo. Pero tan pronto como se desabrochó el cinturón, supe que iba a hacer exactamente lo que me había pedido. Era como si una fuerza invisible me empujara hacia él, haciéndome arrodillarme frente a él, guiando mi mano para frotar su longitud de arriba a abajo. «Nunca he hecho esto».

La única vez que había tenido un pene en la boca fue la noche que perdí mi virginidad con él. No le había hecho exactamente una mamada. Simplemente me quedé allí y le dejé deslizar su erección en mi boca durante unas cuantas rondas. Mi pulso se aceleró y me puso caliente por todas partes.

«Lo sé, amor», se desabrochó los pantalones y liberó su erección.

El hombre tenía una polla preciosa. No necesitaba comparaciones con la vida real para saber eso. Lo acaricié y él se relajó en la silla, dejando escapar un silbido bajo. Se sentía grueso y pesado en mis manos. Tocarlos así, sabiendo que yo era la razón de su placer, me hacía sentir poderosa. La sensación era adictiva y muy tentadora.

«Sigue», agarró el pelo de mi nuca y me acercó a él.

La gota de líquido preseminal en la punta de su eje tocó mis labios y lo probé por primera vez. El aroma característico de Rex, esa mezcla de gel de baño y olor a madera, inundó mis sentidos. Sus caderas se elevaron para encontrarse con mi cara al mismo tiempo que empujaba mi cabeza. Se deslizó fácilmente, hasta el fondo de mi garganta.

«Buena chica. Sabía que podías aguantarla toda». Bombeó dentro de mí, haciendo que mis ojos se llenaran de lágrimas por la tensión en mi cuello y mi reflejo nauseoso.

Todo mi cuerpo me dolía de necesidad, pero todo lo que podía hacer era quedarme allí y dejar que metiera su polla en mi boca, dentro y fuera mientras se corría para encontrar su liberación. Después de unos latidos, lo solté para frotar mis pezones endurecidos, cualquier cosa para calmar el frenesí que ya se había apoderado de mí. Rex mantuvo el ritmo por un rato más, follándome la boca tal como había dicho que quería hacer.

«Mierda», un gemido bajo escapó de sus labios justo cuando dos botones salieron volando y mi blusa se abrió.

Observé con los ojos muy abiertos mientras bajaba las copas de mi sujetador, los acariciaba un par de veces y luego se corría sobre mis senos.

«No puedo creer que acabáramos de hacer eso». Cogí un poco de su semilla con mi dedo.

«Estuviste perfecta», dejó escapar un suspiro. «Tan perfecta». Se inclinó y besó mis labios. Su lengua se arremolinó suavemente entre mis dientes, saboreándome por completo. Con una sonrisa sexy, se apartó y tomó la caja de pañuelos. Tomó mi mano y la secó antes de pasar a mi pecho. El gesto fue dulce y reconfortante.

Esto era lo que pasaba con Rex. Podía ser muy exigente e intimidante, pero también tierno y amable. Nunca nadie me había hecho sentir tan segura y cuidada. ¿Cómo se me ocurrió que podría pasar tanto tiempo con alguien como Rex y no enamorarme perdidamente de él? Mío. Él era todo mío.

«Te amo», me senté sobre mis talones y encontré su mirada.

«Cásate conmigo, Caterina».

«¿Qué?».

Capítulo 15

Quiero que me quieras

REX

Probablemente debería haber esperado hasta después del almuerzo para hacer la pregunta. Pero después de todo este tiempo, y ahora que Caterina finalmente había admitido sus sentimientos por mí, ¿cuál era el puto punto de esperar?

«¿Qué?», preguntó de nuevo. «Todavía estoy tratando de procesar todo este asunto de ser la novia». Dejó escapar un profundo suspiro, buscando mi mirada. Después de unos segundos, miró su blusa arruinada. «Necesito cambiarme».

«Está bien», alcancé sus codos y la ayudé a ponerse de pie. «Entiendo que puedas tener preguntas. ¿Qué tal si vamos a comer como te prometí? Puedes preguntarme cualquier cosa que quieras. Pero entonces necesitaré una respuesta a mi pregunta».

«Técnicamente, no me has preguntado nada. Fue más bien una orden». Ella hizo un gesto con la mano para separarse y caminó hacia el pequeño armario detrás de ella, donde sacó una blusa limpia. «Siempre tengo ropa en la oficina. Derramo mucho café». Hablaba rápido mientras sus dedos jugueteaban con el resto de los botones.

Dios, estaba enamorado de esta mujer. Me reí entre dientes y me puse de pie.

«Déjame ayudarte», alcancé su cintura y le saqué la blusa por la cabeza antes de besar sus labios suavemente. «No te pongas nerviosa, amor. Siempre estuvimos destinados a terminar aquí. ¿Te puedes dar cuenta de eso?».

«No. Quiero decir, sí, sabía que el matrimonio era parte del contrato que papá hizo con La Sociedad y tu familia». Se llevó una mano a la frente. «Simplemente no parecía real hasta ahora».

«Somos reales. ¿No es así?». Tomé su muñeca y coloqué sus dedos sobre mi corazón. «Quiero que el mundo sepa que eres mía».

Nuestras miradas se cruzaron. Ella frunció el ceño y abrió la boca, pero las palabras no salieron. «Jesús, estoy en medio de mi oficina en sostén. Esto es lo que me haces. No puedo pensar con claridad cuando estás cerca».

«¿Es eso algo malo?», le quité la blusa de seda limpia y se la deslicé, tomándome mi tiempo con los pequeños botones. «Por si sirve de algo, tienes el mismo efecto en mí. Todos los caminos de mi vida, todos mis pensamientos, todos conducen a ti. No quiero esperar más. Caterina...», me chupé el labio inferior. Una descarga de adrenalina me recorrió con las palabras que quería decir a continuación, pero ella presionó su mano contra mi boca.

«No lo digas. Aún no. Déjame procesar todo esto primero. Como, ¿qué pasará con mi familia cuando nos casemos? ¿Qué haría La Sociedad si no lo hacemos? ¿Qué pasaría contigo si esperamos? ¿Qué...?».

Presioné mi dedo índice contra sus labios. «Me parece bien. Alorcemos y podemos hablar de ello. Lo estoy intentando aquí, Caterina. Toda mi vida lo único que he sabido es tomar. En mi mundo, nuestro mundo, nadie te dará nada solo porque lo pidas. Pero contigo quiero pedir. Y quiero una respuesta honesta. Quiero que tú también quieras esto. ¿Tiene eso algún sentido?». Resoplé. Mi corazón se aceleró ante la idea de que los sentimientos de Caterina hacia mí podrían no coincidir con los míos. Que después de todo lo que habíamos pasado, ella todavía no estuviera lista para mí.

«Creo que sí. Tal vez. No sé».

«Vamos. Comamos primero», le guiñé un ojo y le arreglé el collar alrededor del cuello.

* * *

Minutos más tarde, Frank se detuvo en la acera de un rascacielos en el Upper West Side. Durante todo el camino, Caterina permaneció en su lado del asiento trasero, lo más lejos posible de mí. Incluso mantuvo la distancia mientras nos dirigíamos a la azotea. “Pricci's” era un restaurante italiano contemporáneo con una decoración espectacular y moderna y uno de mis lugares favoritos de la ciudad por sus platos creativos, pero también por la espectacular vista de Central Park.

«Guau», Caterina se puso una servilleta en el regazo mientras su mirada contemplaba el ambiente. «Un lugar como este debería estar lleno a esta hora».

«Sí, normalmente lo está. Pero quería que tuviéramos privacidad».

Ella frunció el ceño como si preguntara ¿cómo diablos lograste esto?

«El dueño me debía un favor».

«¿Qué tipo de favor?», lo dijo ella inclinándose al frente. «No, espera. Podrías decírmelo, pero entonces tendrías que matarme. ¿Cierto?».

«No». Me recosté en mi silla y arqueé una ceja. «Necesitaba un permiso de construcción por la vía rápida. Se lo compré».

«Oh. ¿Cómo lograste eso?».

«El comisionado me debía un favor». Serví vino tinto en su copa. «Lo que realmente quieres preguntar es ¿hasta qué punto somos criminales? Adelante. Pregunta».

Se aclaró la garganta y tomó un largo sorbo de su copa. «Bueno. Nunca antes me has dado información sobre ti».

«Es justo. Yo sé todo sobre ti».

«¿Alguna vez has matado a alguien?».

«Sí». Apoyé un codo en el reposabrazos y me golpeé la sien. «Podría sentarme aquí y explicarte cómo todos se lo merecían, pero nada de eso tendrá sentido hasta que entiendas completamente lo que representa La Sociedad. Somos los guardianes de la paz, Caterina. Las autoridades no siempre estuvieron presentes para ayudarnos. La Sociedad fue creada para proteger a los nuestros. Con el tiempo, ese mandato se expandió a todos en la ciudad. La policía, el FBI, tienen limitaciones porque no son parte integral de nuestra comunidad como lo hacemos nosotros».

«Entonces, ¿ahora eres una especie de justiciero?», ella sonrió a sus manos. «Violet», dijo en voz baja. «La salvaste de algún burdel clandestino».

Asentí. «Todos somos criminales aquí, amor. No soy un santo. Y no quiero serlo. Pero debería haber límites. Al FBI le importaba una mierda que el proxeneta de Violet se dedicara a la trata de personas, que trajera gente de Venezuela y la obligara a trabajar para él. ¿Sabes por

qué?».

Ella sacudió su cabeza.

«Él era un informante. Decidieron que el sufrimiento de estas jóvenes era un buen precio a pagar. Lo único que les importaba era atrapar un pez más grande. Algún traficante de armas». Sonreí. «Yo me ocupé de ambos».

«Eso es lo que tú haces», inhaló y bebió más vino.

«Estamos sintonizados con la situación, por así decirlo. Es un equilibrio muy delicado. Uno que un agente del FBI ha decidido que ya no le importa. Si es que alguna vez le llegó a importar. Algunos de esos agentes de carrera solo se preocupan por el reconocimiento y los ascensos». Me encontré con su mirada, esperando que entendiera lo que quería decir. Estábamos bajo ataque. Todo lo que conocíamos y apreciábamos estaba en riesgo porque Michael había decidido que ya no quería seguir las reglas. ¿Cómo se suponía que iba a poder darle la información completa de toda una vida de adoctrinamiento en una cita para almorzar? «Cuando estuve en Ibiza, un hombre vino tras de mí».

«¿Por qué?», sus mejillas se sonrojaron.

«Quería matarme», me pellizqué el puente de la nariz. «Clifton, el agente especial a cargo quiere venganza contra La Sociedad. Soy demasiado joven para saber exactamente qué le hicieron nuestros padres. Quizá se burlaron de él demasiadas veces. ¿Quién diablos lo sabe? Pero ese es el imbécil que Michael decidió traer a nuestro mundo».

«Rex», ella me lanzó una mirada de advertencia. Su papá siempre estaría entre nosotros. Cuando se trataba de él, ella simplemente no quería saber la verdad.

«Quiero ser honesto contigo. Así que de esto se trata. Sin La Sociedad, la ciudad que conoces comenzaría a decaer lentamente. Hasta no quedar nada. Las calles son seguras principalmente gracias a nosotros, no a ellos. Michael y su amor por tu madre arruinaron todo. ¿Preguntaste qué pasaría si tú y yo no nos casamos? Las familias originales comenzarían a atacarse entre sí para intentar alcanzar el rango más alto dentro de la organización».

«Ese eres tú».

«Esos seríamos nosotros».

«Cuando Michael se fue, te ofreció como seguro, para que las otras familias nunca cuestionaran mi posición. No le robé el trono a tu familia. Michael lo entregó voluntariamente. Ahora tenemos a este agente matándonos uno por uno simplemente porque tu papá cambió de opinión».

Ella cerró los ojos con fuerza. «Está bien, lo entiendo. Papá es todo lo que dices. ¿Qué pasa con Enzo? No lo he visto desde que vino a pagar la deuda falsa de papá. Estoy segura de que está con papá. ¿Vas a matarlo también? ¿Se lo merece?».

Nunca había tenido miedo de decir la verdad hasta este momento. Si mentía ahora, Caterina todavía me amaría. Pero si no lo hiciera, ¿dónde estaríamos? Me negué a empezar nuestra vida juntos con mentiras y traición. Ella merecía algo mejor.

«Enzo no puede ser rey. Eso lo puede discutir con tu papá. Si descubro que ha estado ayudando a Michael, no tendría más remedio que tomar represalias. Los estatutos son muy claros al respecto. No podemos permitir que los miembros de La Sociedad se maten entre sí. ¿A quién serviría eso?». Mierda. No era una mentira, pero tampoco era una respuesta real.

«No importa si digo que sí. Mi familia seguirá en peligro». Sus ojos se llenaron de lágrimas. «Papá perdió a alguien importante para él. ¿No tendría una segunda oportunidad?».

«Así no», negué con la cabeza. «No solo quiere volver. Lo habría recibido con los brazos abiertos. Lo que Michael quiere es volver a ser rey. Para eso necesita mi cabeza en bandeja. Su

agente ya intentó conseguirle eso cuando estuve en Ibiza y luego otra vez en la casa de la playa. Él no está jugando aquí. Y ciertamente no está pidiendo una segunda oportunidad».

Apreté mis manos y miré por las altas ventanas. El resplandor de las luces sobre Central Park no hacía nada para calmar la furia que me recorría en este momento. ¿Qué diablos me pasaba? Toda la familia de Caterina me había estado persiguiendo durante meses y lo único que quería hacer era casarme con ella. Santino tenía razón. Mi amor por ella me hacía, en el mejor de los casos, débil y, en el peor, ciego.

Ella soltó un suspiro, sus bonitas mejillas todavía estaban rojas y sus labios estaban entreabiertos, como si tuviera un millón de preguntas pasando por su cabeza y no pudiera decidir qué preguntar a continuación. «¿Pero me estás diciendo que a pesar de todo lo que papá ha hecho, estás dispuesto a que yo tenga una opción en esto?».

«Sí. Le prometí a tu mamá que lo haría. Y más que eso, quiero que quieras esto. Quiero que me quieras. Esta vida no es fácil. Lo que pido en que te conviertas no será fácil. Pero es nuestro deber».

«¿Qué pasaría si no quiero?».

La pregunta fue como una patada en el estómago.

«Estarías rompiendo mi corazón».

«No me refiero a ti. ¿Existe otra manera de salvar a La Sociedad de la autodestrucción? Enzo...».

«No voy a renunciar, Caterina. Me he estado preparando para este momento durante la mitad de mi vida. Michael no puede quedarse con su pastel y comérselo también». Respiré hondo y me recordé que Caterina no entendía del todo nuestro mundo, nuestras reglas. Ella tampoco quería ver morir a su familia. Pero Michael había tendido su lecho, literalmente. Ahora tenía que tumbarse sobre él. «No se puede salvar a todos».

«Solo quiero salvar a papá», miró por la ventana, probablemente deseando que la espectacular vista le brindara un poco de consuelo o una solución milagrosa a su problema. La estaba haciendo elegir entre su papá y yo. Dejó escapar un suspiro y me miró a los ojos. «¿Y tú? ¿Quieres casarte conmigo? ¿Cuánto de este amor que sientes por mí tiene que ver con mandatos y honores? ¿Y cuánto es directamente por mí?». Parecía dolida por las implicaciones de todo aquello.

En mi defensa, yo también me sentía así. Habíamos sido peones toda nuestra vida. Pero ahora, juntos, podíamos ser más.

Cuando papá me contó por primera vez sobre el acuerdo que había hecho con la familia Alfera, para salvar a La Sociedad, como él dijo, me enojé. Me molestaba la idea de que mi vida ya no era mía, que no me pertenecía y que estaba ligada a la de Caterina. Con el paso de los años, comencé a comprender por qué papá había aceptado la loca propuesta de Michael. Sin alguien a la cabeza de la mesa, sin un rey, La Sociedad se desmoronaría. Por derecho de nacimiento, la familia Alfera era propietaria de ese asiento. Siempre estuvo destinado a Caterina o a sus hermanos. Yo era su rey tanto como ella era mi reina.

Me puse de pie y caminé alrededor de la mesa. «Nunca quise a nadie tanto como te quiero a ti. Nuestra unión beneficiaría a mucha gente, completaría el contrato entre nuestras familias. Pero no quiero nada de eso, si no tengo tu amor también. Quiero que me quieras». Me arrodillé y metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de mi traje.

«Rex». Sus ojos se abrieron mientras exploraba la habitación vacía.

Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando percibí su aroma y el calor que irradiaba su cuerpo. Caterina era el sople de aire fresco que había estado esperando durante mucho tiempo.

Las cosas finalmente iban como queríamos. La mujer que amaba, también me amaba. Ya no estábamos más en tiempo prestado ni corriendo contrarreloj con un puto contrato. Finalmente podía preguntarle.

«Caterina Isabella Alfera, ¿te casarías conmigo?».

Ella me sonrió y asintió con la cabeza.

«¿Eso es un sí o un no, amor?».

«Sí», ella echó sus brazos alrededor de mi cuello y me besó. «La respuesta siempre iba a ser sí. Solo quería saber que tú también me querías».

«Te lo había dicho». Tomé su mano izquierda y deslicé el anillo de diamantes en su dedo. «No soy bueno pidiendo».

Su boca se abrió ligeramente mientras admiraba el anillo de diamantes canarios de tres quilates. «Este anillo pertenecía a mi madre».

«Sí, era de ella», asentí. «Ella quería que tú lo tuvieras. Insistió en que yo lo tomara. No sé por qué no te lo dio a ti o a tu papá».

«Ella quería que supiera que te aprobaba», parpadeó un par de veces y las lágrimas corrieron por sus mejillas. «¿Qué pasará ahora?».

Se me ocurrieron algunas ideas. La mayoría de ellas nos involucraban a Caterina y a mí en alguna isla lejana, lejos de todo esto. Pero teníamos un trabajo que hacer. Esas fantasías tendrían que esperar un poco más. Me puse de pie y rodeé su cintura con mis brazos, perdiéndome en esos hermosos ojos que no mostraban nada más que admiración y deseo. Un día de estos me acostumbraría a eso. Olvidaría cuánto me dolía ver solo odio en ellos.

«Ahora hay que planificar una boda. Lo que quieras, siempre que suceda lo antes posible. ¿Qué tal este fin de semana?».

«Eso son solo cinco días». Ella se rió, un sonido dulce y contagioso que agitó mis terminaciones nerviosas. Jesús, yo era masilla en sus manos. Lo peor era que me importaba una mierda.

«Entonces mañana».

«Rex, pórtate serio».

«Estoy siendo serio».

Capítulo 16

Lo sé, ya sabes, lo sé

CATERINA

«¿Qué pasara ahora?».

Rex levantó la vista hacia mí desde su plato de lubina y esperó hasta que el mesero colocó frente a mí mi ensalada de atún a la plancha. Una sonrisa apareció en sus labios carnosos mientras me miraba como si fuera la cosa más deliciosa.

«Ahora nos vamos a casa y follamos el resto del día».

Me reí. «Está bien. ¿Y después de eso?».

«Bueno», frunció el ceño mientras cortaba un trozo de pescado y se lo llevaba a los labios. Como todo lo que Rex hacía en su vida, este pequeño acto estaba siendo controlado y ejecutado deliberadamente y con un toque de perfección. Cuando tragó, encontró mi mirada. «Nos ponemos manos a la obra. La amenaza que se cierne sobre nuestras cabezas sigue ahí. Pero ahora somos más fuertes juntos. Podemos vencer esto».

«Papá todavía está ahí fuera».

«Ah», se secó la boca con la servilleta y se recostó.

Tenía razón. Si íbamos a empezar nuestra vida juntos, no debíamos hacerlo con la ejecución de papá. Claro, él había cometido un error de cálculo. Bueno, realmente un terrible error, pero no había perdido la esperanza de que el hombre que se había casado con mamá hace tantos años, el hombre que me había criado, mi padre, todavía estuviera allí en alguna parte. Sabía que podía recuperarlo. Papá solo necesitaba un recordatorio de lo que éramos como familia. De lo felices que éramos, incluso si algo de eso no fuera del todo real. Papá había sido un buen hombre durante los últimos veinte años.

«Tiene que haber una solución que no termine con la muerte de papá». Solo decir las palabras en voz alta era como una patada en mi estómago. Dejé el tenedor y tomé un gran trago de vino.

«Prometo que no morirá por mi mano. Santino tiene órdenes estrictas de retirarse. Pero Caterina, una vez que su padre decida que ya ha esperado lo suficiente, no tendrá más remedio que ir tras Michael. Sabes que persiguió a la familia Buratti, ¿no?».

«¿Qué?», me froté el costado de la cara. «¿Cuándo?».

«El mes pasado. Por eso Santino se unió a mí en Ibiza. Él también quería respuestas».

La lástima en sus ojos me hirió porque realmente no quería hacer nada que lastimara a papá o a mí, pero papá no estaba ayudando. ¿Estaba siendo ingenua al pensar que no era demasiado tarde para salvar a papá? «¿Qué pasó en Ibiza? Siéntete libre de saltarte las partes de Donata». Entendía que Rex y yo no estábamos juntos cuando él estuvo en Ibiza. Pero solo pensar en él con Donata, la destacada médica con piernas, durante días estando juntos, hacía que mis entrañas se

retorcieran de celos. Sí, estaba celosa. Nunca pensé que sería del tipo celoso, pero bueno, nunca pensé que alguna vez estaría comprometida con un rey de la mafia. Por lo tanto, así era.

«Me gusta esta mirada que tienes». Rex se rió entre dientes y tomó un sorbo de su vino. «Si Donata estuvo en Ibiza cuando yo estuve allí, no tenía ni idea. Pasé la mayor parte del tiempo en el yate flotando en medio del océano». Sacudió la cabeza como si le doliera el recuerdo del tiempo que pasó en el extranjero.

«Está bien, te creo». Cogí mi tenedor y le di un mordisco al atún. Cerré los ojos y saboreé los sabores. ¿Alguna vez Rex comía algo que no fuera puro éxtasis? «Estuviste allí durante mucho tiempo».

«Se sintió como una eternidad sin ti a mi lado. La isla es hermosa y tranquila. Estoy seguro de que lo sabes».

«Me gustaría verla contigo alguna vez».

«De todos modos, mis días incluían beber solo por la noche y perseguir pistas durante el día. Si soy honesto, no llegué a ninguna parte hasta que apareció Santino y decidió colocarme como cebo».

«¿Qué pasa con la gente que te usa así?».

«Soy un bien de alto valor. Por muy jodidos que fueran sus métodos, logramos obtener respuestas. Conocí al agente especial a cargo, Clifton. Aparentemente, él es el indicado». Bebió mientras consideraba sus palabras.

«¿Papá hizo un trato con este Clifton?».

«Él lo hizo».

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Papá se había metido en un aprieto muy complicado. «¿Qué pasó con Clifton y Gallo? Obviamente saliste con vida».

«Yo maté a Gallo. Creemos que Clifton logró salir. Nunca encontramos su cuerpo».

Cerré los ojos con fuerza y me pellizqué el puente de la nariz. ¿Por qué estábamos hablando de gente muerta? Justo después de una propuesta de boda, nada menos. «Hay algo...?», no pude volver a preguntar. Ya no podía suplicar por la vida de papá. Él era culpable. «No quiero que muera. No me importa lo que hizo».

«Lo sé. Y si pudiera ayudarlo, lo haría. Lo digo en serio, Caterina».

«Te creo», le sonreí, aunque mi corazón se hundió cuando me di cuenta de que estaba a punto de perder a otro padre.

«Oye», se estiró sobre la mesa para cubrir mi mano. «¿Qué tal si hablamos de la boda? Todavía no me has dado una fecha».

La presión en mi pecho se levantó lo suficiente como para respirar profundamente. ¿Por qué no podía tener ambos? ¿Por qué no podía casarme con el hombre que amo y también conservar a mi familia? No era justo.

«Las bodas requieren tiempo. Un lugar...», dije.

«Mi edificio tiene una azotea con Central Park como telón de fondo».

«Bueno. Sobre los alimentos».

Señaló a los meseros. «Ellos pueden hacerlo».

«Flores», recordé.

«Conozco a un chico».

«Mucha, mucha bebida».

Él arqueó una ceja como diciendo, “Ni siquiera lo estás intentando”.

El hombre era dueño de un club de sexo y, en definitiva, de un edificio entero dedicado al libertinaje y al placer. Cada noche era para él una recepción enorme y elegante.

«Bien. Solo necesito entender todo esto. ¿Puedo al menos tener un día para pensar en ello?».

«Nunca he sido un hombre paciente. Tienes hasta esta noche».

«Haces que parezca que realmente gané esta ronda. Lo sé, ya sabes, sé que no lo hice».

Se encogió de hombros y continuó dedicándose a su almuerzo. El hombre era imposible. Y no podía esperar a casarme con él.

En el camino de regreso a mi oficina, viajamos en silencio. La cita para almorzar había sido una avalancha de nueva información para mí. No había tenido tiempo de digerir la mayor parte. Pero me alegré de que Rex me diera el tiempo y el espacio para ordenar mis emociones y pensar en lo que quería hacer a continuación. Cuando el auto se detuvo en la acera de mi edificio, Rex se desabrochó el cinturón de seguridad y movió su cuerpo para tenerme atrapada contra mi lado del asiento trasero.

«Cena a las ocho en punto», besó mis labios.

Me derretí en el asiento y gemí diciendo que sí. Él se apartó primero, dejándome sin aliento y agarrando su camisa, para que no me dejara tan pronto.

«Necesitaré una fecha para entonces». Pasó un dedo desde mi mejilla hasta mis labios. «Te amo».

«Yo también te amo».

Se recostó y asintió con la cabeza hacia Aaron. «Aaron te recogerá a las cinco».

Esa era la señal para que Aaron saliera del auto y corriera a abrir la puerta.

«Tengo trabajo que hacer, Rex. ¿Qué tal si le envío un mensaje de texto cuando esté lista para que me recoja?».

«Bien. Pero si no estás en casa a las seis, iré a buscarte yo mismo».

«Te veré esta noche, Rex». Salí y me dirigí a la entrada principal. Cuando llegué al edificio, me di la vuelta y vislumbré el perfil de Rex mientras el Escalade negro se alejaba.

Tan pronto como desapareció entre el tráfico, miré mi reloj. Jesús, eran casi las tres de la tarde. El tiempo con Rex siempre pasaba muy rápido y nunca era suficiente. Corrí escaleras arriba para trabajar un poco antes de que Aaron regresara a recogerme.

De camino a mi oficina, vi a Sarah y Jill en una de las pequeñas salas de conferencias de nuestro piso. Los ojos de Sarah se abrieron tan pronto como me vio y me saludó con la mano. Soltando un suspiro, rápidamente me quité el anillo de compromiso. No estaba preparada para responder preguntas sobre cuán profunda era mi relación con Rex y qué tan lejos habíamos llegado en tan solo unas pocas semanas.

«¿Qué pasa?», le pregunté cuando cerró la puerta detrás de ella.

«¿Rex? ¿Novio? Dios mío». Ella me abrazó. «Está bien, tengo que volver allí. Pero cuando termine, tú y yo hablaremos».

«Sí, de acuerdo». Mis ojos se llenaron de lágrimas. Tener a alguien que se preocupara por mí fuera del mundo mafioso de Rex me reconfortaba en este momento.

«Sarah», gritó Jill.

«Mierda. Me tengo que ir». Besó mi mejilla y volvió a entrar.

Corrí a mi oficina y comencé con los proyectos que tenía pendientes. Todo el tiempo no pude borrar la gran sonrisa de mi cara. Rex era mío. Todo mío. Estaba en el proceso de revisar el último concepto de anuncio para la cuenta de comida para gatos que obtuve el mes pasado cuando mi teléfono sonó con un mensaje de texto. Mi corazón dio un vuelco cuando vi aparecer el nombre de Rex en las notificaciones.

Rex: Aaron te recogerá en diez minutos.

Revisé la hora. Eran las cinco y media. Técnicamente, la jornada laboral había terminado y

yo estaba ocupada con las cosas más urgentes. Sin mencionar que me moría por verlo de nuevo. Sonriendo como una colegiala, preparé la mochila de mi computadora. Lo pensé durante unos segundos, luego decidí quitarme el anillo nuevamente y dejarlo en el compartimento delantero.

Al salir, me despedí de Sarah, que todavía estaba atrapada en su reunión. Ella respondió hinchando las mejillas y exhalando aire.

«Habaremos mañana», articulé, y ella asintió.

Llegué a la acera en exactamente diez minutos, pero Aaron no estaba allí. El tráfico a esta hora era pesado, así que encontré un lugar con sombra cerca de la entrada para esperarlo. Mi mirada vagó arriba y abajo de la calle, sin centrarse realmente en nada en particular hasta que me centré en Santino al otro lado del camino. ¿Qué estaba haciendo aquí?

Mi pulso se aceleró. Si bien Santino, más o menos, respondía ante Rex, él seguía siendo el tipo que quería matar a papá. ¿Había venido aquí para espiarme con la esperanza de que papá apareciera? Se me revolvió el estómago ante la idea de que pudiera usarme para llegar hasta papá. Santino no sería tan descarado como para secuestrarme. ¿Lo haría? Rex nunca toleraría eso. Santino tenía que saberlo.

Por otra parte, había usado a Rex como cebo en Ibiza. Lo había hecho con la intención de descubrir quién estaba detrás de La Sociedad. ¿Estaba aquí pensando que secuestrarme sería justificable, siempre y cuando consiguiera justicia para su padre?

Cuando encontré su mirada, dio un paso hacia mí con una sonrisa maliciosa en su rostro. Como si dijera, ya te tengo. Mierda. Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta. Dos pasos después me detuve. Si volvía arriba, ¿pondría en peligro a mis amigos y otros compañeros de trabajo solo para llegar hasta mí? No podía descartar esa idea. Santino Buratti era un mafioso.

La única razón por la que estaba aquí ahora era porque quería a papá. Dudaba que le importara si mataba a algunas personas más en el proceso. Mientras su padre y La Sociedad sintieran que se había hecho justicia, no pensé que les importarían los pequeños detalles, como que los civiles quedaran atrapados en el fuego cruzado.

Me tragué el nudo en la garganta mientras escaneaba la calle en ambas direcciones, buscando a Aaron. ¿Dónde diablos estaba? Con manos temblorosas, saqué mi teléfono del bolsillo. No estaba acostumbrada a vivir la vida al límite. Mi corazón latía fuera de control y mis dedos se volvieron gelatina. En un momento tenía el dispositivo en la mano y al siguiente volaba hacia la acera. Lo fui a recoger, pero Santino se me adelantó.

«¿Qué tal si retenemos todas las llamadas por un minuto?», él cogió el teléfono.

«No sé dónde está papá».

Esa era la verdad. No lo había visto en semanas, no desde la noche en que mis hermanos vinieron a recogerme al penthouse de Rex.

«Lo sé». Su mirada color avellana buscó la mía. A la luz natural, sus ojos eran casi dorados y no pude evitar quedarme congelada en el lugar, como si él fuera un animal salvaje y yo su presa. Inclino la cabeza y sonrió. «Pero él sí sabe dónde estás. Ahora que Rex está a punto de conseguir todo lo que quiere, solo puedo imaginar que el viejo tiene prisa por llegar a ti. Si tan solo no hubiera tenido tanta prisa por atrapar a Rex ayer. Estarías con él ahora mismo».

Le fruncí el ceño. Santino Buratti era un extraño para mí, pero sabía todo sobre mí y mi familia. «¿Qué quieres?».

«Hablar», me devolvió mi teléfono.

«¿Acerca de qué?», esta ofrenda de paz no significaba nada para mí. Tenía que alejarme de él. En ese momento, era obvio para mí que Aaron no vendría.

No le di la oportunidad de responder. Me di la vuelta y salí corriendo hacia la intersección.

Detrás de mí, Santino profirió una serie de blasfemias. No tuve que mirar atrás para saber que había decidido perseguirme. Corrí lo más rápido que pude con mis botines de cuña, lo cual, hay que admitirlo, no fue tan rápido ya que también llevaba una bolsa de computadora. Tuve unos segundos antes de que me alcanzara.

En mi mente, me imaginé llegar al semáforo e inmediatamente subirme a un taxi como lo hacían en las películas. Pero esto era la vida real, eso nunca sucedería. Mi única opción era llegar a un vestíbulo y pedirle ayuda al guardia de seguridad. Por supuesto, el siguiente edificio era todo ventanas. Llegué al final de la calle y nunca vi la siguiente entrada.

«Caterina». Una voz familiar me llamó. Rex no había venido a buscarme a las seis como había dicho, pero papá sí.

Corrí hacia su camioneta y salté dentro. El auto se alejó, justo cuando Santino llegaba a la acera con la mano dentro de la chaqueta. ¿El imbécil había pensado que podía dispararle a papá en medio de una calle llena de gente?

«Papá», me deslicé por el asiento y lo abracé. «¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo supiste que estaba en peligro?».

«No sabía que estabas en problemas».

«Entonces, ¿cómo?», levanté una mano. «Enviaste ese mensaje de texto haciéndote pasar por Rex».

«Sí. Quería hablar contigo sin que Rex estuviera encima de ti».

«¿Cómo pudiste hacer todo eso?».

«Los chicos de hoy en día tienen aplicaciones para todo. Hackear un teléfono no es gran cosa». Se encogió de hombros como si manipular los teléfonos de las personas no fuera un delito grave.

Este era papá, mi propia familia. Entonces no, esto no era un secuestro. Pero no podía ignorar el hecho de que papá me había enviado un mensaje falso, haciéndose pasar por Rex, solo para hacerme salir temprano del trabajo y recogerme antes de que lo hiciera el guardaespaldas de Rex. ¿Por qué?

«¿Por qué esa treta, papá?».

«Porque tengo a alguien a quien quiero que conozcas. Es mejor si te lo muestro en lugar de sentarme aquí a explicártelo». Hizo un gesto con la cabeza a su chofer.

Me encontré con su mirada. La mirada fría que encontré allí me provocó un escalofrío. Siguiendo el consejo de Rex de hablar con papá con la mente abierta, abierta a la verdad, me tomé el tiempo para mirar realmente a papá. Este no era el anciano que había visitado en el hospital hace un mes. Este era el rey despiadado del que Rex me había advertido.

Capítulo 17

Solo piensas que lo haces

CATERINA

El chofer maniobró entre el tráfico hasta que estuvimos en camino a Jersey. Por supuesto que papá no querría quedarse donde Rex todavía tenía el control de todo. Durante los últimos días había estado posponiendo esta conversación con papá. Ahora que estábamos aquí, pude ver que él sentía lo mismo. Incluso ahora, mientras estaba sentado en su lado del asiento trasero, luciendo majestuoso y tan letal como Rex, había algo en la forma en que respiraba profunda y largamente que me decía que él no estaba listo para enfrentarme, para hacerse responsable de lo que había hecho para quedarse con mamá.

«Me voy a casar con Rex», me quedé mirando su perfil. «Me propuso matrimonio hoy y dije que sí».

«No tendrás que hacerlo», frunció los labios, jugando con el anillo en su mano derecha.

Estudié el cuervo tallado en la cresta, igual que el de Rex. «¿Qué hiciste? Papá, sé lo del contrato. Sé lo que tuviste que hacer para mantener unida a tu familia».

Claro, Rex diría que papá me había vendido solo para poder estar con la mujer que amaba. Pero quería creer que él también lo había hecho por nosotros. Quería creer que todo lo que había hecho, había sido para protegernos a todos, no solo a él mismo.

«Fue un error. Nunca debí haberte dejado ir con él». Cerró la mano en un puño y miró fijamente a la nada más allá de la ventanilla del coche.

«El me ama».

«Está obsesionado contigo. Porque eres mi hija. Porque eres la clave para que él asegure su posición dentro de La Sociedad. Nada más». Él encontró mi mirada.

El arrepentimiento y la ira que vi en sus ojos me abrieron un agujero en el corazón. Este no era el hombre que conocía. «Intentaste matarlo. ¿Por qué?».

«Caterina», movió su cuerpo para quedar frente a mí. «Cometí un error hace mucho tiempo. Pero ahora veo que depende de mí arreglarlo».

«Me preparaste para ir con él y luego enviaste a mis hermanos a buscarme. ¿Por qué cambiaste de opinión? ¿Qué pasó?».

«El chico Gallo vino a verme al hospital. Había llegado a un acuerdo con el FBI. Sin toda su familia, no había mucho que pudiera hacer para defenderse. No tuvo más remedio que aceptar trabajar con ellos».

«¿Te convenció de que te volvieras contra tu propia familia?».

«No al principio. Caterina, estaba listo para morir. Sin Anna, simplemente no veía el sentido de seguir vagando por esta Tierra, solo y sin propósito». Estiró las piernas y relajó la cabeza sobre el reposacabezas. «Pero entonces Mikey envió a alguien a matarme. Y luego fueron tras de

ti y Massimo. Me di cuenta de que mi trabajo no había terminado aquí. La única manera de salvarte era volver a ser rey. Y Clifton fue la respuesta».

«¿Mikey nos puso a todos en peligro para salvar su propio cuello y tú se lo permitiste?».

«Se me ocurrió un plan mejor. Conmigo de vuelta en el redil, puedo hacer que los cerdos se vayan, ponerlos en su lugar». Él tomó mi mano. Su toque era frío y distante, como si estuviera pensando los movimientos, sin sentir realmente nada, nada aquí conmigo. «Mi familia es lo primero».

«No puedes matar a Rex. Lo amo».

«Solo piensas que lo haces. Pero no es así». Sacudió la cabeza mientras examinaba mi rostro. «Todo será como debería ser. Si no hubieras intervenido en la casa de la playa, no estaríamos aquí. Ahora sabe lo que le espera. Será más difícil llegar hasta él».

Las alarmas sonaron en mi cabeza. La idea de que papá matara a Rex era tan horrible como que Rex persiguiera a papá por traición. No podía permitir que dos de las personas más importantes de mi vida se atacaran de esa manera. Si los perdía a ambos...

«Clifton nos está esperando. Necesito que lo convenzas de que estás de mi lado. Porque lo estás. ¿No es así?». Puso un dedo debajo de mi barbilla y me hizo mirarlo. «Necesito tu ayuda, Bells».

«El hombre de la casa de la playa. ¿Era uno de los tuyos?».

«Era hijo de un querido amigo. Hay algunas personas dentro de La Sociedad que todavía me son leales. Cuando me acerqué, decidieron unirse a mí».

Rex tenía razón. Alguien dentro lo había traicionado. Y no fue solo una persona. Parpadeé varias veces para aclarar mi visión. Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras consideraba mis opciones. Papá, me había secuestrado, más o menos, para que trabajara con él y el FBI. Y más que eso, querían que los ayudara a llegar hasta Rex. No podía hacer eso. Rex no se lo merecía. Él me amaba y yo lo amaba.

Me deslicé hacia mi lado y me quedé allí por el resto del viaje. Después de lo que parecieron horas, el chofer entró en un almacén abandonado en medio de la nada. ¿Era aquí donde planeaban matar a Rex? Mi pecho se apretó. No quería perderlo. No quería vivir sin él. No era justo.

«Llegamos», papá hizo un gesto al chofer y salió.

Lo seguí porque no tenía adónde ir. Si salía corriendo ahora, no tendría forma de regresar a la ciudad. Sin mencionar que los hombres de papá me alcanzarían antes de que regresara a la carretera principal. En lugar de eso, traté de memorizar cada detalle: los colores de las paredes en ruinas, el área circundante y la ligera brisa en el aire a olor a pescado.

Papá me señaló y su chofer bloqueó mi camino inmediatamente. «No necesitarás tu computadora para la siguiente parte». Sin preguntar, el tipo me cogió el hombro y me quitó la mochila de un jalón.

Demasiado tarde para enviar mensajes de texto a Rex cuando tuve la oportunidad.

«Dices que quieres mi ayuda. ¿Qué quieres que le diga a este tipo? Sé que ya intentó matar a Rex una vez». Me acerqué a papá.

«Él actuó sin mi autorización. Y ahora estamos aquí», dijo con los dientes apretados. Por la forma en que su cuerpo se ponía rígido cada vez que hablaba de su aliado del FBI, solo podía suponer que papá no tenía mucha consideración por Clifton. Estaba trabajando con él porque no tenía otra opción. «Quédate cerca de mí», me agarró del codo y le hizo un gesto a su chofer.

El tipo se movió tan rápido como antes y nos abrió la pequeña puerta lateral del lugar. En el interior, el lugar estaba oscuro y vacío, excepto el único lugar a la izquierda donde un hombre de

la edad de papá estaba sentado en una mesa de madera llena de carpetas y mapas. Sus hombres se pusieron firmes tan pronto como entramos. Parpadeé ante la intensa iluminación de esa lámpara halógena que había en el techo. Dios, ¿era esta la sala de guerra del FBI?

Pensé en Rex y en la última vez que tuvo que montar una operación. Había utilizado su elegante Gulfstream como cuartel general. ¿A qué estaba jugando ese tal Clifton? Tenía que saber que Rex tenía muchos más recursos y hombres que él.

«Traje barato, ubicación barata. Déjame adivinar, ¿Clifton?».

«Clifton se está arriesgando en este caso, por eso necesita nuestra ayuda». Me indicó que siguiera adelante.

Cuando me acerqué al hombre que revisaba los archivos frente a él, levantó la vista hacia mí y se pasó una mano por el cabello grisiento. Sus ojos se abrieron cuando una sonrisa codiciosa se extendió por su rostro. «Señorita Alfera. Me alegro mucho de que pudiera unirse a nosotros». No estaba aquí por su familia. Estaba persiguiendo la gloria y medallas brillantes.

«¿Por qué estoy aquí?».

«Señorita Alfera, estoy aquí para hacerle una oferta que no puede rechazar», se rió de su broma cursi.

Me volví hacia papá. Puso los ojos en blanco y metió la mano en los bolsillos de sus pantalones. Había visto esa misma intolerancia e impaciencia en Rex. ¿Cómo no lo vi antes? ¿Cómo fue que en todos mis años nunca me di cuenta de que papá era un mafioso? Todas las señales estaban ahí. Quizás elegí no verlo porque vivir la mentira era mucho más cómodo que afrontar la verdad. Rex me había mostrado lo equivocada que había estado en ese sentido.

«Señorita Alfera, necesitamos un favor y Michael me dice que es nuestra chica». Caminé alrededor de su escritorio y se sentó en el borde. El tipo todavía llevaba su placa del FBI en el cinturón. Por mucho que se hubiera vuelto rebelde, supongo que todavía ocupaba su puesto dentro de la agencia.

«¿Qué podría una chica...?», y puse énfasis en ‘chica’. Si ese imbécil pensaba que yo era demasiado joven para estar aquí, ¿por qué diablos me había traído? «... ¿hacer por usted?».

«Puede ayudarme a atrapar a un asesino, un matón».

Apreté los puños y fue todo lo que pude hacer para no darle un puñetazo en la cara. Este era el pendejo que nos había dado un golpe a mí y a mi hermano; él no podía jugar la carta de la rectitud conmigo. «No veo cómo».

«Por lo que he escuchado, el chico ha desarrollado una especie de obsesión por usted».

No era una obsesión. Rex estaba enamorado de mí.

«Escuchó mal», crucé los brazos sobre el pecho y miré a papá.

«No me parece. Usted lo traerá hacia nosotros. Y a cambio, prometo mantener a Michael a salvo. Usted y toda su familia estarán bajo nuestra protección».

«Como los Gallo».

«Eso fue desafortunado».

Sí, desafortunado que Clifton hubiera usado a Gallo para perseguir a Rex. Solo para que Rex le diera la vuelta y matara a su informante. Gallo había traicionado a La Sociedad, tal como lo había hecho papá. El FBI no podía protegernos a ninguno de nosotros. «¿Y si digo que no?».

«¿Está dispuesta a dejar que los criminales queden libres para que puedan perseguir a su padre? No entiendo por qué haría eso». Apoyó las manos en el borde de la mesa. La mala iluminación del techo proyectaba sombras sobre su rostro y deformaba sus rasgos. Me imaginé que así era como realmente se veía por dentro. El agente era un imbécil de dos caras al que solo le preocupaba la gloria.

«¿Qué obtiene usted de esto?».

«Este es mi deber. Puedo encerrar a los malos y asegurarme de que una organización como La Sociedad nunca vuelva a surgir».

Excepto que sabía de buena tinta que papá tenía toda la intención de mantener viva a La Sociedad, bajo una nueva dirección, por supuesto. «Quiere un asiento en la mesa, ¿no? Obtener fama y gloria de sus supervisores, solo para darse la vuelta y quedarse con el botín».

«Es la única manera de garantizar la paz», sonrió.

Tenía la sensación de que Clifton estaba obsesionado con La Sociedad y todos sus miembros. Los había perseguido durante demasiado tiempo. Ahora quería ser uno de ellos. Envolví mis brazos alrededor de mi vientre con más fuerza. El hombre me pedía que traicionara a Rex para salvar a papá. No podía hacerle eso a Rex, al igual que tampoco podía traicionar a papá. Antes había deseado una forma de salvar a papá. Clifton me estaba ofreciendo exactamente eso, pero no era una solución.

«Clifton, danos un minuto», la voz autoritaria de papá resonó en el gran almacén.

Clifton se encogió de hombros e hizo un gesto a sus muchachos para que se marcharan. Papá esperó a que salieran por la puerta antes de volverse hacia mí. «No es lo ideal. Pero está haciendo su trabajo. Tú y tus hermanos estarán a salvo. Puedo manejar a Clifton», dio un paso hacia mí. Cuando volvió a hablar, su voz apenas era más que un susurro. «Su asiento en la mesa no durará mucho».

Excelente. Todos estaban más que listos para apuñalarse unos a otros por la espalda, y yo estaba justo en el medio de todo. «Papá, hiciste un trato con el diablo».

«Lo hice. Pero no de la manera que piensas», me rozó la mejilla.

A sus ojos, Clifton no era más que un peón. ¿Era así como papá veía el mundo que lo rodeaba? ¿Piezas de ajedrez para mover a su antojo y así poder conservar su reina? Metió la mano en su bolsillo y sacó una fotografía desgastada. En un instante, sus rasgos se suavizaron y vi más de papá que del mafioso despiadado que más o menos me había secuestrado justo afuera de mi trabajo.

«Nunca debí haberte involucrado, Bells. Lo sé ahora. Pero estaba desesperado. Anna iba a dejarme. Y La Sociedad necesitaba un rey».

«Así que le mentiste. Tan pronto como supiste que ibas a tener una niña, fuiste con el padre de Rex y llegaste a un acuerdo con él». Inspiré para calmar mi voz. «Deberías haber resuelto esto con mamá».

«Ella tenía tolerancia cero con La Sociedad. No tuve elección».

«Mamá, al igual que tú, estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para mantener a su familia a salvo, incluso hacer un trato con la mafia».

«¿Qué quieres decir?», el espacio entre sus cejas se frunció y sus ojos se oscurecieron.

«Mamá sabía sobre el contrato».

«No, no lo sabía», sacudió la cabeza y me agarró del codo. «Ella me lo habría dicho. Demonios, ella me habría dejado».

«Ella fue a ver a Rex para suplicar en mi nombre. Para rogarle que me dejara en paz».

«Él está mintiendo», papá se pasó una mano por el pelo y por las mejillas enrojecidas.

¿Significaba tanto para él que mamá no descubriera quién era en realidad? ¿Qué había vendido a sus hijos para estar con ella?

«Revisa la mochila de mi computadora. Le entregó a Rex su anillo de compromiso». Me había saltado una gran parte de la historia en la que mamá y Rex se hicieron amigos. No necesitaba saber cuánto había intentado mamá mejorar las cosas para mí. «Finalmente llegaron a

un acuerdo. Rex se casaría conmigo, pero si yo no quería ser su esposa de verdad, juró que nunca me forzaría».

Eché un vistazo detrás de él y su chofer se puso en marcha para mostrarle lo que quería. Papá abrió la solapa frontal e inmediatamente encontró el diamante que le había regalado cuando le propuso matrimonio. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ver a papá desmoronarse así lentamente, llorando por su esposa muerta y sabiendo que ella siempre supo quién era él, fue como una patada en el estómago.

«Nunca supe cómo vivir sin ella». Se sentó en cuclillas y se llevó una mano a la frente.

«Ninguno de nosotros lo ha hecho, papá. Y no tenemos por qué hacerlo». Me arrodillé a su lado y lo abracé. Me dolía el corazón por él. Estaba perdido sin mamá, como el resto de nosotros.

«Lo siento mucho, Bells».

«Todo lo que podemos hacer es luchar para permanecer juntos. No sé cómo hacerlo, pero sé que Clifton no es la respuesta».

Asintió. Y en ese momento supe que papá había regresado.

«¿En algún momento, Rex haría un trato con Clifton?».

«Puedo preguntarle».

«Veo que han tenido una agradable charla familiar». Clifton caminó hacia su mesa, riéndose.

Quería borrar esa sonrisa de su cara. Sabía lo desconsolado que estaba papá y lo estaba usando para su beneficio al amenazar a la única familia que le quedaba. «¿Qué diablos quieres de nosotros?».

«Llame a Rex. Haga que venga aquí», Clifton se cernía sobre nosotros, lamiéndose los labios como si ya pudiera saborear su victoria. «Haga esto y su padre quedará libre. No tendrá que pasar el resto de su vida mirando por encima del hombro, esperando que La Sociedad lo encuentre».

Vaya decisión.

Si elegía a papá, Rex moriría. Si optaba por el hombre que amaba, perdería a mi familia.

Miré a Clifton. La risa que salió de él provocó un escalofrío por mi espalda.

Capítulo 18

Vivo o muerto

REX

¿Dónde diablos estaba ella? Caminé a lo largo de la sala de estar. Más allá de las altas ventanas, las luces de la ciudad ya habían cobrado vida cuando la luz del sol se desvaneció. Caterina no llevaba ni tres horas alejada de mí, pero algo no me parecía bien. Una cosa que había aprendido en los años transcurridos desde que descubrí que algún día tomaría las riendas de La Sociedad fue a confiar siempre en mi instinto.

Cogí mi teléfono y llamé a Aaron. «¿Dónde está ella?», pregunté tan pronto como contestó.

«Aquí no está», dejó escapar un suspiro. «He estado esperando durante treinta minutos. Ella no ha salido del edificio. La habría visto irse».

«Tampoco contesta su teléfono», me froté las arrugas de la frente. «A la mierda. Voy a llamar a su oficina».

«¿Debería quedarme?».

«Mantente ahí por ahora», colgué y llamé a la amiga de Caterina.

«Esta es Sarah», respondió al segundo tono.

«Sarah, soy Rex Valentino».

«Oh», ella revolvió los papeles. Luego, un sonido como el de su silla raspando el suelo se mezcló con el chillido nervioso en su voz. «Rex, sí. Hola. ¿Cómo estás? Quiero decir. ¿Cómo puedo ayudarte, por favor?».

«Bien. Te acuerdas de mí. Estoy buscando a Caterina. Ella no contesta su teléfono. ¿Está en una reunión?». Apreté la mandíbula. No había querido sonar tan desesperado.

«No. Se fue hace una hora».

«Mierda». Apoyé una mano en la ventana. «¿Estás segura? ¿Estaba sola?».

«Sí, y sí», ella se aclaró la garganta. «¿Está todo bien?».

«Estoy seguro que sí. Gracias». Terminé la llamada antes de que ella hiciera más preguntas para las que no tenía respuestas.

Si Caterina salió de su oficina hace una hora y no llegó aquí, ¿adónde había ido? Le envié un mensaje de texto a Aaron y le dije que volviera a casa. Necesitaba que todos se pusieran manos a la obra. En este punto, no tenía ninguna duda de que Clifton había decidido hacer su movimiento. ¿Realmente la había secuestrado a plena luz del día, en una concurrida calle de la ciudad de Nueva York y justo delante de Aaron? Jesucristo. ¿Cómo había logrado eso?

En el momento en que hice la pregunta, la puerta principal se abrió. Frank entró con Santino pisándole los talones. «Caterina se fue con Michael».

Bueno, mierda.

«¿Qué quieres decir?».

«La estaba vigilando en caso de que Michael decidiera hacerle una visita», miró hacia arriba y apretó los labios. «Lo cual hizo. Pero ya tenían planes de reunirse».

«Ella me lo habría contado. Almorzamos juntos».

«Ella se asustó cuando me vio». Sus ojos se iluminaron de ira. «Salió corriendo y luego se subió a una camioneta. Me acerqué lo suficiente para ver a Michael en el asiento trasero. Seguro que estaba feliz de volver a ver a papá».

Sacudí la cabeza para aclarar todos los diferentes escenarios que surgieron en mi cabeza. Caterina me amaba. Ella había aceptado casarse conmigo. Ella no iría a ver a Michael a mis espaldas. «Estoy seguro de que hay una explicación razonable para todo esto».

«Oh, por supuesto. Escuchemos lo que tu pene tiene que decir al respecto». Levantó la voz. «Despierta, Rex. Desde el primer día los Alfera nos la han jugado. Y no puedes o no quieres verlo porque Caterina te tiene envuelto en su dedo meñique».

Mi corazón se torció en un nudo doloroso. Caterina no era una mentirosa. Ella me amaba. Ella no me diría que se casaría conmigo y luego se iría con su padre. «No conocemos toda la historia. Esperemos hasta que vuelva a llamar».

Santino soltó una carcajada y miró a Frank y luego a mí. «¿No te resulta obvio? Porque es obvio para mí. Michael está haciendo un movimiento. Ella ya no te necesita. Por eso se fue».

Él no lo sabía. Él tampoco conocía a Caterina. Dejé a un lado todo el ruido de mi mente y me concentré en lo que sí sabía. Michael me quería muerto. Simple y llanamente. Se había usado a sí mismo como cebo antes, pero falló porque Caterina me ayudó. Clifton hizo su jugada en Ibiza y también fracasó.

¿Cuál era su movimiento ahora? ¿Unirnos e intentarlo una vez más? Si planeaban usar a Caterina para llegar hasta mí, tenían otra cosa por delante porque ella nunca me haría eso. Ella no me traicionaría, como tampoco traicionaría a Michael.

«No podemos quedarnos de brazos cruzados y no hacer nada», Santino se acercó al carrito de la barra y se sirvió un whisky. «Tenemos que asumir que Clifton y Michael están juntos en esto. No podrían llegar a ti por sí solos. Este tiene que ser su último movimiento».

«Ella no los ayudará».

«Ella es una Alfera. Apuñalar por la espalda está en su naturaleza».

«Ella no es Michael», apreté mis manos en puños. «Entiendo que estés enojado porque Michael escapó de ti. Pero estás fuera de lugar aquí. Retírate».

Bebió su bebida y me miró fijamente.

El silencio cayó a nuestro alrededor como humo espeso mientras yo recordaba las últimas horas que pasé con Caterina. Pensé en nuestro tiempo en el restaurante y en el viaje a su oficina. Todo eso había sido real. Caterina no era Michael. Punto.

Abrí la boca para decirle que se fuera al infierno y que saliera de mi casa, pero mi teléfono sonó con un mensaje de texto. Cuando lo tomé, inmediatamente vi el nombre y el hermoso rostro de Caterina.

Caterina: Algo surgió. Te mando una ubicación. Te lo explicaré cuando llegues aquí. Por favor, apúrate.

Arrojé mi teléfono sobre la mesa auxiliar y me froté los ojos. ¿Había leído eso bien? Frank se deslizó en mi línea de visión. Parpadeé para aclarar los puntos brillantes que cubrían su rostro. Me estaba hablando, pero no podía oír las palabras. Todo lo que pude escuchar fue la voz de Caterina en ese texto.

«Señor», Frank me apretó el hombro. «¿Qué hacemos?».

«Eso no tomó mucho tiempo», Santino cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en el

apoyabrazos del sofá. «La princesa está en peligro. ¿Qué hacemos ahora? Servirnos en bandeja de plata o dejar que se pudra».

«Suficiente», miré a Santino.

«Finalmente estamos de acuerdo en algo», se puso de pie y señaló mi teléfono. «Esto es una trampa».

«Lo sé», apreté los dientes.

¿Por qué Caterina estaría de acuerdo con esto? No me había dado cuenta de que Michael tuviera tanta influencia sobre ella. El hombre la vendió antes de que ella naciera. Lo había hecho para salvarse a sí mismo, para conseguir la vida que quería. La arrojó en mis brazos. Sin mencionar que casi hace que la maten cuando vino tras de mí. ¿Ahora ella estaba de su lado? ¿Qué carajo?

Y como las malas noticias siempre llegaban de tres en tres, justo cuando estaba tratando de entender la traición de Caterina, Chase Rossi entró en mi penthouse con Aaron siguiéndolo.

«Señor. Lo encontré abajo. Dice que tiene información que usted necesita escuchar».

Hace más de un mes, les había ofrecido a los Rossi un asiento en el concejo, dado que después de la aniquilación de la familia Gallo, tenía un lugar libre. También le pedí que usara sus recursos y me ayudara a descubrir quién estaba intentando matar a los miembros de La Sociedad. Algo que Santino y yo habíamos descubierto durante nuestra estancia en Ibiza. Mikey, Michael y Clifton estaban todos trabajando juntos.

«Llegas tarde para esa pequeña tarea que te di. Si es por eso que estás aquí».

«Tengo más que un nombre». Chase entró en la sala de estar. «Tengo una ubicación».

«También llegas tarde a eso».

Si fuera un apostador, diría que Michael y Clifton me están esperando en el lugar que Caterina me indicó. El ácido burbujeó en mi estómago ante la idea de que Caterina me había vendido sin pensarlo dos veces, o al menos, pensarlo durante más de un puto minuto.

«Entonces, ¿sabes que Clifton está utilizando uno de nuestros almacenes en Jersey?», Chase apoyó las manos en las caderas. «Nos dimos cuenta de cierta actividad allí hace un par de días. Hemos estado atentos a sus movimientos. No quería acudir a ti hasta estar seguro de que era Clifton y hasta estar seguro de que estaba trabajando con uno de los tuyos».

«Estoy consciente. Pero acabas de decirnos cosas que ya sabemos».

Me encontré con la mirada de Santino. El imbécil tenía razón al decir que yo era ciego en lo referente a Caterina. Pero ahora tenía un mensaje de texto y tres personas diferentes diciéndome lo que debería haber sabido desde el principio. La familia Alfera solo se preocupaba por sí misma. Michael quería volver a ser rey y yo me interponía en ese camino.

«Espera». Tomé mi teléfono de manos de Frank y abrí la ubicación fijada. «¿Este es tu almacén?».

«Sí».

«Entonces ¿lo conoces a detalle?».

Una sonrisa pellizcó el costado de la boca de Chase. «Sí».

«¿Qué estás pensando?», la mirada de Santino se movía entre Chase y yo.

«Voy a activar una trampa». Ya había terminado de jugar bien con Caterina. Solo había puesto en riesgo mi vida, no una o dos veces, sino tres veces. «Vienen conmigo». Señalé a Chase y Santino.

«Vine aquí para ayudar», Chase asintió.

«Te veré allá», Santino se dirigió hacia la puerta.

«¿Te mataría ser un jugador de equipo por una noche?», le dije.

«Ese es exactamente el punto. Yo trabajo solo. Así es como sigo con vida». Cerró la puerta detrás de él.

«No lo necesitamos», señalé a Chase. «Puedo ver que ya tienes un plan para entrar».

«Fue idea de mi esposa. Pero sí. Mia no quería que pensaras que no estamos del mismo lado».

«¿Por qué tendría una idea tan equivocada?», levanté una ceja mientras estudiaba su expresión cautelosa. Chase era nuevo en la escena mafiosa. Pero esta parte la entendía de inmediato. No confiaba en nadie, ni siquiera en mí. «Pareces nervioso».

«No me gusta cómo se hacen las cosas por aquí. Disparar primero y hacer las preguntas después».

«Punto a favor», me encogí de hombros. Si no estuviéramos a punto de enfrentarnos al FBI, la visita de Chase habría sido bienvenida. «¿Qué se le ha ocurrido a Mia esta vez? Ojalá no haya más autobuses llenos de tiradores enojados».

«¿Has oído hablar de eso?».

«Hiciste lo correcto al salvar a esas pobres almas. Tu abuelo se perdió hacia el final».

«Lo hizo y pagó el precio». Sacó su teléfono del interior de la chaqueta de su traje y me mostró un plano. «No se necesitan autobuses. Solo necesitamos un grupo de tipos con armas». Usó tres dedos para pellizcar la pantalla y agrandar la imagen. «Esta entrada está oculta. Conduce a una sala de almacenamiento secreta que usábamos, ¿sabes?».

«Armas ilegales. Puedes decirlo. No soy la puta ATF».

[Nota de la Trad.: *ATF es una agencia federal de los Estados Unidos, responsable de hacer cumplir las leyes federales relacionadas con el control y la regulación de alcohol, tabaco, armas de fuego y explosivos.*]

Chase tosió varias veces como si hubiera tragado y hubiera bajado por el camino equivocado. «Bien. De todos modos, podemos pasar desapercibidos. Clifton tiene un equipo pequeño. Hemos contado diez hombres. Mis muchachos nos están esperando allí. Con tus muchachos, podemos derrotarlo fácilmente».

«¿Tuviste idea de cuánto apoyo recibe de la Agencia? Podemos derrotar a diez agentes entrenados, pero si tiene refuerzos esperando entre bastidores, podría estar caminando hacia una emboscada de la que no pueda retroceder». Me froté la barba de varios días con una mano fría e ignoré el nudo en mi garganta. ¿Por qué Caterina me pondría en esta situación?

«Si se tratara de una operación oficial encubierta del FBI, el almacén estaría repleto de agentes en este momento. No lo está». Se sentó y apoyó los antebrazos en las rodillas. Por la mirada de preocupación en sus ojos, tuve que adivinar que había tenido un encontronazo con Clifton antes.

«¿Tú y este Clifton tienen historia?».

«La tenemos. El año pasado intentó que trabajara con él. Quería los nombres de los 5 grandes».

«¿Los 5 grandes?», me reí del nombre de calle que la gente usaba para La Sociedad.

«Tú eres la persona inalcanzable».

«Puedo imaginarme el tipo de medalla brillante que recibiría si me capturara; vivo o muerto».

«Exactamente. Eso es todo lo que quiere. O era lo que quería antes. ¿Quién diablos lo sabe ya? Pero puedo ver que las cosas han cambiado para él. Mientras que antes tenía un equipo completo a su disposición, ahora parece que todos sus recursos se han agotado».

«¿Crees que se ha vuelto rebelde?».

«Creo que se volvió codicioso». Chase se frotó el pecho. Supongo que son demasiados años

viendo ganar a los malos.

«Aquí todos somos malos, Chase. Entiendo cómo podría sentir que le hemos robado la gloria que cree que se ha ganado». Caminé hacia el carrito de la barra y me serví un whisky. «Pero no soy un maldito ciervo para montar mi cabeza en su pared».

El imbécil había estado persiguiendo a la cabeza de La Sociedad durante décadas. Solo tuve suerte de que él se acercara tanto cuando ahora estaba en mi turno de gobernar. Imágenes de Caterina flotaban en mi mente. Nada de esto era cuestión de suerte o coincidencias. Si el FBI estaba detrás de nosotros, era porque Mikey y Michael nos habían traicionado. Para colmo de males, Michael veía la duplicidad de Mikey como una forma de volver al redil.

«Si Clifton quiere un asiento en la mesa, primero tendrá que pasar por mí», me volví hacia Frank y Aaron. «Preparen a los muchachos. Saldremos en cinco».

«¿Y los hermanos Alfera?», preguntó Frank.

«Déjenlos fuera de esto. Claro, quieren hacer lo correcto. Pero Michael es su padre. Nunca irán contra él».

Todos asintieron y se fueron, dejándome a mí ocuparme del resto. El plan era sencillo. Entrar, desapercibidos, matar a los agentes y agarrar a Caterina y a su padre. Si sobrevivía a la terrible experiencia, tenía una cosa o una persona más con la que lidiar: Caterina. ¿Qué iba a hacer con una traidora? Los estatutos eran claros al respecto. Me pellizqué el puente de la nariz para aliviar el ardor en mis ojos.

Santino podría ser una bala perdida. Pero sé que en lo que respecta a Caterina, él me dejaría tomar la decisión correcta por mi cuenta. Mierda. La Sociedad no podía esperar que yo matara a la mujer que amaba. Incluso si su objetivo en la vida hubiera sido mostrarme cuánto me odiaba.

Agarré el vaso en mi mano y luego lo arrojé al otro lado de la habitación. ¿Era todo esto una artimaña? Desde el principio, Michael supo lo obsesionado que estaba con ella. ¿Consiguió que ella fingiera amarme solo para que yo bajara la guardia y me convirtiera en ese idiota que dejaría que el enemigo durmiera en su cama? Me había dejado completamente abierto. Si yo fuera Michael, habría hecho lo mismo. Este era el momento de derribarme. Sin embargo, tenía otra cosa por delante si pensaba que me quedaría aquí y dejaría que me jodiera.

¿Que hay de ella?

Las palabras brotaron en mi cabeza en un color rojo brillante. ¿Qué habría con Caterina Alfera? ¿Cómo diablos pasaba en el mismo día de ser su futuro esposo a su verdugo?

Capítulo 19

Puedes dejar de actuar ahora

REX

El almacén de Jersey estaba a unos veinte minutos del puerto deportivo, prácticamente en medio de la nada. Lugar fácil para matar a alguien y luego hacerlo desaparecer sin dejar rastro. Éste era el lugar que Caterina había elegido para mí. O tal vez Michael lo había decidido. De cualquier manera, ambos habían determinado que esta noche sería la última. Cerré los puños y no me molesté en hacer ejercicios de respiración. ¿Qué importaba ya? Todo lo que pensé que Caterina y yo tendríamos algún día se había acabado.

«Señor», por un momento antes de concentrarse en la carretera que tenía delante, Frank encontró mi mirada en el espejo retrovisor. «La información de Rossi es correcta. Sus hombres nos están esperando».

Tan pronto como Chase nos informó sobre la ubicación de Clifton al otro lado del río, Frank envió un pequeño equipo para confirmar nuestras sospechas. «¿Está ella allí?».

«Sí, señor».

Miré por la ventana y cerré los ojos con fuerza. El calor de las lágrimas en mis ojos y el nudo en mi estómago eran un recordatorio de que nunca más sería tan estúpido, tan crédulo solo porque una mujer hermosa me mirara con estrellas en los ojos. Todo era una artimaña. Ella nunca hizo nada de eso por mí, lo había hecho para salvar a su papá.

Desde el primer día, todo lo que había hecho, había sido por Michael. Si ella iba a entregarme, ¿por qué esperar tanto? ¿Por qué no dejar que el hombre de Clifton me matara en la casa de la playa? ¿Remordimiento? Me costaba creer que Caterina fuera una asesina. Pero incluso si no lo fuera, Michael tenía sus ganchos tan profundamente en ella que estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. No tomaba en cuenta los días que habíamos compartido. Solo por eso, no podía perdonar su traición.

Tomamos un camino de tierra con hierba alta a ambos lados. La noche era fría y oscura como la mierda. Cuando bajé la ventanilla, una brisa mohosa sopló dentro del auto, pero no hizo nada para aliviar la tensión en mis músculos. Todo mi cuerpo era como un arma cargada, en posición de firmes y esperando entrar en acción. De todo esto surgía algo bueno, Michael finalmente estaba listo para mostrar su verdadero yo. Y eso me daba la oportunidad de hacer las cosas bien. Ya era hora de que Michael pagara su deuda.

«Rex», Chase se acercó a la camioneta. «Solo di cuándo».

«¿Están completamente rodeados?».

«Sí. También tengo hombres en el camino», Chase asintió y sus ojos se oscurecieron con determinación.

Tuve la sensación de que él quería terminar con esta situación con Clifton tanto como yo.

«Cuándo», sonreí.

No tenía sentido prolongarlo. El imbécil responsable de matar a toda la familia Gallo estaba dentro de ese edificio. No podía dejar que se escapara por segunda vez. Aunque, técnicamente hablando, la última vez que tuvimos un enfrentamiento, había sido yo quien se había escapado de él.

En el siguiente suspiro, todo mi equipo se movilizó y se dispersó silenciosamente por el campo para unirse al equipo de Rossi. Seguí a Chase hasta el lado del almacén donde se encontraba la entrada secreta. Desenroscó una tapa hecha de fibra de vidrio compuesta. Cuando la arrancó de la pared, señaló hacia un túnel largo y oscuro.

«Yo iré primero», dejó el panel y entró.

Tan pronto como cruzamos el umbral, uno de sus hombres volvió a cerrar la entrada y nos sumió en la oscuridad. Me quedé detrás de él, agarrando con fuerza mi arma. Clifton y Michael tenían que saber que no vendría solo. ¿Cuál era su juego? ¿Ofrecerme un nuevo trato o simplemente matarme? La arrogancia de Michael no tenía límites. Apuesto a que pensó que una vez que yo muriera, mi equipo cambiaría su lealtad hacia él. En eso se equivocaba.

Antes de llegar al final del túnel, afuera se desató el infierno. Mierda. Clifton o los muchachos de Michael se habían dado cuenta de que estábamos aquí. Corrí hacia la puerta y la abrí. Mi mirada inmediatamente se centró en Caterina. Se encontraba sentada junto a Michael mirando su teléfono. Los pocos segundos que me tomó recuperarme de verla con vida le dieron a Clifton y sus hombres tiempo suficiente para comenzar a disparar.

Bien, entonces no estaban interesados en un nuevo acuerdo.

Chase me cubría, sin embargo, el tiempo suficiente para darle tiempo a Santino y a Frank la posibilidad de entrar por la puerta principal, con las armas apuntando. Michael alejó a Caterina de la línea de fuego y se escondió detrás de una mesa que había derribado. Mi mirada recorrió el enorme espacio, buscando el rostro de Clifton. Pero no se veía por ningún lado. ¿A qué diablos estaba jugando?

«Quédate con ellos», grité por encima de los disparos, encontrando la mirada de Santino.

«No te preocupes. No van a ir a ninguna parte». Santino gritó en respuesta, dirigiéndose hacia Michael. Finalmente, tenía a su presa a su alcance.

Me di la vuelta y regresé por donde habíamos entrado. Clifton no podría haber ido muy lejos, incluso si se había ido tan pronto como se había dado cuenta de que había aparecido con un equipo completo. Afuera, los disparos habían cesado. A lo lejos, vi las luces traseras de un coche que se alejaba. Corrí tras él, disparando ronda tras ronda, pero fue inútil. El imbécil se había ido.

«Mierda», grité en la noche.

Así era como Clifton se había mantenido con vida durante tanto tiempo; dejando a su equipo colgado tan pronto como las cosas se salían de su control. Había hecho la misma maniobra hace un mes cuando intentó matarme en mi propio yate. Ese día, había arrojado a Mikey Gallo debajo del proverbial autobús mientras escapaba. Ahora había dejado que Michael y Caterina se las arreglaran solos.

Cuando regresé al edificio, Frank me alcanzó, mientras miraba las tenues luces rojas en la distancia, frunciendo los labios. «Hijo de puta. Nueve de sus agentes han caído».

«Bien. Traigan un equipo de limpieza aquí. Y vámonos».

«Comprendido, jefe».

Abrí la boca para preguntar por Caterina, pero decidí que en realidad no importaba. En cambio, observé la escena frente a mí. Los agujeros de bala en el costado del almacén, las abolladuras en los autos y los hombres caídos. Miré hacia arriba y dejé escapar un suspiro. Por

eso La Sociedad prefería su anonimato, por eso habíamos seguido siendo una entidad secreta durante más de cien años.

Si no hubiera sido por la información privilegiada de Chase, esta noche habría sido peor. Mi pecho se apretó al pensar que todos estábamos aquí por culpa de Caterina. Froté la mancha sobre mi corazón y caminé hacia la entrada principal.

Santino había cumplido su promesa de no dejar ir a nuestros prisioneros. De ahora en adelante, eso eran exactamente los Alfera. Ya había terminado de pedir su favor, su aprobación. Por mi parte, había cumplido mi promesa a Anna Alfera. Lo que venía después de esta noche no sería culpa mía.

Tanto Michael como Caterina tenían las manos atadas a la espalda y la boca amordazada. Ladeé la cabeza y miré a Santino.

«Es mejor si no te echa miel en la oreja», Santino sonrió.

Dejé escapar un suspiro y me acerqué a ella. «¿Enviaste ese mensaje de texto?».

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

«Respóndeme», la agarré del codo.

Ella hizo una mueca de dolor y asintió una vez.

«¿Michael te hizo enviar ese mensaje?».

«Rex». El trapo que tenía en la boca amortiguó la palabra, pero la entendí. «Por favor».

«¿Te obligaron de alguna manera?».

Ella sacudió la cabeza mientras se acercaba a mí. La desesperación estaba escrita en todo su rostro. Hace seis horas, habría sido tan estúpido como para creer que ella estaba preocupada por mí. Su cuerpo rozaba el mío. En un instante, toda la ira que sentía se apoderó de mí. La agarré por los hombros. Ella hizo una mueca de dolor, pero no alivió la presión.

«Puedes dejar de actuar ahora. Jugaste tu última mano y te explotó en la cara», dije con los dientes apretados. «Ya no puedes suplicar por su vida. Hemos terminado».

Por supuesto, su reacción fue darse la vuelta y buscar a Michael. El ácido se acumuló en el fondo de mi estómago. Bien. Si a ella no le importaba. A mí tampoco. Ella hizo ademán de alejarse de mí, así que la dejé ir. Perder mi apoyo hizo que tropezara y cayera al suelo. Quería ayudarla a levantarse. Pero ella necesitaba entender que ya no era su marioneta. Entonces, en lugar de eso, la miré con el ceño fruncido.

«Llévatela», dirigí mi atención a Aaron. «No saldrá de su habitación hasta que yo decida qué hacer con ella».

«Sí, señor», él la agarró por ambos hombros y la levantó. «¿Y Michael?».

«Tenemos un lugar especial para los de su especie, ¿no?»., me tragué el mal sabor de boca y regresé a la camioneta. Estar tan cerca de ella hacía que mis entrañas se retorcieran de agonía.

A la mañana siguiente, la luz del sol bañó mi habitación con un cálido resplandor mientras yo yacía en la cama completamente vestido y mirando al techo. No me había movido en las últimas ocho horas. En algún momento de la noche ya había tomado una decisión sobre Caterina. Cualesquiera que fueran mis sentimientos hacia ella, ya no importaban. Todavía tenía un deber que cumplir. La Sociedad necesitaba un líder, un rey.

Entumecido, caminé hacia el baño y abrí la ducha. Me paré bajo el cálido rocío y, sin pensar, realicé el proceso de prepararme para el día. Cuando regresé a la suite, Mary Anne estaba de pie en el pasillo. En el momento en que entré en su campo de visión, llamó a la puerta y entró.

«Ahora no», levanté la mano y ella se detuvo en seco.

«Lo siento, Rex. Tengo algunas preguntas para el evento de esta noche. ¿A menos que haya sido cancelado?»., lo formuló como una pregunta. El matiz de esperanza en su tono delataba lo

que sentía por la recepción de esta noche.

«No, no ha sido cancelado», puse una mano sobre mi pecho. «¿Qué necesitas?».

«Flores». Ella dio un paso vacilante hacia mí. «Sería un buen toque si al menos hicieras algo que a ella le gustara».

Me pellizqué la nariz e inspiré profundamente. Solo pensar en ella hacía que mis entrañas se estremecieran. «Glicinia japonesa. Confío en ti. Haz lo que quieras». Salí por la puerta y me dirigí hacia el comedor. Tenía un día completo por delante y no tenía ningún deseo de seguir adelante. El desayuno parecía una buena manera de pasar el tiempo.

En el momento en que entré a la habitación, me arrepentí de mi decisión. Caterina se encontraba sentada junto a mi lugar al pie de la mesa, empujando un arándano alrededor de su plato. Me quedé inmóvil. Mi cabeza me instó a darme la vuelta y salir, pero mi corazón latía tan rápido que no podía moverme.

«Mary Anne», llamé detrás de mí, sabiendo que mi asistente me había seguido. Y ahora me daba cuenta de que había querido advertirme que Caterina también estaba desayunando... o no desayunando, por así decirlo. «Pídele al cocinero que le haga un omelet. Y asegúrate de que se sirva en su habitación».

«Por supuesto». Los ojos de Mary Anne se llenaron de lágrimas de lástima. En ese momento, no estaba segura de si su angustia era por mí o por Caterina.

«No tengo hambre», Caterina se puso de pie.

«No pregunté».

«Rex».

Apreté mis manos en puños y caminé hacia ella. «¿No me escuchaste anoche? No debes salir de tu habitación hasta que yo lo diga. Ve».

«No puedes retenerme aquí así. Necesitamos hablar».

«Ya terminé de hablar contigo. Terminarás tu desayuno arriba y luego te prepararás».

Levantó la cabeza y su mirada oscilaba entre Mary Anne y yo. «¿Prepararme para que?».

«Nuestra boda».

«¿Qué?».

Me tragué el nudo que tenía en la garganta y me fui. Al diablo con el desayuno, necesitaba un trago fuerte. Mary Anne se quedó atrás para explicarle las cosas a Caterina. Anoche había llegado a la conclusión de que la única manera de mantener viva a Caterina, después de que ella me traicionara a mí y a La Sociedad, era ejecutando el contrato de Michael. La única manera de deshacerme de él y asegurar mi lugar dentro de la organización era casándome con Caterina, más temprano que tarde. Clifton todavía estaba ahí y quién sabía cuánto tiempo le llevaría formar un nuevo equipo.

«Bien. Estás aquí. Llegas tarde, pero estás aquí», Santino me puso un whisky en la mano tan pronto como entré a la sala de juntas. «Permíteme presentarte a un buen amigo mío, el padre Esposito».

«Rex», estreché la mano del sacerdote. «Supongo que Santino se lo explicó».

«Así es, Don Valentino», su voz temblaba mientras se secaba la frente con un pañuelo gastado que sacó del bolsillo de sus pantalones. «Estoy aquí como un favor al Don Buratti».

«Estoy seguro de eso».

Tuve la impresión de que el buen padre no estaba aquí por voluntad propia. Demonios, como si me importara. Ya nada me importaba. Este matrimonio tenía que ocurrir de una manera u otra. Un oficiante reacio era la menor de mis preocupaciones.

«El anciano envía sus disculpas», Santino se encogió de hombros y tomó un gran trago de

whisky.

Lo último que supe fue que el padre de Santino no se había recuperado completamente del último intento de asesinato, lo que significaba que Santino debía hacerse cargo de su negocio familiar en cualquier momento. ¿Quién diablos sabía qué lo estaba frenando o por qué no lo había hecho ya?

Al cabo de una hora empezaron a llegar nuestros invitados. Este no iba a ser un evento lujoso, solo lo suficientemente grande como para incluir a todos los que estaban familiarizados con el contrato de Michael. La signora Vittoria y Donata Salvatore fueron las primeras en llegar. Asintieron en mi dirección y se dirigieron directamente hacia el carrito del bar. Chase y Mia Rossi aparecieron unos minutos más tarde. Antes de darme cuenta, todos los miembros del concejo se habían reunido.

«Parece que todos están aquí. Iré a buscar a la feliz novia», Santino dejó su vaso y me miró. «¿A menos que quieras que también busque a sus hermanos y tenga a toda la familia reunida?».

«Michael es el único que necesitamos aquí hoy».

«Correcto». Se sirvió otro trago y salió de la habitación.

Me encontré con la mirada de Donata al otro lado de la habitación. Sacudí la cabeza como diciendo, “Espero que sepas lo que estás haciendo”.

Levanté mi vaso y bebí. Ésta era la única manera de restaurar la paz. En el momento en que Michael se diera cuenta de que no tenía derecho a mi título, tendría que dar marcha atrás. Si tan solo esta solución no incluyera el pequeño detalle de que tenía que atar mi vida a Caterina. ¿Cómo diablos iba a soportar su presencia en mi casa, día tras día?

Gracias a Santino, no tuve que hacer otro tiovivo repasando todas las respuestas posibles a nuestro jodido dilema. Abrió las puertas de par en par y dio paso a Caterina y Michael. Ambos atados y amordazados nuevamente. ¿Caterina se había opuesto cuando supo que se casaría conmigo en unos minutos?

Metí las manos en los bolsillos para mantener la compostura. Que me jodan si no se veía absolutamente hermosa con ese vestido blanco y su cabello recogido en rizos desordenados. Sus labios rojos y carnosos y sus suaves mejillas eran el fondo perfecto para esos ojos verdes. Esos ojos que una vez más estaban llenos de odio y desprecio hacia mí. Un aleteo se instaló debajo de mi ombligo. Respiré profundamente y lo aparté antes de girarme para mirar al padre Esposito.

«Sigamos adelante».

En mi visión periférica, Santino hizo pasar a Caterina a mi lado y luego ocupó su lugar a mi izquierda. «Es su momento, padre», le hizo un gesto para que continuara.

El sacerdote miró fijamente a Caterina y Michael, luego desvió la mirada hacia el libro que tenía en la mano. «Dios ayúdame. Estamos reunidos aquí hoy». Habló sobre la santidad del matrimonio y lo que se necesitaría para que una relación a largo plazo funcionara.

Mencionó el amor, la confianza y el respeto. Nada de lo que Caterina y yo teníamos ya. Lo único que teníamos era un contrato jodido que pronto se cumpliría. Cambié mi peso entre un pie y el otro, cada vez más impaciente con la mierda ceremonial. Mi manga rozó el brazo desnudo de Caterina y ella me lanzó una mirada de advertencia.

Por supuesto, mi toque ahora le resultaba repulsivo. No me importaba si ella me amaba o me odiaba. No tenía intención de volver a tocarla nunca más. Entonces todas sus miradas de advertencia podrían irse al infierno.

«Lo siento, Don Valentino, pero necesito oírla decir las palabras». Hizo un gesto hacia su Biblia. El hombre estaba tratando de hacer que esto encajara en su ámbito moral.

«Hazlo», le dije a Santino.

Si la tocaba, no sabía qué pasaría después.

Santino caminó a mi alrededor y le quitó la mordaza. Caterina dejó escapar un largo suspiro mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Por un segundo pensé que le rogaría al padre Esposito que la dejara ir. Abrió la boca, pero las palabras no salieron.

«Te lo preguntaré de nuevo, querida. ¿Aceptas a Rex Valentino como tu legítimo marido, para abrazarlo y cuidarlo hasta que la muerte los separe?», frunció el ceño mientras sus ojos se llenaban de lástima.

«Rex, ella me miró.

Nuestras miradas se cruzaron.

«Contesta», mi corazón latía con fuerza contra mis costillas.

«Sí», ella apartó la mirada de mí.

El padre Esposito volvió a secarse la frente y luego procedió a hacerme la misma pregunta.

«Sí», asentí brevemente.

«Por el poder que me ha sido conferido, los declaro marido y mujer». El sacerdote relajó el hombro y sonrió. «Puede besar a la novia».

Me volví hacia Caterina y recorrí con la mirada su cuerpo. Después de todo este tiempo, finalmente estábamos casados. Y, sin embargo, nada había cambiado entre nosotros. Todavía me consideraba su enemigo. Y ni siquiera me atrevía a besarla.

«Santino», lo llamé por encima del hombro. Cuando me dio unas palmaditas en el hombro, la rodeé y salí de la habitación.

Capítulo 20

Ya es suficiente

CATERINA

Cuando pensé en casarme con Rex, nunca en un millón de años pensé que sería así. Y todo debido a un estúpido malentendido... o más bien por la falta de confianza de su parte. Si tan solo Santino me dejara explicarle. Me volví para mirarlo ahora.

«Señora Valentino», hizo una reverencia cortés y, por un segundo, el gesto casi pareció sincero.

«¿Por qué no me dejas hablar con él?», le mostré las ataduras alrededor de mis muñecas. «Esto no es necesario. No soy una prisionera».

«Recuerdo que Rex los llamó a ambos exactamente así».

«Y qué, ¿ahora eres su perro guardián? ¿Te ordena que nos mantengas aquí y lo sigues como a un cachorro?», lo fulminé con la mirada, deseando poder sacarle de un manotazo su exasperante calma.

«Me ofrecí como voluntario para el trabajo», una sonrisa apareció en sus labios. «Las bridas y las mordazas son para la protección de Rex».

«Santino, por favor. Déjame hablar con él», me acerqué.

Soltó una carcajada y agarró mi mano izquierda para mostrarme mi anillo de casada. «¿No se está agarrotando alrededor de ese dedo meñique? No soy Rex. Puede que lo tengas atorado en tu dedo meñique, pero estoy aquí para asegurarme de que no te metas más con su cabeza».

«Nunca quise lastimarlo. Y lo sabes».

«Lo que sé es que has estado jodiendo con él desde el principio. Estás tan absorta en el juego de Michael que no te importa cómo lastimas a Rex. Clifton, la muerte de Mikey y todos los demás intentos ocurren gracias a ti. Si Rex pudiera dejar de pensar con su pene por un minuto, tendría todo esto resuelto», dijo señalando a papá.

Interpretando sus palabras, lo que realmente había querido decir era que, si no fuera por mí, Rex habría matado a papá hace mucho tiempo.

Santino se llevó el vaso a los labios y tomó un largo trago. «Pero él sigue escuchando tus mentiras y haciendo concesiones por ti. ¿No ha muerto ya suficiente gente?».

Las lágrimas picaron en mis ojos mientras consideraba sus palabras. Todo lo que siempre había querido era que papá estuviera a salvo. Al luchar por papá, puse en riesgo a Rex y a todos los miembros de La Sociedad. Me di vuelta para mirar a Donata. Estaba parada al fondo de la sala de juntas con una bebida en la mano. La mirada severa en su rostro me decía que estaba de acuerdo con Santino.

«Mary Anne dijo que hay una recepción en la azotea. No iré así, como un cerdo de premio», le mostré mi muñeca.

«Desde las cuatro de la madrugada, un ejército de personas ha estado trabajando en esta recepción nupcial. Y de nuevo, lo hizo por ti. En cuanto a ser un cerdo de premio, bueno, deberías hablar con tu papá sobre eso. De cualquier manera, irás a esta fiesta y sonreirás y les mostrarás a todos que Michael cumplió su promesa».

«Entonces quítame esto. Y a papá también».

«Si intentas irte, mis hombres tienen órdenes de dispararle a Michael». Sacó una navaja del interior de su chaqueta y cortó las bandas. «Mantente alejada de Rex esta noche. El hombre ya tiene suficientes preocupaciones».

«Si ustedes dos no hubieran aparecido anoche con armas de fuego, Clifton ya no sería un problema», dejó caer las bandas de plástico al suelo.

Probablemente no debería intentar hablar con Santino. Él ya había tomado una decisión sobre mí. Pasara lo que pasara, él no iba a creer nada de lo que dijera. El único que me importaba que supiera la verdad era Rex. Necesitaba saber que yo no le había tendido una trampa.

«Te pareció bien arrojar a Rex a los lobos. Pero yo no. Lo necesitamos en la cabecera de la mesa». Se pasó una mano por el pelo. «Al menos hiciste una buena acción hoy. Debido a este matrimonio, Michael ya no tiene forma de regresar a La Sociedad, de ninguna manera como antes».

«Hasta nunca», la signora Vittoria tomó un sorbo de su copa de vino.

Cruzando los brazos sobre el pecho, escaneé la habitación buscando a papá. Había encontrado el camino hacia la silla de respaldo alto de Rex, amordazado y con las muñecas atadas. ¿Cuándo había sido la última vez que papá había estado en esta habitación? Mi corazón se partió en dos viéndolo así, perdido y hecho pedazos sin mamá. Ayer conocí al capo de la mafia que solía ser. Pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, más hablábamos de mamá y de lo que ella quería para nosotros, y él había logrado, una vez más, encontrar al hombre del que mamá se había enamorado.

Sabía sin lugar a dudas que una vez que Rex apareciera, papá habría hecho lo correcto y habría logrado que Clifton se retirara dándole lo único que le importaba: papá. Santino no conocía a papá como yo. Entonces, en cierto modo, entendí por qué mi plan parecía una traición. Pero Rex lo sabía mejor. Es más, me conocía.

«Papá, subamos. Un poco de aire fresco te rejuvenecerá». Alcancé la bola de tela que tenía en la boca y se la saqué.

«Bells, lo siento», tomó mi mano entre las suyas. «Por todo. Eres muy parecida a ella. No merezco tu amabilidad».

«Yo decido quién la merece». Le lancé una mirada por encima del hombro a Santino.

«Ahórranos el drama familiar», Donata se unió a Santino junto al carrito de la barra.

Papá asintió una vez y me ofreció su brazo, lo cual fue un gesto incómodo ya que todavía tenía las muñecas atadas. Santino se acercó a nosotros y cortó las bridas antes de indicarnos que continuáramos.

«El objetivo de esta noche es simple». Nos abrió la puerta. «Todos deben abandonar el ‘Crucible’ esta noche sabiendo que las cinco familias están más unidas y más fuertes que nunca».

La signora Vittoria se rió y se unió a papá. «¿Desde cuándo eres un gran jugador de equipo?».

«Desde que los agentes empezaron a dispararle a mi familia».

Su mirada oscura habría hecho que cualquiera retrocediera de miedo, pero Vittoria sostuvo su mirada por un momento y luego sonrió. «Sigamos con esto entonces».

«Me gustaría pensar que nuestra boda fue mejor, pero en realidad no lo fue». Mia, la esposa

de Chase, siguió el paso de Donata.

Rex había mencionado que Chase y Mia también habían tenido un matrimonio arreglado el año pasado. Por el tamaño de su barriga de embarazada y las estrellas que tenía en los ojos cada vez que miraba a Chase, diría que las cosas iban bien. Mi única esperanza era que Rex y yo no hubiéramos perdido la oportunidad de tener una vida feliz juntos.

«Se está formando una familia grande y feliz», Donata levantó su copa y bebió mientras nos seguía hasta el vestíbulo fuera de la sala de juntas.

Cuando se abrió la puerta del ascensor que conducía a la azotea, mi boca prácticamente cayó al suelo. Las luces de la recepción se entrecruzaban en lo alto con las hebras adornadas con lirios morados que colgaban bajos. Las enredaderas de glicina y las luces parpadeantes agregaban una capa caprichosa al espacio. Mary Anne había hecho un trabajo increíble al reorganizar los muebles para crear áreas de asientos separadas a lo largo de la pared de cemento que daba a Central Park. Si hubiera tenido algo que decir en esta fiesta, no pensé que hubiera hecho nada diferente.

Papá actuaba como anfitrión a la perfección, presentándose a viejos amigos y haciendo que pareciera que mi unión era una ocasión feliz, y no el precio por su libertad y una vida con mamá. A medida que avanzaba la noche, mejoré en sonreír y asentir a los extraños. En verdad, la recepción habría sido un sueño hecho realidad si Rex no hubiera pasado todo el tiempo mirándome como si fuera su enemigo mortal, y Santino mirándome como un perro cada vez que me acercaba a unos pocos pies de Rex.

Como era de esperar, mientras la fiesta aún estaba en pleno apogeo, Rex desapareció. Cuando eso sucedió, Santino se unió a papá y a mí. «Creo que es hora de que nuestra encantadora novia se una a su marido. ¿No crees?», me agarró del hombro. «Michael se quedará y charlará un poco más».

«Buenas noches papá», besé su mejilla y él me dio unas palmaditas en el brazo.

No aprecié que Santino me dijera qué hacer, pero realmente necesitaba hablar con Rex. Con el corazón acelerado, me dirigí al penthouse. Las luces de la ciudad me saludaron cuando entré. Esperaba ver a Rex cerca del carrito del bar, pero no fue así. Corrí escaleras arriba y me dirigí directamente a su suite.

La habitación se veía igual que hace dos noches, cuando Rex y yo pasamos mucho tiempo teniendo sexo junto a la chimenea. Lo extrañaba mucho.

«¿Qué estás haciendo?», Rex salió del baño con pantalones de pijama y un vaso de whisky en la mano. El pecho desnudo y los mechones húmedos rozando el costado de su cara me hicieron sentir dolor por él: su tacto y calor corporal.

Se me cortó la respiración y me quedé sin palabras. «Santino pensó que yo también debería dejar la recepción».

«¿Qué parte de no quiero volver a verte nunca más, no entiendes?», arrojó la toalla sobre la cama y se acercó a mí. «Sal de aquí»

«Rex, por favor déjame explicarte».

«Ya terminé de concederte favores, ya terminé de escuchar tus mentiras, ya es suficiente. Hemos terminado, Caterina». Arrojó el vaso a la chimenea. «Sal de mi habitación. Ahora».

Mi cuerpo se sacudió por la sorpresa y tropecé hacia atrás. De alguna manera, logréirme sin caer de bruces. Corrí a mi suite, cerré la puerta y me apoyé en ella mientras el corazón me latía en los oídos. Rex realmente me odiaba. ¿Cómo no podía ver que no necesitaba elegir entre él o papá? Papá quería que yo fuera feliz. Finalmente había entendido que quería estar con Rex. ¿Por qué no podía confiar en mí como yo confiaba en él?

Caminé hacia la cama y me dejé caer sobre las sábanas. Esta noche me recordó mucho a la primera vez que Rex me mostró el mundo de Kinbaku. Excepto que ahora ya no me amaba.

* * *

«Buenos días dormilona. ¿O debería decir buenas tardes?».

Abrí un ojo justo cuando Violet descorría las cortinas. Haciendo una mueca por el impacto de la luz brillante en mi cara, me tapé la cabeza con las mantas. «¿Por qué estás aquí?».

«Estaba en el vecindario y pensé en pasar y ver cómo estabas. ¿Por qué ignoras mis mensajes de texto? Han pasado semanas», se dejó caer al otro lado de la cama y miró debajo del mullido edredón. «Tu habitación huele como si no te hubieras duchado en días».

«Probablemente porque no lo he hecho».

«¿Qué está pasando, cariño?», estiró las piernas y apoyó la cabeza en la almohada a mi lado.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas en el momento en que abrí la boca para decírselo. «Me odia. Ha pasado un mes entero desde la boda y no tengo idea de dónde está. Ni siquiera puedo ver a papá».

Pensé en todas las veces que intenté acercarme a Rex y no obtuve nada más que desdén de su parte. Se negaba a escuchar todo lo que dijera. Dios, ni siquiera podía soportar estar en la misma habitación que yo. Más de una vez había salido del comedor cuando yo aparecía para desayunar o cenar. Pensé que, si seguía encontrándome con él, finalmente se cansaría de estar tan enojado y triste y querría escucharme. Pero en lugar de eso, abandonó el penthouse. Me quedé allí en lo alto de las escaleras y lo vi salir furioso agarrando firmemente una maleta a su lado. Eso era lo mucho que me odiaba. Esta casa no era lo suficientemente grande para nosotros dos. Moviendo mi cuerpo, enterré mi cara en la almohada para que Violet no me viera llorar. Lo extrañaba mucho; no podía soportarlo.

«Ay, cariño».

«Creo que se mudó».

«No lo hizo», ella acarició mi cabello. «Y créeme cuando te digo que ese hombre todavía está perdidamente enamorado de ti, probablemente no de esta versión tuya. Pero sabes a qué me refiero».

«Dices eso porque no lo has visto. La primera semana que estuvo aquí, me evitó como si tuviera algún tipo de enfermedad extraña. Y no me quiere decir qué hizo con papá». Cerré los ojos con fuerza y me obligué a dejar de llorar. No había hecho nada más durante las últimas cuatro semanas.

«¿Es por eso que no has salido de tu habitación?».

«¿Por qué lo haría? Esta es mi vida ahora».

Ella soltó una carcajada. «¿Muy dramática? Vamos», empujó mi hombro. «Vamos a meterte en la ducha y a salir un rato. Anda», se mordió el labio inferior. «Tal vez no salir, salir. ¿Qué tal un almuerzo en la azotea? Mary Anne dijo que a veces vas allí a leer».

Durante los últimos treinta y dos días y tres horas desde que nos casamos, me había convertido en el fantasma del penthouse de Rex, deambulando entre mi suite y la azotea. «No tengo ganas de salir. Aunque una ducha suena bien».

«Qué niña. Encárgate de eso», me tocó el pelo y sacudió la cabeza con desaprobación. «Y le pediré a Mary Anne que suba algo de comer. Y no me pongas esa cara, comerás. Parece que has perdido peso».

Sacó mis piernas del colchón hasta que no tuve más remedio que levantarme de la cama.

Caminé penosamente hasta el baño y abrí el agua. El agua caliente alivió la picazón en los ojos y los músculos adoloridos. Me quité rápidamente el champú y el gel de baño y luego salí.

«¿Estás presentable?», Violet llamó a la puerta y luego entró, encontrando mi mirada en el espejo. «Dios, ¿cuándo fue la última vez que te pasaste un peine por el cabello? ¿En serio? ¿Rex te ha visto así?».

Mis labios se fruncieron. «Te dije que no quiere verme».

«Aún así. El hecho de que tu chico esté siendo un idiota testarudo no significa que puedas faltarte el respeto a ti misma de esta manera, chica». Cogió un peine y me empujó hacia el taburete del tocador antes de comenzar a trabajar en los mechones enredados.

«Gracias», abracé su brazo.

«Entonces, ¿qué vamos a hacer con Rex?».

«No hay nada que hacer. Te dije que ni siquiera está en casa». Sonreí ante su reflejo en el espejo, feliz de que hubiera pensado en venir a verme. «He intentado hablar con él muchas veces. Pero cada vez, simplemente sale corriendo de la habitación. No escucha ni una sola palabra de lo que digo. Tiene miedo de que cambie de opinión. Y ahora se ha ido».

«El está en casa. Creo que deberías intentar hablar con él».

Puse los ojos en blanco porque no había hecho nada más que intentar tener una conversación con él desde la boda.

«Hazlo otra vez. Y otra vez, hasta que atraveses esa gruesa cabeza suya. No se ve bien. Quiero decir, por supuesto, es increíblemente sexy, pero ya sabes a lo que me refiero».

Me reí. Todo mi cuerpo anhelaba volver a verlo, tocarlo. Después de arreglarme el cabello, me dejó para que terminara yo. Me puse un sencillo vestido de domingo y sonreí para mis adentros mientras me ponía un par de ropa interior de encaje rojo. Cuando pensé en todas las veces que Rex me hizo estar sin bragas, se me formó un nudo en la garganta.

«Ya basta. Llorar no va a arreglar nada», regañé a la mujer en el espejo, luego salí a la terraza para encontrarme con Violet.

Mary Anne nos había traído una bandeja de sándwiches y pastelitos para comer y nos había preparado un buffet. Ante la insistencia de Violet, logré comer algunas cosas. Era muy fácil hablar con ella y, en un par de horas, me hizo reír de nuevo.

«¿Sabes qué? La azotea parece una buena idea. Subamos allí y emborrachémonos».

«Así se habla», ella se puso de pie de un salto y me sacó de la cama. «Vámonos ahora antes de que cambies de opinión».

Tan pronto como abrí la puerta, una descarga de adrenalina recorrió mi cuerpo. Me detuve en seco y miré a Rex parado allí, vestido únicamente con pantalones deportivos grises. Jesús, se veía más hermoso de lo que recordaba. Aunque ese ceño fruncido en su rostro era algo que no había podido olvidar durante el último mes. El odio en sus ojos había perseguido mis sueños casi todas las malditas noches.

Y entonces me di cuenta. Me volví para mirar a Violet y el traje que llevaba. Era similar a los que usaba cuando me unía a Rex en la sala de cuerdas. ¿Qué demonios? Miré a Rex.

«¿Estuviste allí con él?», le pregunté a Violet.

«Eso no es asunto tuyo», Rex respondió por ella.

Las primeras palabras que me decía en lo que parecía una eternidad y habían sido para decirme que había estado con Violet; alguien a quien había llegado a considerar una amiga. Mi sangre hirvió al instante. Me había ignorado todo este tiempo. Había estado fuera por Dios sabe cuánto tiempo y ahora que estaba aquí, ¿estaba pasando tiempo con Violet? ¿En la sala de cuerdas? Mis mejillas y orejas ardían. Con el corazón latiendo con fuerza, caminé hacia él.

«Yo soy tu esposa», apreté mis manos en puños y lo golpeé justo en el pecho. «Es asunto mío».

«Caterina, no fue así», Violet dio un paso hacia mí. «Lo siento, no pensé que te importaría que nos asesorara durante una suspensión».

«No te disculpes», Rex me miró con una expresión abrasadora y luego regresó a la sala de cuerdas.

«¿Qué carajo?», lo seguí, ignorando la cadena de lo siento de Violet.

En el interior, el lugar familiar fue un shock para mi sistema. De repente, me sentí viva otra vez. La música y el dulce incienso que permanecía en el aire me trajeron a una época en la que Rex y yo éramos felices, cuando él me amaba y confiaba en mí incondicionalmente.

Cuando me recuperé, escaneé la habitación y lo encontré junto a la mesa de cuerdas donde estaba enrollando la cuerda con destreza. Lava fundida en forma de celos me atravesó. La idea de Violet en sus brazos hizo que mi mente se saliera de control.

«¿Cómo te atreves?», caminé hacia él.

Soltó el bulto en el que había estado trabajando y apoyó las manos en la mesa de acero. Los músculos de su espalda se tensaron en una miríada de planos y valles sudorosos.

«Si ya no me amas, ¿por qué me tienes aquí?», pregunté entre dientes. Tenía la mandíbula tan apretada que apenas podía respirar.

Cuando no respondió, lo empujé para que se diera vuelta y me mirara. No podía soportar más esta situación, vivir aquí tan cerca de él y al mismo tiempo tan lejos. ¿Y ahora esto? La idea de que Rex pasara algún tiempo con otra mujer, medio desnuda y sudorosa, me hizo enrojecer. Lo empujé de nuevo y retrocedió unos pasos.

Nuestras miradas se cruzaron. Y ahí estaba otra vez, el brillo cálido y tormentoso en sus ojos. Me acerqué y lo golpeé de nuevo, realmente buscando algún tipo de conexión con él, pero me agarró ambas muñecas. «Ya es suficiente».

«¿Sabes qué? Tienes razón. Ya es suficiente». Aparté mi brazo, pero él apretó con más fuerza y me atrajo hacia él.

Su piel caliente rozó mi frente y suspiré. Odiaba que incluso después de la forma en que me había tratado desde la boda, mi cuerpo todavía lo anhelaba. Odiaba cómo podía simplemente alejarse y tirar por la ventana sus sentimientos por mí. Odiaba lo rotas que estaban las cosas entre nosotros ahora. Lo había dicho antes, podía perdonar cualquier cosa, excepto una traición, que era exactamente de lo que pensó que yo era culpable cuando le pedí ayuda.

Entre papá, Rex y yo, podríamos haber derrotado a Clifton. No con armas ni persiguiéndolo hasta los confines de la Tierra, sino con un plan sólido. El hombre solo quería recuperar su dignidad después de todo el tiempo que perdió persiguiendo a mi padre y al padre de Rex.

Pero Rex no pudo ver más allá de mis acciones. Él nunca iba a recuperarse de esto. Su pecho subía y bajaba mientras inhalaba y exhalaba. La bocanada de cálido aliento permaneció entre nosotros por un momento antes de descender hasta mi núcleo como una voluta de humo. Estaba en mi punto de quiebre y a él seguía sin importarle.

«Conseguiste lo que querías. Eres oficialmente el rey de todo. Ya no me necesitas. Me voy a casa», aparté mis manos.

La presión en mi pecho amenazó con partirme por la mitad, pero logré llegar hasta la puerta antes de que volviera a hablar.

«Ponte de rodillas mirando al espejo».

Capítulo 21

Abre tus ojos

CATERINA

Todo el aire salió de mis pulmones. Alcancé el pomo de la puerta con dedos temblorosos. ¿A quién estaba engañando? Ya ni siquiera podía fingir que quería irme. Rex lo sabía. ¿Por qué si no me daría la espalda para levantar un rollo de cuerda color rosa de la pared? No me estaba obligando a quedarme ni persiguiéndome.

Respiré hondo y caminé hacia la alfombra frente al espejo enmarcado. Hoy me llamaban la atención las hojas doradas de la madera, probablemente debido a la iluminación. La habitación no estaba tan mal iluminada como de costumbre.

Cuando me arrodillé, Rex se acercó a mí. Dejó caer un único rollo de cuerda en la parte superior de la alfombra y luego alcanzó el anillo de suspensión para llevarlo de regreso a la mesa. Ahora entendía lo que pretendía hacer conmigo: jugar en el suelo. Desafortunadamente, también sabía por qué el anillo estaba colocado donde estaba.

Me imaginé a Violet suspendida en el aire con las caderas en alto y la parte superior del torso inclinada hacia adelante. Tal como lo había visto en una de sus fotos. Ella era perfecta en su rendición. Un nudo volvió a formarse en mi estómago. Sí, estaba celosa. Rex no tenía ningún motivo para estar con ella. En el tiempo que pasamos juntos, llegué a pensar que el Kinbaku era solo nuestro.

No quería compartirlo. Pero más allá de todo eso, más que nada, no quería que me odiara. No quería que pensara que lo había traicionado. Por supuesto, mi cuerpo tenía otras ideas y, por mucho que mi cerebro tuviera un plan sólido para hablar con Rex, también estaba muy interesado en la idea de estar en los brazos de Rex nuevamente.

Una canción triste empezó a sonar por los altavoces del techo. Las luces se apagaron como velas y me sumergieron en la oscuridad durante los pocos segundos que me tomó adaptarme al brillo de la ciudad que entraba por la alta ventana. Ignorando mi reflejo en el espejo, esperé de rodillas durante al menos diez minutos, si no más.

¿Había cambiado de opinión? Me volví hacia el lado izquierdo de la habitación, donde él estaba de pie con las manos firmemente plantadas sobre la mesa. Como antes, toda su espalda estaba abultada con capas de músculos tensos. Todavía estaba enojado conmigo, pero estaba tratando de calmarse. El nudo en mi pecho se deshizo con esta nueva información. Rex todavía sentía algo por mí.

Pensé en nuestra primera sesión cuando intentó explicarme qué era el Kinbaku para él. La cuerda era el lenguaje, la excusa para interactuar y tener una especie de conversación. Parpadeé para contener las lágrimas cuando me di cuenta de qué se trataba esta sesión. Rex quería hablar conmigo, pero no sabía cómo. Ahora que estaba aquí, él estaba dispuesto a intentarlo, a que lo

intentáramos. Mi pulso se aceleró cuando miré hacia adelante, tal como él me había ordenado. Tenía toda la intención de esperarlo todo el tiempo que fuera necesario.

«Coloca tus manos en oración y encuentra el latido de tu corazón».

Sus asertivas palabras me sorprendieron. Era como había dicho antes. En esta habitación, él tenía el control. Junté las palmas de las manos y las llevé a mi pecho, donde mi corazón latía con una fuerza fuera de control.

«Haz coincidir tus inhalaciones con tus exhalaciones».

Me volví para mirarlo, tan lejos y tan frío. Tenía que saber que yo no sabía cómo hacer esto sin él. Claro, simplemente me estaba pidiendo que respirara, pero era difícil dejar todos mis miedos y celos en la puerta. Entré irrumpiendo en su cuarto de cuerdas porque estaba enojada con él y con Violet.

«Respira, Caterina», puso sus manos sobre mis hombros, mientras su ardiente mirada azul se encontraba con la mía al otro lado del camino. Extrañaba su hermoso rostro, su aroma y su presencia absorbente.

El calor se filtró a través de mi piel y profundamente en mis huesos. Me recosté contra su duro pecho y llené mis pulmones con el precioso aire. Presionó su boca justo detrás de mi oreja, y luego una mano en mi vientre y la otra entre mis senos. Antes de darme cuenta, estábamos respirando igual y nuestros corazones latían completamente sincronizados.

Después de un minuto, se colocó al frente y agarró el rollo de cuerda. Levanté la cabeza y miré mi reflejo. Mis mejillas estaban sonrojadas y mis ojos brillantes. Cuando mi mirada se desvió hacia él, él inclinó la cabeza y comenzó su baile, lento y dulce al principio mientras hacía un nudo simple alrededor de mis muñecas. Le sonreí cuando pasó mis manos sobre mi cabeza para posarlas en mi nuca.

Y así, nos deslizamos hacia nuestro cómodo ritmo, donde me convertí en suya. Él manipulándome. Y yo era su fondo de cuerda. Los términos eran tan simples y, sin embargo, tan vitales para lo que teníamos. Nuestras vidas habían sido complicadas, principalmente debido a las familias en las que nacimos y el deber que ambos teníamos para con ellas. Pero esto, aquí mismo, era tan fácil como respirar.

Lo miré fijamente, siguiendo cada uno de sus movimientos, dejándome caer en esa fantasía. Cuando el tempo de la música cambió a un ritmo más rápido, también lo hizo su cuerda. Envolvió un brazo musculoso alrededor de mí mientras enrollaba el yute a través de mi cuerpo, y luego repitió el proceso dos veces más antes de agarrar mi cabello y guiarme hacia adelante. Mi coño palpitaba en éxtasis acalorado mientras lo veía levantarme el vestido para poder comer con los ojos mi trasero, en el aire, expuesto para que él pudiera hacer lo que quisiera. Me imaginé que desde su ángulo mis nalgas parecían un corazón invertido. Y en el lugar entre mis piernas, podía ver mis jugos goteando dentro de mi ropa interior. El brillo de sus ojos pasó del atormentado al de puro deseo.

Gemí en respuesta y eso lo impulsó a cambiar el ritmo nuevamente. Esta vez, se mostró distante y casi rudo mientras desenrollaba la cuerda y comenzaba un nuevo nudo haciendo una atadura de una sola columna en mi muslo derecho. Me quedé quieta cuando sus dedos rozaron la carne caliente en la parte superior de mis piernas. Fue un mínimo de placer, tan rápido que no estaba segura de haberlo imaginado.

Me empujó hacia adelante hasta que mis codos tocaron la colchoneta frente a mí y enrolló la cuerda sobre mi espalda para atarla a mi muslo izquierdo. Cuando terminó de hacerlo, tomó la parte superior de mi cuerpo y me abrazó con fuerza.

Nos miré en el espejo; sus abultados bíceps me sostenían en un abrazo de oso mientras mis

piernas estaban abiertas. Mi sexo hinchado no podía soportar mucho más de esto. Cuanto más nos mecía hacia adelante y hacia atrás, más me dolía el clítoris por su toque o algún tipo de liberación. Miré hacia abajo y me imaginé sus hábiles dedos frotándose allí con amplios círculos y luego de arriba a abajo.

«Quédate así. Abre tus ojos». Su voz retumbó sobre la suave música.

Tal vez el mes de celibato había tenido algo que ver con eso, o tal vez el miedo a perderlo me tenía al límite, pero nunca me había excitado tanto. Antes había ofrecido alivio durante nuestras sesiones, pero esta noche se trataba de algo más. Me quería vulnerable, para poder controlarme e incluso castigarme por hacerle mal. Aunque en realidad no lo había hecho.

Justo cuando pensé que no podía soportarlo más, desenredó la línea y lentamente me bajó y me sacó de la postura.

«Rex».

Dejó caer sus brazos lejos de mí como si de repente lo hubiera quemado o lastimado físicamente de alguna manera. Cuando me giré para mirarlo, se quedó sin aliento.

«Puedes ver cuánto te deseo», me arrastré hacia él y presioné mis labios contra los suyos.

«Jesús, joder, te deseo», tomó mi rostro y nuestras lenguas chocaron en un beso desesperado.

Lo empujé hacia la colchoneta y me senté a horcajadas sobre él. Apretar mi coño contra su erección se sentía como el cielo. Seguí así, temiendo que se levantara y se fuera si me detenía. Pero lo que realmente necesitaba era que él estuviera dentro de mí.

Recogió la tela de mi vestido y lo levantó para poder ver mi coño. Se pasó la lengua por el labio inferior y siseó. «Quiero ver cómo te tocas. Como esa noche. ¿Te acuerdas?».

Por supuesto lo hice. Esa había sido nuestra primera noche en esta suite. En aquel entonces, había estado muy confundida por mi reacción ante su toque y las ataduras. Me había excitado tanto que corrí a mi habitación y me masturbé con un carrete de imágenes donde Rex era la atracción principal.

«¿Me viste esa noche? ¿No lo imaginé?».

«No te lo imaginaste. Hazlo».

Apoyando una mano en su pecho, metí la mano dentro de mis bragas y me froté como lo había hecho ese día. Sus ojos se cerraron por un momento como si mi placer le diera placer. Se sentó y me pasó el vestido por la cabeza. Con un movimiento rápido, se hizo cargo de mí, acariciando la longitud de mi raja con una mano, mientras tiraba y pellizcaba mis pezones con la otra.

«Rex», envolví mis brazos alrededor de su cuello.

«Lo sé, amor», deslizó dos dedos dentro de mí y se inclinó para chupar mi pezón tenso.

Un fuego salvaje se encendió profundamente en mi canal cuando mi orgasmo comenzó a crecer justo debajo de sus dedos. Se hundió más profundamente y luego me ahogué en un mar de calor y éxtasis. No luché contra eso. En su lugar, lo dejé trabajarme hasta que se gastó cada parte de mi liberación.

«Tengo tantas ganas de follarte que me duele», agarró mi cintura.

«Entonces hazlo».

«Si lo hacemos, no habrá marcha atrás. Será mucho más difícil para ti separarte de mí. ¿Lo entiendes?». Su tono era tenso e irregular mientras clavaba sus dedos en mis caderas.

«Lo entiendo», alcancé su pene, lo acaricé, sintiendo su longitud y las venas abultadas que conducían hasta su punta húmeda.

«Mierda», se lamió los labios mientras me veía masturbarlo.

No pensé que fuera posible, pero su erección se puso aún más rígida. Estaba duro como una

roca *por mí*. Lo coloqué cerca de mi entrada y traté de no pensar en el hecho de que, hasta ahora, hasta que había seguido a Rex a su cuarto de cuerdas y le había dicho que me iba, él había estado pensando en dejarme. Empujé hacia abajo y hacia adelante, y fui recompensada por un gemido profundo y gutural. Moví mis caderas contra él tan fuerte y rápido como pude. Incluso cuando mis muslos ardían por el cansancio, no me detuve, ni siquiera cuando él se tensó debajo de mí. Su expresión abrasadora me decía que él no tenía el control, yo sí. Una banda de pura felicidad se enrolló justo en el centro de mi coño. En un frenesí familiar, aumenté el ritmo.

«Así es, amor. Toma lo que necesites». Lo último fue más bien un gemido cuando me llegó. Antes de terminar, nos dio la vuelta, por lo que se colocó encima y continuó montándome con fuerza, hasta que derramó cada pedacito de él dentro de mis paredes.

Esa fue mi perdición. Cerré los ojos con fuerza y esperé a que explotara mi orgasmo. Cuando lo hizo, diminutas luces azules chispearon detrás de mis párpados. Y luego fue todo lo que pude hacer para evitar que ese fuego salvaje me envolviera de nuevo.

«Jesús», jadeó y se apartó de mí. «¿Qué me estás haciendo?».

¿Ya se estaba arrepintiendo de esta noche? Me senté y me acurruqué contra su cuerpo. «Por favor, déjame hablar».

«¿Por qué no defendiste tu caso ante el sacerdote? Él era tu salida».

«¿Qué?», no esperaba que esa fuera su siguiente pregunta.

«¿Por qué dijiste que sí?».

«Porque quería casarme contigo», inspiré para recuperar el aliento. «Las circunstancias no eran ideales, pero al final del día, solo había una cosa que sabía con seguridad. Quería pasar el resto de mi vida contigo. Todavía lo quiero».

«Entonces, ¿por qué?». La tristeza en sus ojos me rompió el corazón. Ni siquiera pudo hacer la pregunta completa: ¿por qué me traicionaste? «Santino tiene razón. Soy un idiota sin sentido cuando estoy cerca de ti. Cada vez que abres la boca, me olvido de todo lo demás. Incluso ahora, estoy aquí esperando que me digas una mentira mejor. Cualquier cosa para no tener que verte partir».

«No te traicioné, y esa es la única verdad. Tenía un plan que los habría mantenido a ti y a papá con vida. Papá iba a proponerle un nuevo trato a Clifton. Pero él necesitaba que estuvieras allí para aceptar lo que papá quería ofrecerle».

«Jesucristo. ¿Y tú le creíste?», se puso de pie y se subió los pantalones.

«Sí, le creo. Sé que no crees que papá haya cambiado. Pero mamá sí lo cambió».

«La gente no cambia. Envejecen y cambian de táctica, pero en el fondo, todo es la misma mierda», apoyó las manos en las caderas.

Bien, esto no iba mal. Estaba enojado conmigo, pero no me iba a mandar lejos. «Clifton siente que después de casi cuarenta años persiguiendo fantasmas, tiene derecho a obtener algo inalcanzable».

«A mí».

«Sí, pero también a papá. Un rey para demostrar que no estaba equivocado ni loco. El hombre está obsesionado. Y no lo culpo. En este punto, si no gana, tendrá que enfrentar la cruda realidad de que desperdició toda su vida persiguiendo a tu padre y al mío».

«De esa parte puedo dar fe. Cuando me tuvo en Ibiza, se llamó a sí mismo un héroe. ¿Quién hace eso?».

«Por eso el plan de papá iba a funcionar. Papá estaba dispuesto a entregarse. Devolverle a Clifton sus brillantes medallas y su dignidad. Y a cambio de que dejara La Sociedad en paz, papá quería que le ofrecieras un asiento en la mesa. Así empezó toda esta situación. Clifton y Mikey

mataron a toda la familia Gallo para asegurarse de que cuando llegara el momento, él sería el designado para ese puesto con Mikey como su segundo».

«No lo convertiré en Don». Se frotó la mejilla. «Eso está fuera de cuestión».

«De eso se trataba esa noche en Jersey», pisoteé mi pie con frustración. «Para que negociaras algo con Clifton. Esa era la única manera de que todos saliéramos con vida: tú, papá y yo».

Él se rió entre dientes, cerrando el espacio entre nosotros. «Encontraste una tercera salida».

«Eso es lo que he estado tratando de decirte. Papá ha estado yendo y viniendo sobre lo que quiere porque está perdido sin mamá. Ya no sabe a dónde pertenece. Tiene el corazón roto», mi voz temblaba y Rex me rodeó con sus brazos. «Él sabe que estoy enamorada de ti. Quiere hacer las cosas bien. Sé que es un gran acto de fe para ti. Pero te pido que confíes en mí».

«¿Me amas?»,ladeó la cabeza, cegándose con una sonrisa sexy.

«Sí». Pasé mis manos por sus duros abdominales y su pecho. «¿No es obvio? Pensé que iba a explotar cuando me di cuenta de que habías estado aquí con Violet».

«Nunca tienes que dudar de mi amor por ti», puso un dedo debajo de mi barbilla y me hizo mirarlo. «Ella solo quería que le mostrara a su novio cómo hacer un *strappado* y una suspensión. Es complicado, por no decir peligroso, negociar entre ambos, por eso acepté ayudarlos. Nunca la toqué. Estaba aquí como su maestro. Nada más».

[Nota de la Trad.: *Strappado es atar las manos de la persona a la espalda y luego se levanta hasta que se ve obligada a inclinarse hacia adelante para mantener la posición*]

«¿Me amas?», me tocaba preguntarle.

«Con todo mi corazón», se inclinó y me besó. «Entonces, ¿cómo podemos hacer que Clifton vuelva a la mesa de negociación para que podamos encontrar una solución?».

Capítulo 22

Apuesta por el amor

REX

Caterina no me traicionó. Jesucristo, me sentía como un idiota. Un mes entero desperdiciado, revolcándome en la autocompasión, y todo fue en vano. La hice pasar por un infierno por nada.

«Lo siento, actué como...».

«¿Una bestia? Sí, lo hiciste», ella rodeó mi cintura con sus brazos. «¿Qué tal si me compensas el resto de la noche?».

«Puedo hacer eso», me agaché y la levanté. «Eres tan bella».

Salí del cuarto de Kinbaku y me dirigí a nuestro dormitorio. Mañana encontraríamos una salida a este lío. No tenía ninguna duda de que, juntos, finalmente podríamos solucionar nuestro problema con Clifton.

«Necesito hablar con papá», dijo tan pronto como la dejé en la cama.

«Ambos debemos hacerlo. Pero por ahora, quiero olvidarme del mundo exterior y pasar la noche teniendo relaciones sexuales con mi esposa. Un mes es mucho tiempo para estar lejos de ti. Pensé que me estaba volviendo loco».

«Yo también», ella me sonrió y se puso de rodillas para atraerme hacia ella. «Tienes razón. Todo puede esperar», presionó sus labios contra los míos y me derribó con ella.

A la mañana siguiente, me desperté con Caterina acurrucada a mi lado. Podría pasar el resto de mi vida despertando así. Sonriendo ante su forma, me di cuenta de que eso era exactamente lo que me esperaba, una vida con la mujer que amaba.

«¿Cuándo podremos quedarnos en la cama todo el día?», se giró de lado y la acaricié, sosteniendo cada una de sus perfectas tetas en mis manos.

«Tan pronto como nos deshagamos de nuestro problema con el agente. Lo prometo». Deslicé mi mano debajo de las sábanas y tomé un puñado de su hermoso trasero, tomando nota mental de volver a eso esta noche. Antes de desviarme, le di una nalgada rápida y me levanté de la cama. «Michael lleva diez minutos esperando abajo. Vayamos a hablar con él».

«¿Qué?», ella rebotó en la cama. «¿Por qué no me lo dijiste? Dios mío, no puedo verlo así».

Mi mirada recorrió su cuerpo desnudo. «Probablemente no».

Corrió al baño y dejó correr el agua. Me uní a ella, pero luché contra mi propia ducha todo el tiempo. Si me daba la vuelta, tal vez nunca saldríamos de la suite. Cuando terminé, salí del cubículo y me dirigí a mi vestidor. El espacio parecía tan vacío sin las cosas de Caterina dentro.

«Haré que Mary Anne mueva tus cosas hoy», dije cuando Caterina apareció en la puerta con el cepillo de dientes en la boca.

«Gracias», murmuró a través de la espuma. «Te veré en un momento».

Me había acostumbrado tanto a vivir con ella. El mes pasado había sido un infierno. Me

encantaba volver a verla en nuestra suite. Adoraba verla así de feliz. Sonriendo como un idiota, me vestí para encontrarme con Michael. Al menos, esta vez, habíamos terminado con las pretensiones.

Sabía que la única razón por la que seguía vivo era porque yo lo había permitido. También sabía que Caterina era mía para siempre. Y no había nada que pudiera hacer para detener eso. Por el bien de Caterina, esperaba que tuviera razón en cuanto a que Michael quería hacer lo correcto con ella. Si no hubiera conocido a su madre y no hubiera pasado todo ese tiempo con ella, no creería que Michael fuera capaz de hacer lo correcto. O que Caterina, al igual que su mamá, tenía el poder de sacar lo bueno de él, por pequeña que fuera esa parte de él.

Me dirigí a la habitación de Caterina y llamé una vez. Abrió la puerta al instante como si ya estuviera saliendo. Como de costumbre, lucía deslumbrante con una falda lápiz y un top de seda. Interesante elección de vestimenta dado que íbamos abajo para ver a su papá. O tal vez ella entendía que nuestro encuentro sería por una negociación.

«Hola», me sonrió.

«Hola», le ofrecí mi mano y ella la tomó.

Abajo, Michel estaba sentado en el sofá frente a la enorme chimenea. Cuando Caterina entró en su campo de visión, sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Era eso remordimiento o algo más? «Bells, me preocupaba que te estuviera maltratando».

«No, papá. Para nada», Caterina encontró mi mirada.

Técnicamente, la había maltratado, pero ella decidió dejarlo de lado y seguir adelante. Por mi parte, pensaba pasar el resto de mi vida recuperando el tiempo perdido.

«¿Caterina me dice que Clifton y tú habían llegado a un acuerdo?», solté.

«Sí y no». Se puso de pie y se abotonó la chaqueta del traje. «Antes», hizo una pausa y miró de soslayo a Caterina. «Antes había aceptado convertirlo en Don».

«Antes, cuando intentabas matarme, querrás decir».

«Sí», él asintió una vez. «Caterina me hizo ver que volver a como eran las cosas antes, no era la respuesta. No voy a hacerte perder el tiempo con disculpas. El trato es este... Me entrego para que Clifton pueda redimirse con la agencia. Pero eso no será suficiente para él. Necesita que le ofrezcas un lugar dentro de La Sociedad», dijo su padre.

«¿Estás de acuerdo con esto?»,ladeé la cabeza en dirección a Caterina. La última vez que Michael enfrentó una pena de cárcel, Caterina acudió a mí en busca de ayuda e incluso me ofreció sexo a cambio del favor.

«Es mejor que la alternativa».

La alternativa era que Michael estuviera de acuerdo con el plan original de Clifton, que era matarme y apoderarse de La Sociedad. El calor revoloteó debajo de mi ombligo. Caterina estaba aceptando este nuevo arreglo para salvarme.

«No voy a convertirlo en Don».

«Lo sé. Donde antes estaba desesperado por tener un aliado, no tienes motivos para concederlo». Sonrió a Caterina.

Ella era la clave de todo. La razón por la que todavía estaba aquí escuchando los términos de Michael y su falta de disculpas. El imbécil había intentado matarme. Inspiré y dejé pasar ese pequeño detalle.

«Se ha metido en aprietos. Tendrá que escuchar lo que tienes para ofrecerle». Caterina tomó la mano de su padre. El gesto suavizó los fríos ojos de Michael. Bien, el rey despiadado estaba listo para volver a interpretar a ser papá.

«Le gusta matar gente. Tal vez pueda unirse al equipo de Santino y ayudarnos a eliminar la

basura».

Michael se rió entre dientes. «No puedo decir que esté emocionado, pero esto podría ser un buen inicio de conversación».

«Así que haz la llamada», asentí a Frank, que había estado parado junto a la puerta principal desde que llegamos.

Metió la mano dentro de su chaqueta y sacó un teléfono para que lo usara Michael. Caterina lo observó atentamente mientras escribía un mensaje. Tuve la sensación de que ella también estaba apostando por la influencia que tenía su madre sobre Michael. Esa era una gran apuesta de nuestra parte. Pero cualquier opción en la que no tuviera que ser el asesino del padre de Caterina valía la pena para mí.

Cinco minutos después de que le devolvió el dispositivo a Frank, obtuvimos nuestra respuesta. «Está dentro, jefe. Esta noche, en el mismo almacén de Jersey». Él se encogió de hombros. «Supongo que no quiere perder el tiempo investigando un nuevo lugar».

«O no tiene efectivos». Froté el músculo tenso detrás de mi mandíbula. «Prepara un equipo. Y busca un chaleco antibalas para Caterina y Michael».

Chalecos antibalas para él y para ella. Jesucristo.

«¿Son realmente necesarios los chalecos?».

«Confío en ti. Pero eso no significa que confíe en ellos». Le hice un gesto a Frank para que lo hiciera.

«Entendido, jefe». Se puso el teléfono en la oreja y habló rápido al salir.

«Tengo que preguntarte. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas quedar fuera de esto?».

Crucé los brazos sobre mi pecho.

«Ni siquiera un poquito», ella se levantó.

Puse los ojos en blanco. «Bien. Necesitarás usar algo más apropiado».

«Entendido, jefe», ella me guiñó un ojo.

Caterina siguiendo mis órdenes fuera del cuarto de Kinbaku era un territorio completamente nuevo.

* * *

Tan pronto como el sol se puso en el horizonte, una caravana de todoterrenos salió de la ciudad. Michael viajó con tres de mis muchachos. Claro, estaban con él para su protección, pero también para asegurarse de que no se escapara en el último minuto.

Caterina viajó conmigo, Frank y Aaron. Tenían instrucciones de sacarla del almacén en el momento en que las cosas se calentaran. Poco más de una hora después llegamos al punto de encuentro. Mi pulso se aceleró, haciéndome desear tener la capacidad de hacer que Caterina se quedara en casa. Los neumáticos crujieron sobre la grava y luego se detuvieron por completo frente a la puerta principal.

«¿Cómo se ve ahí afuera?».

«Tiene dos hombres con él», Frank tocó su auricular mientras se giraba para darme una mirada significativa.

Clifton acababa de quedarse sin recursos. Entonces ¿por qué pensaba que tenía una forma de negociar con el diablo? A menos que Michael le hubiera hecho creer que estaba dispuesto a traicionarme. Casi podía oír la voz de Santino en mi cabeza. *Estás pensando con tu polla*. No lo hacía. Tal vez un poco. Pero, sobre todo, estaba haciendo una gran apuesta por el amor: el amor de Michael por su hija. Y el amor de su hija por mí.

«Sigamos». Abrí la puerta, salí y luego me di la vuelta para ayudar a Caterina.

Michael y Santino esperaron en el auto negro al lado del nuestro. Cuando levanté una ceja hacia Santino, él levantó la barbilla hacia Michael. «Voy a donde él va hasta que esto esté hecho».

Gracias a Michael, Clifton había perseguido al padre de Santino, el Don de la familia Buratti. No se equivocaba al querer retribuirle. De una forma u otra, eso tenía que suceder hoy. Si Michael no cumplía su promesa de entregarse, yo estaba más que dispuesto a hacerlo.

Dentro del almacén, los dos agentes que Clifton tenía con él rápidamente nos interceptaron y nos cachearon. No necesitábamos armas para esto. Mis hombres rodearon el edificio. Incluso, contábamos con el equipo de Chase vigilando a distancia. Clifton no se nos iba a escapar esta vez.

«Cumpliste, viejo amigo». Clifton estaba en el extremo opuesto del gran espacio vacío. «Lo que daría por tener a mis superiores en esta habitación conmigo». Él se rió entre dientes como si hubiera dicho algo gracioso.

«Estamos aquí», hice un gesto hacia Michael. Quería que esta farsa terminara rápidamente. «Estoy preparado para ofrecerte un lugar con el equipo de Santino. Responderás ante él».

Su risa absurda resonó a nuestro alrededor. Cuando Caterina dio un paso adelante, extendí el brazo y la puse detrás de mí. Algo estaba mal. La confianza de Clifton era la misma que había tenido en el yate cuando me tenía atado con dos de sus muchachos haciendo guardia. ¿Por qué pensaba que tenía la ventaja? Estaba completamente rodeado.

«¿Nos la has jugado?», mi tono furioso hizo que Caterina agarrara la parte trasera de mi chaqueta.

«Sí». Michael se volvió hacia mí mientras metía la mano dentro de su abrigo. «Pero no de la forma que piensas».

Cuando blandió su pistola, Caterina hizo ademán de moverse, pero la mantuve en su lugar detrás de mí. Ella se retorció y su respiración fue superficial. «Papá. Por favor no lo hagas. Piensa en mamá. Lo que ella quería».

«Nunca pensé que alguien como yo pudiera ser digno de amor». Agarró el mango con más fuerza, apuntando el cañón en mi dirección. «Pero luego conocí a Anna y ella me hizo ver lo que era posible. Me hizo darme cuenta de que podía tener todas esas cosas que la gente normal da por sentadas. Me hizo querer tener una familia».

«Guarda el arma», suplicó Caterina. Sus palabras apenas fueron más que un susurro. «Rex tiene los mejores abogados. No estarás en la cárcel por mucho tiempo».

Sacudiendo la cabeza, Michael se frotó las arrugas del entrecejo. «Mereces ser feliz con el hombre que amas. Tu madre siempre supo qué era lo mejor para ti. Parece que al final consiguió lo que quería. Y siempre la amaré por eso». Tomó la mano izquierda de Caterina y besó el anillo de Anna antes de encontrar mi mirada.

Cuando me di cuenta de lo que quería hacer, ya se había alejado de mí y apretó el gatillo. El disparo estridente rasgó el aire y dejó un sonido penetrante en mis oídos. En el siguiente instante, se dispararon tres armas más. Y luego nos vimos sumergidos en un caos de balas atinando paredes y rompiendo ventanas. El humo llenó el aire de vapores tóxicos y dificultó la respiración y la visión.

«Rex». Los movimientos erráticos de Caterina me sacaron de mi trance. «¿Estás herido?».

«Mierda». Tan pronto como hizo la pregunta, mis costillas palpitaron en señal de protesta. «Creo que sí».

«Dios mío». Buscó a tientas mi camisa para abrirla y no se detuvo hasta que tuvo sus manos

sobre mi chaleco antibalas.

«Estoy bien. Simplemente sorprendido. Jesucristo, dime que Clifton no se escapó». Me senté y entrecerré los ojos para ver a través del persistente humo blanco.

Al otro lado del camino donde estaba Clifton no hacía un minuto, solo era visible la forma oscura de Santino. Se giró hacia mí cuando comprendí claramente toda la escena. «Si juegas sucio con la mafia. Tienes asegurado premios de mierda. Pensé que todos sabían eso». La voz profunda de Santino sonaba verdaderamente confundida.

«¿Él está muerto?».

«Todos lo están», señaló a los otros agentes. «La pregunta es, ¿quién más, además de ellos, sabe sobre nosotros y La Sociedad?».

«Haré que mis hombres se ocupen de eso». Me puse de pie, haciendo una mueca. Todavía me dolía el costado, pero parecía más un hematoma que un hueso roto. Gracias a Dios por los pequeños favores.

«Rex», me llamó Caterina.

«Mierda». Corrí hacia ella y hacia Michael, que estaba tirado en el suelo, sangrando.

«Está herido. Y no llevaba puesto su chaleco antibalas». Se secó las lágrimas de las mejillas.

«Papá. ¿Por qué hiciste eso?».

«Él nunca iba a ser uno de nosotros», una lenta sonrisa apareció en sus labios mientras llevaba la mano de Caterina a su pecho.

«No hables». Sus manos se cernieron sobre su camisa de vestir empapada de sangre. «Te conseguiremos un médico. Vas a estar bien».

«Me siguen provocando». Emitió un sonido suave como un silbido. «Deben saber que no pueden arreglar un corazón roto».

«Papá».

«No llores, Bells», le dio unas palmaditas en la mano y cerró los ojos con fuerza. «Ya no duele. Odio hacerla esperar».

Ella tomó su rostro y lo besó en la frente antes de mirarme. Debería haber sabido que intentaría algo como esto. De vuelta en el hospital, cuando los hombres de Clifton fueron tras él, él no luchó contra ellos. Yacía allí con una almohada sobre la cara como si quisiera morir. Había elegido el camino más rápido hacia su difunta esposa.

«¿Por qué él haría eso?», ella me miró.

¿Arrepentimiento? Michael sabía que saldría de este lugar esposado o en una bolsa para cadáveres. Esas eran literalmente sus dos únicas opciones. Al final, el anciano había hecho lo correcto con Caterina. Si pudiéramos llamarlo así. No era así como esperaba que terminaran las cosas.

«Lo lamento», me arrodillé junto a ella.

«Necesitamos un médico».

Mi mirada pasó del rostro pálido y grisáceo de Michael a Santino. Se sentó en cuclillas y sacudió la cabeza una vez antes de hacer la señal de la cruz. Lo que sea que haya hecho Michael en los últimos meses, no negaba el hecho de que alguna vez había sido nuestro rey. Bajé la cabeza y también presenté mis respetos.

«¿Qué estás haciendo?», Caterina me apretó la manga. «Necesita un médico».

«Se ha ido, amor».

«No puedes», ella sollozó en su mano. «¿Por qué él haría eso? No lo entiendo».

«Él está con ella ahora», la rodeé con mis brazos. «¿Qué diablos pasó?», le pregunté a Santino.

«El anciano le disparó a Clifton justo entre los ojos. Sus agentes contraatacaron. Disparé a ambos, pero no antes de que te dieran a ti y a Michael. Jesús, joder. El viejo ni siquiera se movió. Se quedó allí y los cubrió a ambos». Se pasó una mano por el pelo. «Michael vino aquí para morir».

«Él vino a arreglar las cosas». Apreté con más fuerza a Caterina. «Para ti».

Capítulo 23

Y todas las noches siguientes

TRES MESES DESPUÉS...

Caterina

Apoyé las manos en el mármol del baño y miré mi reflejo en el espejo. Habían pasado tres meses desde el tiroteo y todavía no podía quitarme de la cabeza las imágenes sangrientas. La misma escena pasaba por mi cabeza una y otra vez: papá apuntando con su arma a Rex solo para darse la vuelta y dispararle a Clifton. Esa parte estaba súper clara. El resto era una cacofonía de balas silbando, disparos de armas y el ruido sordo de los cuerpos caídos en una nube de humo. En cuestión de segundos, todos estaban en el suelo, incluyéndome a mí. Rex me había protegido con su cuerpo y luego me arrastró hacia abajo con él. Me había salvado.

Tan pronto como pensé en él, su rostro apareció en el espejo. ¿Había estado allí todo el tiempo? Mi mirada se encontró con la suya cuando se inclinó para besar mi hombro desnudo.

«Los asistentes preguntan por ti. El memorial comenzó hace una hora».

«Papá realmente se ha ido», gire para mirarlo. Enterramos a papá unos días después del tiroteo, pero Rex optó por esperar hasta que yo estuviera en un mejor espacio mental para realizar un homenaje en su honor. Agradecí tener todo ese tiempo para llorar por mi cuenta, sin las condolencias vacías de extraños.

«Así es, amor», acarició mi mejilla. «Esto es lo que él quería. Se fue en sus propios términos».

«Lo sé», agarré la solapa de su chaqueta oscura. «¿Por qué sigo enojado con él? ¿No puedo deshacerme de esta sensación en la boca del estómago?».

«Nunca es una buena idea construir pedestales para las personas que amamos». Cogió mi chal de piel que estaba sobre el mostrador y me lo envolvió sobre los hombros.

«El negro nunca ha sido mi color», escuché la petulancia en mi tono. No me importó.

«Eso no es cierto. Estás preciosa», me apretó los hombros. «Está bien estar enojada con Michael. Te hizo pasar un infierno en los últimos meses. No seas tan dura con él. Él también estaba perdido y asustado».

«Intentó matarte dos veces. ¿Lo perdonaste por eso?».

Inhaló y exhaló antes de responder. «Él me acercó a ti. Así que sí, lo perdono».

«Odio que le haya mentido a mamá durante tanto tiempo. A mí», me metí una mano en el pelo, buscando la verdadera razón por la que estaba enojada con él. ¿Habían sido las mentiras? ¿El matrimonio concertado? O el hecho de que gasté gran parte de mi tiempo y energía tratando de salvarlo cuando él no lo necesitaba, cuando no quería ser salvado. «Solo me necesitaba para

una cosa. Me siento como un idiota por todas las veces que intenté ser la heroína para él. Simplemente me estaba usando».

«Él te amaba, a su manera. Podría haberse ido de un millón de maneras diferentes, pero eligió hacer lo correcto contigo. Clifton ya no es un problema para nosotros. Ya no puede hacernos daño. Al FBI le resultará difícil formar un nuevo equipo. Lo único que tienen es una morgue llena de cadáveres». Me abrazó como si estuviera diciendo las palabras en voz alta para su beneficio, tanto como para el mío.

La amenaza que pendía sobre nuestras cabezas había terminado. Gracias a Mikey, toda su familia había desaparecido y, con ellos, toda la evidencia que tenía el FBI sobre la existencia de La Sociedad.

«Está bien amar a tu papá a pesar de todas las cosas malas. Él era tu padre. Vamos». Tomó mi mano entre las suyas y me hizo salir de la suite. «Se merece este último gesto en su honor».

Asentí y lo seguí hasta el ascensor privado. Cuando las puertas se abrieron, nos recibió un mesero que nos ofreció una copa de champán. El memorial fue más bien una recepción con los miembros de La Sociedad. Sin duda, todos también estaban aquí para tener algún tipo de cierre. Papá no había sido el líder más solidario cuando había estado a cargo.

Rex colocó su mano en mi espalda baja y nos condujo entre la multitud. «¿Cuánta gente hay aquí?», pregunté.

«Unos doscientos. No te preocupes. No necesitarás dar un discurso». Él se rió entre dientes.

«Oh, Dios», levanté la vista y sonreí a las enredaderas de glicinia japonesa y las luces parpadeantes que colgaban sobre mi cabeza. «Estos me recuerdan a nuestra boda. Son mis favoritas».

«Lo sé. Pensé que podrían animarte esta noche». Me atrajo hacia él. Su cálido cuerpo se sentía tan bien. «Con todo lo que pasó con Michael y los preparativos para hoy, no tuve la oportunidad de disculparme».

«Eso no es necesario. Lo entiendo, Rex».

«Quiero decirlo. Lo siento. Lamento la forma como actué. Estaba cegado por la rabia. Mis emociones se me escaparon cuando pensé que habías... ya sabes». Ni siquiera podía decir la palabra. Eso era lo mucho que le había dolido mi supuesta traición.

«Yo también lo siento. En mi búsqueda por salvar a papá y mantenerte con vida, no me detuve a pensar cómo serían las cosas desde tu punto de vista».

«Sé que hiciste lo que creías que era correcto. Sé que tú también intentabas salvarme». Me mostró una de sus sonrisas que derriten las bragas antes de inclinarse para besarme en los labios. En un instante, la presión sobre mi pecho desapareció.

«Mmm», alguien se aclaró la garganta detrás de mí para llamar nuestra atención.

Rex abrió los ojos, pero no los apartó de inmediato. Cuando me di vuelta y encontré el rostro melancólico de Santino, mi sonrisa se desvaneció. «Gracias por venir». Decidí que, si ahora todos éramos una gran familia, debería ser cortés. Además, Santino nos salvó la vida en el almacén de Jersey. «Y em, gracias por...».

«¿Salvarte?», una sonrisa lobuna apareció en sus labios. «No lo menciones. Solo deseaba haber sabido que el anciano realmente quería hacer lo correcto». Chasqueó los dientes y se frotó la nuca. «Ah, en fin, lamento tu pérdida». Asintió una vez y caminó hacia el siguiente grupo de personas.

«¿Qué demonios fue eso?», me volví hacia Rex.

«Una disculpa. Creo».

«Claro, por todo el asunto de amordazarme y atarme», negué con la cabeza. «Santino lo hizo

para protegerte».

«Sí», Rex levantó la cabeza para encontrar a Santino entre la multitud y luego frunció el ceño.

«Ahora te ven como su rey».

«Creo que sí. Ahora que estás aquí, nadie puede reclamar mi asiento en la cabecera de la mesa». Envolvió sus manos alrededor de mi cintura. «Solo debes saber algo. Yo soy tu rey, tanto como tú eres mi reina. Esto solo funciona porque estás aquí. Porque quieres estar aquí. Esta siempre será tu elección».

«No puedo imaginarme estar en ningún otro lugar», me puse de puntillas para besarlo, pero la voz de Massimo me detuvo en seco.

«Veo que Rex todavía te baja la luna y las estrellas», Massimo estrechó la mano de Rex y luego me abrazó. «He estado tratando de localizarte», dirigió una mirada oscura hacia Rex.

«Todo fue un malentendido», lo aparté y volví a los brazos de Rex. «Estamos felices, Massimo».

«Sí, Rex me lo explicó, pero quería verlo por mí mismo».

«Yo también», Enzo apretó el hombro de Massimo y se acercó para darme un abrazo de oso.

«Te habías ido», mis ojos se llenaron de lágrimas. No pude evitar el reproche en mi tono. Los había extrañado.

«Lo lamento. Simplemente no podía enfrentarte». Besó la parte superior de mi cabeza. «Estoy aquí ahora, Bells. Para cualquier cosa que necesites. Estoy aquí para ti».

Había visto a mis dos hermanos en el cementerio, pero todos estábamos sufriendo demasiado al ver a papá ir a su último lugar de descanso, que las palabras, y mucho menos las sonrisas, se sentían fuera de lugar. Me alegraba de tener a mis hermanos de vuelta.

«¿Qué pasará ahora?», le pregunté a Rex.

Esa era una pregunta capciosa. ¿Qué pasaría ahora que papá se había ido? ¿Se le permitiría a Enzo participar como Don de los Alfera, a pesar de que papá se había alejado? ¿Qué pasaría con el hecho de que había muchas posibilidades de que tanto Enzo como Massimo ayudaran a papá con todo su loco plan de iniciar una nueva Sociedad con él como rey?

«Enzo me ha prometido su alianza. Sin Michael, el asiento Alfera en la mesa ya no estará congelado».

«¿Quieres decir que Enzo es oficialmente el nuevo Don?».

«Él ya aceptó mi oferta», Rex me sonrió. «Massimo será su segundo, como siempre se pretendió».

Finalmente había cumplido su promesa de salvar a La Sociedad y traer a todos de regreso al redil.

«Veo que los recién casados han encontrado una manera de resolver sus diferencias». La voz de fumadora de la signora Vittoria me provocaba escalofríos. Pero cuando volvió a hablar, sus palabras fueron amables y honestas. «Lamento tu pérdida, querida».

«Gracias».

«Déjenme presentarles a mi sobrino, Romeo Salvatore». Hizo un gesto hacia el chico que se había unido al grupo poco después de que llegara Vittoria.

«Encantado de conocerlos a ambos. He oído mucho sobre ustedes». Nos ofreció a Rex y a mí una sonrisa amable mientras nos estrechaba la mano.

Parecía tan fuera de lugar. La forma en que me había sentido la primera vez que Rex me había presentado este inframundo. Por la forma en que Rex observó su lindo rostro de niño, tuve que asumir que, de hecho, era nuevo en La Sociedad. Tan pronto como Vittoria, Romeo y mis

hermanos se fueron, me volví hacia Rex.

«¿Qué hay con el chico?».

«Vittoria está teniendo dificultades para encontrar un sucesor que siga sus pasos. La ayudé a encontrar al hijo bastardo de su hermano. Parece capaz».

«¿Por qué no Donata?».

«No está interesada. Y por nacimiento, en realidad no está obligada a hacerse cargo. El padre de Romeo era el mayor de tres. Vittoria solo dio un paso adelante después de que sus dos hermanos fallecieron hace varios años». Rex rozó sus labios con los míos. «Me alegro de que te estés interesando por la familia».

La familia del crimen. Se refería a La Sociedad secreta centenaria, mi nueva familia.

«Tengo mucho que hacer para ponerme al día», me encogí de hombros.

Pasé el resto de la noche conociendo más gente nueva que, de una forma u otra, estaba vinculada a las familias originales, todos menos los Gallo que habían sido aniquilados a principios de año porque uno de los suyos los había traicionado. En este mundo, la confianza lo era todo.

Justo cuando pensaba que no podía soportar que más personas dijeran “Lamento tu pérdida”, Violet vino a rescatarme y me llevó a un rincón tranquilo junto a la pared que daba a Central Park. La vista de la ciudad era realmente espectacular desde aquí arriba.

«Luces bien», presionó una nueva copa de champán en mi mano. «Quiero decir, dadas las circunstancias».

«Gracias», no había visto a Violet desde mi última rabieta de celos. Mis mejillas ardieron cuando pensé en cómo había reaccionado cuando me di cuenta de que Rex había estado en la sala de cuerdas con ella.

«Quería disculparme». Se mordió el labio inferior. «Honestamente, no pensé que te importara si Rex le mostraba algunas cosas a mi novio», ella inhaló y se secó la mejilla. «Las suspensiones pueden ser complicadas la primera vez».

«No, no, por favor no te disculpes. Lamento haber desconfiado de ti. Estaba muy mal ese día». Y la abracé.

«Bien», sus mejillas se sonrojaron. «Él te ama. Nunca dudes de eso».

«Lo sé ahora».

Ella lanzó una mirada furtiva detrás de ella y luego se acercó. «Por lo que dijo durante nuestra sesión, tuve la impresión de que le habías pedido el *ebi* inverso. Ese también es mi favorito».

El calor me invadió al recordar esa noche. Rex había dicho que no estaba lista, pero accedió con una suspensión parcial. «Me hizo un parcial».

Ella prácticamente chilló mientras agarraba mis manos. «Estás lista. Sé que lo estás. Deja que te ayude. Puedo guiarte durante una sesión, cómo respirar, cómo moverte».

No había pensado en cómo ahora que Rex y yo estábamos casados, tenía acceso ilimitado a sus habilidades como manipuladora de cuerdas. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos mientras escaneaba la habitación buscando a Rex. Cuando nuestras miradas se encontraron, el aire se movió con una carga eléctrica. Como si pudiera leer mi mente o mi cuerpo, se disculpó y se dirigió en mi dirección.

«¿Es un sí?», Violet apretó mis manos para devolverme a la realidad.

«Sí. Me encantaría eso», dije en un tono dulce, como si estuviéramos hablando de reunirnos para tomar el té de la tarde la próxima semana.

«Te veré mañana entonces. A las nueve en punto». Ella me guiñó un ojo y caminó en

dirección a Rex. Ella le susurró algo al oído y luego se acercó a su novio, un chico lindo que parecía completamente enamorado de ella.

«Creo que esta es la primera vez que veo que aguantas una de tus propias celebraciones». Bebí un sorbo de mi vaso.

«Supongo que sí», frunció el ceño y miró hacia las puertas del ascensor por donde salían los últimos invitados. «Esperaba que todavía tuvieras espacio en tu tarjeta de baile. Nunca pudimos hacer nuestro primer baile». Su mirada abrasadora se posó en mis labios y un aleteo chispeó debajo de mi vientre.

«No hay una pista de baile real», me mordí el labio inferior, amando lo fácil que era olvidar todo lo malo cuando estaba con Rex, cuando él me miraba como si fuera la persona más hermosa del mundo. «Ni música. Y creo que está a punto de llover». Puse mi palma frente a mí antes de mirar hacia arriba. Sonriendo, atrapé algunas gotas, mientras dejaba que me llevara al centro de la azotea donde el brillo de las luces del bistró iluminaba un espacio vacío lo suficientemente grande como para que pudiéramos bailar. «¿Enviaste a todos a casa?».

«Pude haber mencionado que tuviste un día largo». Puso su mano en mi espalda baja y me atrajo hacia él justo cuando los parlantes a lo largo de la pared comenzaron a tocar una sensual melodía de cuarteto de cuerda.

Rex me hizo girar antes de seguir un ritmo que me resultó fácil. La suave melodía debería haber apaciguado mi necesidad por él. Pero las palabras de Violet todavía estaban en mi cabeza. Y el zumbido entre mis piernas solo aumentaba cada vez que el muslo de Rex presionaba contra el mío.

«Te deseo, aquí y ahora», jadeó en mi oído mientras pasaba una mano grande y cálida sobre mi pecho, donde mi corazón estaba a punto de salirse de control.

«Rex».

Se inclinó y capturó mi boca. Su lengua encontró la mía y profundicé el beso mientras mis manos jugueteaban con su cinturón. Una risa resonó profundamente en su pecho mientras me veía desabrocharle los botones del esmoquin. Para cuando le quité la chaqueta y la camisa de vestir, él ya me había dirigido más allá de los muebles y las mesas altas hasta un lugar donde podía presionarme contra la pared de hormigón.

Las gotas de lluvia caían sobre mi cara mientras me levantaba el vestido, movía mis bragas a un lado y se hundía en mí. Un día, la desesperada necesidad que teníamos el uno por el otro disminuiría, pero por ahora, todo lo que podía hacer era ceder y confiar en que él estaría ahí para atraparme en todo momento.

«Pensé que habías despedido a todos para poder llevarme a tu cuarto de cuerdas». Pasé mis dedos por su cabello mojado.

«Eso será más tarde», pasó su lengua por mi cuello y empujó más profundamente dentro de mí, golpeando mi punto sensible directamente. «Tenemos toda la noche, amor. Y todas las noches siguientes».

Capítulo 24

Epílogo

TRES MESES DESPUÉS...

Caterina

Rex pasó varias semanas limpiando el desorden que papá había dejado. Al final, había resultado que, durante los últimos meses, Clifton estaba trabajando solo. El FBI no tenía pruebas de que La Sociedad existiera. Tratar con miembros reales de La Sociedad era más complicado que eso. Los leales amigos de papá habían sido declarados culpables de traición. Mis hermanos, junto con Santino y Rex, tuvieron que hacer de todos ellos un ejemplo. Un mal necesario, lo había llamado Enzo.

Después de que realmente había terminado la amenaza que se cernía sobre nuestras cabezas, Rex y yo finalmente nos fuimos a nuestra luna de miel. Habíamos pasado los últimos dos meses en Ibiza, tomando el sol del Mediterráneo, teniendo sexo y dejando que el tranquilo sonido de las olas nos arrullara para dormir en el nuevo yate de Rex. En algunas ocasiones logramos abandonar la serenidad de su barco para comer en el centro de la ciudad y hacer algunas compras.

Hoy, todos nuestros planes consistían en quedarnos y ver el atardecer. Estábamos en medio de la nada frente a la costa de Ibiza, rodeados de agua azul cristalina y una brisa salada. Sonreí ante la forma de Rex mientras se alejaba nadando del bote. Me giré sobre mi vientre y cerré los ojos esperando tomar una siesta, pero mi mente insistió en pensar en Rex, sus manos sobre mí, su cuerpo musculoso y esa buena y loca polla suya.

Minutos más tarde, gotas de agua fría cayeron sobre mi espalda. Cuando me di la vuelta, me encontré con la mirada azul de Rex. El hombre se veía atractivo vistiendo sus trajes a la medida, pero Rex, con el bronceado y despeinado y completamente desnudo era un nuevo nivel de atractivo. Y joder, mariposas revolotearon en mi vientre al darme cuenta de que este era el chico con el que pasaría el resto de mi vida.

«No quiero irme nunca de este lugar».

«Yo tampoco». Bajó hasta que su cuerpo presionó el mío y me besó.

Rex era todo mío. Y yo era suya.

«Pero...», mordisqueó mi cuello. «Acabo de recibir un mensaje y me necesitan en casa».

Gruñí. «El deber llama, supongo».

«Algo así. Tu regalo de bodas finalmente está listo». Sacudió la cabeza y apretó los labios.

«Había querido que se hiciera hace mucho tiempo, pero las negociaciones se complicaron».

«No necesito un regalo de bodas. ¿Me estás tomando el pelo? Este viaje ha sido increíble.

Estar contigo es maravilloso». Tomé su mejilla y rodé mis caderas para sentir la longitud de su erección. «Eres todo lo que siempre quise».

Así de simple, volví a tener hambre de él.

«Confía en mí. Vas a querer lo que tengo para ti», me sonrió. «‘A-List Advertising’, ahora es toda tuya».

«¿Qué?», me senté y lo empujé lejos de mí. «Pensé que habías dicho que la ibas a vender por partes».

«Yo no dije eso. Asumiste que ese era mi plan». Él se encogió de hombros. «Solo elegí no dejar las cosas claras».

Pensé en el día en que Rex llegó a la oficina. En ese momento, no podía dejar de lado la idea de que él quería que yo fuera su sumisa de cuerda. Estaba enojada con él por cosas que ni siquiera eran culpa suya. Por supuesto, cuando me enteré de que iba a comprar la empresa para la que trabajaba, pensé lo peor de él. Pero ahora que lo pienso, nunca dijo que dismantalaría la empresa.

«Siempre estuvo destinada a ser tu regalo de bodas», deslizó la yema de su pulgar sobre mi mejilla.

«¿Me dejaste pensar lo peor de ti porque querías que fuera una sorpresa?», me reí.

«No quería mentirte. Sin mencionar que, si te hubiera dicho la verdad, me habrías mandado al infierno». Se lamió los labios de esa manera tan sexy que me metió todo tipo de malas ideas en la cabeza. «No creo que hubieras reaccionado bien si te hubiera dicho desde el principio que teníamos que casarnos lo antes posible».

«No, probablemente no».

«¿Estás diciendo que no quieres la empresa?», bromeó.

Por supuesto que la quería. ¿Quién en su sano juicio diría que no a ser propietario de la empresa de sus sueños? «Quiero decir, ya te tomaste la molestia de comprarla. Jill ha estado hablando de jubilarse desde que comencé a trabajar para ella».

«Ella nunca tendrá que trabajar ni un día más de su vida. Te lo aseguro. Hizo un trato difícil». Sus ojos se suavizaron mientras examinaba mi rostro. «En esa primera reunión en tu oficina, ella supo que estaba perdidamente enamorado de ti».

«Yo estoy tan enamorada de ti». Empujé su pecho hasta que estuvo plano sobre la cubierta y pude subirme encima de él. Su cuerpo duro se sentía tan bien entre mis muslos. Me incliné y presioné mis labios contra los suyos. «Gracias».

«No hay nada que no haría por ti».

«No puedo creer que me hayas comprado toda una empresa».

«Jill permanecerá mientras la necesites. Pero está más que lista para jubilarse, así que no la hagas esperar demasiado». Acunó mi cuello y me bajó para darme un beso abrasador. «Ahora, si realmente te gusta tu regalo, ¿qué tal si me lo agradeces como es debido?».

Su voz se volvió pecaminosa y llena de promesas. Me sentía viva cada vez que me miraba así, como si fuera la única persona en el mundo. ¿Cómo se me ocurrió que podría odiar a este hombre? ¿O vivir sin él? Siempre estuve destinada a ser suya. Me encantó que mi cerebro y mi corazón finalmente estuvieran de acuerdo. Me encantaba que fuera mi manipulador de cuerdas, mi amigo, mi esposo. Me encantaba que él fuera dueño de cada parte de mí.

«Por ti, haría cualquier cosa», susurré.

Mi coño palpitaba de anticipación porque sabía lo que diría a continuación.

«Ponte de rodillas, amor».

* * *

¿Quieres más romance oscuro de la mafia? Si disfrutas de lecturas intensas, por favor, considera dejar un comentario amable. Me hará saber que te gustaría leer más historias como esta.